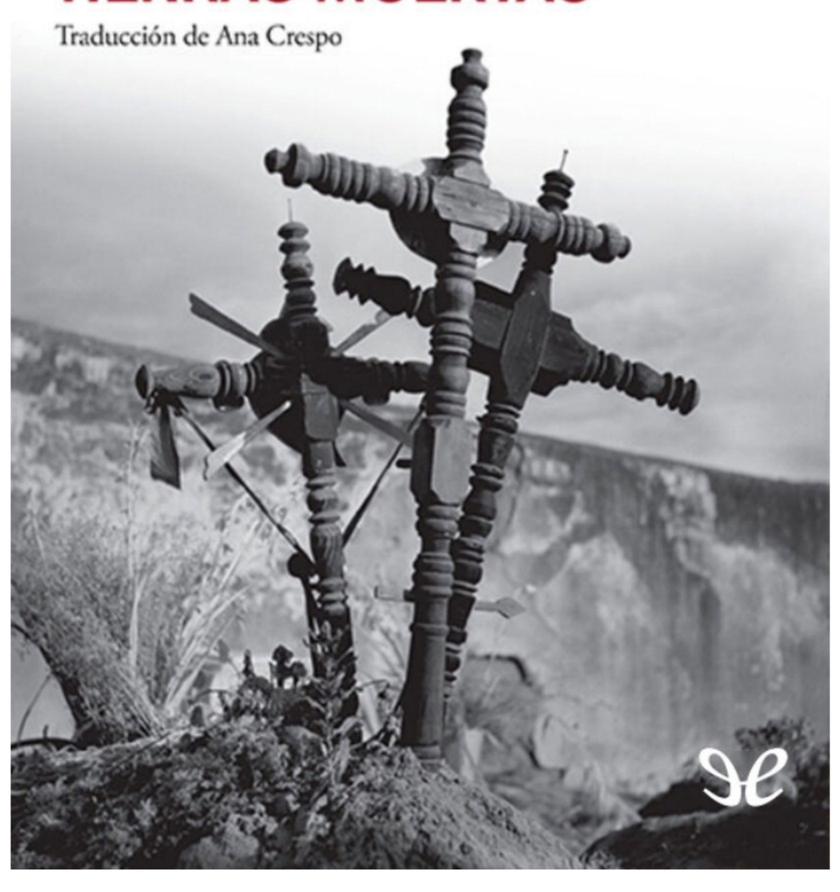
Núria Bendicho Giró

TIERRAS MUERTAS



Tras una ausencia de tres años, Joan, uno de los vástagos de la familia Capdevila, regresa a casa para encontrar la muerte. Alguien le ha disparado por la espalda en la masía aislada donde vive con sus padres y hermanos, y todo apunta a que el asesino es uno de ellos: la madre, que salió de un infierno para habitar otro; el padre, sin fuerzas y superado por la tragedia; Tomás, el primogénito rudo y de pocas palabras; Maria, condenada a permanecer en la masía por un embarazo no deseado; Pere, que solo desea huir de allí, y el niño, tullido y salvaje. Sobre todos ellos pesa la maldición de la sangre, dos muertes y un terrible secreto.

Núria Bendicho Giró

Tierras muertas

Sajalín - 36

ePub r1.0

Titivillus 18-10-2024

Título original: *Terres mortes*
Núria Bendicho Giró, 2023
Traducción: Ana Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1. NIÑO

Los ojos de madre parecían más muertos que los de Joan. Con la mano izquierda apretaba la rodilla de su hijo y con la otra se limpiaba los dientes, rascando con las uñas hasta las cavidades cubiertas de encía negruzca. Llevaba tres horas así. De vez en cuando tragaba saliva sanguinolenta y reanudaba la tarea con una persistencia más intensa. Mi hermana danzaba de aquí para allá cambiando el agua del barreño por agua más fresca y se encargaba, mientras le daba el pecho a la niña, de ponerle paños húmedos en la cabeza al moribundo, a quien no parecía abandonar el delirio de la fiebre. Yo no sabía muy bien dónde ponerme. A ratos entraba en el cuarto y me quedaba observándolo. Después salía de casa y mascaba tabaco con padre, y su silencio a la sombra me hacía sufrir más la espera. Y entonces, como un traidor, huía y me iba a pasear por la orilla del riachuelo que regaba el huerto y contemplaba a mis hermanos que, hechos ya unos hombres, incluso en momentos como aquellos trabajaban la tierra.

Recuerdo que hacía un día muy bonito y yo era el único que se había detenido a mirar las nubes. Eran largas y delgadas y después se perdían como aquellos pájaros ennegrecidos que daban vueltas y huían y volvían y arriba y abajo y no me dejaban que los contemplase bien. El sol manchaba en mis ojos sus plumas de negro. Graznaban muy alto y yo los seguía con más alaridos y saltos como un animal y así pasaba la espera. La espera más larga de todas, porque era la misma espera que antes o después todos tendríamos que pasar. Y yo sabía que, mientras esperábamos su espera, todos esperábamos más que nunca la nuestra, porque la muerte es la muerte y el miedo a la muerte es el mismo cuando le toca a uno o a otro, porque todos sabemos que nos tiene que tocar a todos. Y su espera era larga y dolorosa. Cada vez que me acercaba a él, insultaba sin insultar a nadie, y eso que no era un hombre dado

a atacar. Pero madre me había dicho que no le hiciese caso porque en aquel momento desvariaba, que mi hermano hablaba sin decir nada porque sus orejas eran incapaces de escuchar sus propias palabras.

Primero había sido el viento el que gritaba con fuerza cuando la noche anterior un tiro de escopeta nos había despertado a todos. Y los demás gritos disonantes, desesperantes, fueron los que nos condujeron al otro lado del montículo que desde que tenemos memoria preside la entrada del camino que lleva al establo. Allí estaba Joan.

Padre y Pere intentaron levantarlo por los hombros, pero sus piernas ya no tenían fuerza. No paraba de gritar. Comprendí que por la boca se le escapaba la vida. Lo cogieron de los brazos y trataron de arrastrarlo. Los gritos no cesaban. Entonces, Pere hizo que se detuviera un instante el cuerpo ardiente de Joan y se puso tras él para cogerlo por los pies y así remolcarlo. Padre reanudó la marcha hacia la masía. Maria los seguía con la mirada fija en los charcos de sangre que iban dejando atrás. Tomàs no ayudaba. Y yo avanzaba unos metros, corriendo, deseando contárselo a madre, cambiando luego de opinión y deshaciendo el camino, deseando ayudar a Joan, que repetía: ¡Hijo de puta, hijo de puta!

Llegamos a casa un cuarto de hora más tarde y madre, en cuanto lo vio, ordenó que lo llevásemos a la cama. Y así es como acabó aquí, en esta habitación asquerosa, antes de que madre lo preparase para la muerte. Durante tres años, nadie supo dónde se había escondido Joan, pero el día que apareció por la puerta cuando hacía ya tiempo que madre lo había llorado como a un hijo muerto, ella, para castigarlo, le mandó que se instalara en el peor cuarto. A lo mejor era por eso por lo que ahora madre no lloraba; ya lo había hecho entonces. Era el cuarto con menos luz de todos y también el más pequeño. El colchón estaba desgarrado y la paja te agujereaba la piel como agujas. Ahora, sobre el cabecero volvía a estar la cruz que tiempo atrás madre había arrancado. Olía a frío, a dolor, a podrido.

Era la criatura la que lloriqueaba ahora en el cuarto y su madre ni la oía, atareada como estaba con su febril hermano mayor. Se la arrebaté del pecho. Maria siempre me reñía cuando con la mano la hacía colgar de las piernas como si fuera un conejo. Esta vez no me

dijo nada. Me la llevé de allí. Nadie se fijó en nosotros; ni su madre, ni la mía, ni Joan, ni padre, inmóvil allí fuera; tampoco la perra, que parecía muerta bajo la solana y sobre aquel ardor de la tierra que quería dejarnos sin aire, evaporar lo que nos quedaba de sangre. El día era demasiado violento, me asfixiaba. Yo casi no sudaba, pero la criatura transpiraba mucho. No podía dejar de preocuparme por ella. Madre decía que había salido enfermiza por el pecado del mal parto. Y por eso yo meaba en el suelo y con el fango le dibujaba un vestido sobre la piel oscura que Maria no le había tapado con ningún trapo. Así el sudor caliente no se le escapaba por los ojales de la piel. Mi obligación era protegerla de la muerte. Dicen que las cosas creadas siempre mueren y que cada vez que la tierra se mueve se muere un bebé. También que hasta las criaturas lo saben. Y yo espiaba la tierra y me daba cuenta de que el viento, el agua o los pasos la movían, y de que nunca acababa de ser la misma. Y yo tenía quince años y ya no era un bebé y la niña no tenía padre y yo era su tío. Yo tenía que protegerla de la muerte.

Pero aquel día por primera vez no sudaba bajo los rayos del sol. Y en cuanto la cogí en brazos abandonó el llanto. Oí que padre pegaba un grito y ordenaba a María que pusiese la mesa. Con el susto, ninguno de nosotros había comido nada. También mis hermanos oyeron el toque y amontonaron las herramientas.

La escudella llevaba cuatro días en la olla. Cuanto más reposaba la comida menos dura se te hacía la vida en el campo. Pero ese remedio no debía de servir para soportar la dureza de la inminente pérdida de un hijo, ya que madre escogió no comer. Ni siquiera hizo acto de presencia para olisquear el vaho. La escudella estaba fría. En la mesa, la familia entera tragaba desconfianza con cada cucharada. Uno culpaba a otro con la mirada y este, a otro, y así nadie decía nada. Solo de vez en cuando la criatura emitía algún chillido. La desconfianza me hizo caer en la cuenta de que el hijo de puta debía de haber sido alguien de la casa. El hambre me abandonó. O fui yo quien abandonó al hambre.

Entonces entró madre en la cocina. Dijo que todo se había acabado. Un chorretón de llanto le limpiaba la mejilla sucia. Yo nunca había visto llorar a madre. Madre no era como Maria. El llanto es de agua y en el agua es donde mueren las mujeres perdidas. En la profundidad del agua la mujer se observa a sí misma

perdida en sí misma. En los remolinos de agua se hunden las tristezas femeninas, los sueños que nunca serán. Maria era una mujer perdida. Y yo la espiaba cuando se adentraba desnuda en el pantano. Dejaba la toalla en la tierra húmeda y después de mojar la piedra de jabón se acariciaba con ella el cuerpo antes de empaparse. Y yo sabía que le daba miedo desear quedarse allí para siempre y por eso vacilaba unos instantes antes de hundir el primer pie. Tenía un cuerpo muy bonito. Mucho más hermoso que el de madre. También el rostro. Lo sabía porque un día pillé a padre, con los ojos llenos de pena, soplando una fotografía cubierta de polvo. Después la escondió debajo del bote de tabaco. Y la fotografía era de madre a la edad de Maria, pero más fea que ella y con el mismo velo de tristeza, acompañada de mi padre y de un hombre que creía que era mi abuelo. Pero madre no lloraba como Maria.

Cuando salía del pantano sollozaba y tenía que mojarse la cara tres veces más. También cuando vestía a la niña. Y por la noche todos la sufríamos pero nadie le decía nada. Nunca te miraba a los ojos. Y su pena era una pena que se contagiaba. Y yo sabía que de pequeña no había sido así, porque me decía que había jugado conmigo muchas horas, y me lo decía con una voz de nostalgia que me hacía sufrir. Y me explicaba que yo debía reír y no tener hijos todavía, porque un día buscas los recuerdos de la infancia y, como no los encuentras, te desesperas porque sospechas que se han perdido, y eres tú el que los ha destrozado. Pero a mí me costaba reír, y cuando ella estaba muy triste yo tenía que cuidar de la criatura. Pienso que hay que vivir como si estuvieses muerto. Si estás muerto, Maria no puede arrastrarte al abismo. Pero yo estaba vivo y no podía escapar de la pena de Maria, y era mi hermano el que estaba muerto.

En la cocina todos sospechaban de todos menos padre, que parecía más enamorado que nunca de madre y con los ojos a punto de salírsele de la cabeza le suplicaba compasión. Padre siempre había sido un buen hombre y ahora parecía un niño huérfano y yo lo habría abrazado. Pero madre no. Ni tenía intención de abrazarlo ni parecía darse cuenta de que él la observaba. Ella se limitaba a mirar muy fijamente a Tomàs, su hijo preferido, buscando un poco de consuelo para una madre que toda la vida caminaría muerta.

Maria pidió permiso a padre para levantarse e ignoró la sopa,

que ni siquiera había probado. Decidí seguirla. Me la encontré allí, observando a Joan. Madre ni le había cerrado los ojos. Lejos, la niña gritaba. Gritaba mucho. Maria miraba al muerto con la cabeza inclinada. La luz parecía reflejar solamente aquella palidez sucia de muerte. De la boca de Joan salía negrura, como si con su último aliento hubiese expulsado la melancolía de tantos años tristes. La mucosidad negra había manchado las sábanas. Tenía un puño cerrado y las uñas clavadas en la carne.

Sin decirme nada, sin ni siquiera tocarlo, de golpe salió de casa. Yo parecía la perra, detrás de todo el mundo. El campo estaba seco. El aire, caliente. Y el sol doraba las hojas muertas y las vivas. Dejó los zapatos debajo del marco de la puerta y se puso a andar con los pies desnudos. La tierra quemaba. Los pies le quemaban. El pelo le quemaba y se le levantaba, los cabellos querían huir de sus gritos, pero no podían, porque nadie puede huir del lugar que le corresponde. Yo también tenía ganas de gritar, pero no podía, porque mi cuerpo también sufría y me clavaba los dientes en el labio. Y salió padre porque yo no decía nada. Porque no hacía nada. Y Maria se movía cada vez más y sus pies saltaban cada vez más y la criatura gritaba cada vez más. Y salió Pere y la cogió. La llevaba en brazos como si Maria fuese la criatura. Y yo eché a correr y le agarré los pies con fuerza. Se los apretaba con un deseo airado para detener el llanto. Quería abofetearla porque ya no soportaba sus lágrimas. No lloraba por la muerte de Joan; lloraba por ella. Ahora sí que se sentía sola. Sola de verdad. Y eran lágrimas abrazadas a gritos. Y la criatura seguía gritando pero solo la oía yo.

Cuando Maria se serenó un poco, Pere la soltó y con la mano derecha le tiró del pelo y la estrechó contra su pecho. Le decía que no sufriese, que no morimos del todo. Que nada muere nunca del todo. Y a mí me habría dado asco, porque Pere sudaba mucho. Y ella nos gritaba y nos decía que no lo entendíamos. Que sabíamos quién lo había matado y que no lo entendíamos. Que lo había matado quien nos había matado hacía ya años también a nosotros. A todos nosotros. Pero yo no sabía quién lo había matado ni quién me había matado ni que yo estuviese muerto. Y vino madre y le soltó una bofetada. Y todo se fundió en silencio, en aire, en tierra, en campo.

Padre estaba sentado en los peldaños de la entrada con la

criatura en las rodillas. Vi dos coágulos de flema expulsados con dolor que iban a parar a la cabeza de la niña. Padre siempre había fumado mucho. Dijo que no teníamos caja y que alguien tendría que bajar al pueblo a buscar una. El viaje era muy largo. Vivíamos muy lejos de todo y yo, al pueblo, solo había bajado dos veces, y cuando lo había hecho había visto cosas que me habría gustado volver a ver. Pero ahora no quería bajar. No quería abandonar a Joan y me daba miedo regresar y encontrarme a alguien más muerto o que el asesino me matara a mí también por los caminos y que las cigarras cantasen de orgullo y se me comieran y no me dejasen en paz igual que por las mañanas cuando no podía dormir. Madre decía que los animalejos se comen los cuerpos una vez muertos. Que lo había visto con su madre. A lo mejor es por eso por lo que Pere decía que no acabamos de morir nunca del todo. Porque las moscas, los gusanos y las cigarras pronto tendrían una parte de Joan. Y a partir de entonces Joan cantaría con las cigarras cada día para recordarme que estaba muerto y a mí todavía me costaría más olvidarlo.

El único que no se había movido de la mesa era Tomàs. No hacía más que trabajar. No hablaba casi nunca. Por las noches fumaba bajo las estrellas con padre, pero tampoco se decían nada. Ninguno de los dos hablaba demasiado. Se parecían mucho. Los hijos mayores se parecen a sus padres. Era Joan el que siempre me contaba cosas, o a lo mejor era el único que tenía algo que contar por haberse marchado tres años y haber visto más cosas que yo en el pueblo los dos días que había bajado hasta allí. Padre no había salido nunca del pueblo ni de la comarca. Tampoco Tomàs, y seguro que ya no lo haría porque tenía más de treinta años y ya era mayor. Y no tenía ni mujer ni hijos. Ni palabras, ni ilusión, ni amabilidad. Yo siempre había pensado que me odiaba porque no jugaba nunca conmigo y alguna vez lo había pillado haciéndole mimos a la criatura. Y cuando lo miraba a los ojos siempre me sostenía la mirada hasta que me daba miedo y salía huyendo. Tiraba el paquete de tabaco al suelo cuando le pedía que me diese, como si no quisiera tocarme. Como si se avergonzara de mí. Como si le diese asco.

Pero sorprendentemente fue él quien dijo que bajaría al pueblo a buscar la caja. Y Pere le dijo que no, que solo no podría hacerlo. Y

padre insistió en acompañarlo. Y Maria dijo que no, que era demasiado viejo. Y padre, después de dejar a la criatura en el suelo, dijo que necesitaba hacerlo él. Y nadie les dijo nada más y ambos partieron hacia el pueblo.

Desde la masía veíamos muchas montañas. Se alzaban fuertes, pero el calor las hacía temblar a nuestros ojos. Las rocas parecían enfermas, con plantas muertas pegadas a ellas. Rocas fuertes con pecas negras. El sol lo mataba todo. Y de la negrura surgían hilos secos de vida corta. Espliego y tomillo. Maria siempre colgaba de cordeles ramilletes de espliego por toda la casa o los metía en la cazuela y los hervía un buen rato, como decía que hacían las brujas para calmar los nervios. Y el día que Joan volvió a casa lo pillé olisqueando el ramillete de la puerta de entrada. Y yo sabía que Tomàs lo debía de haber visto llegar porque estaba trabajando en las tomateras que bordean el camino pero no le dijo nada y yo sí que salí corriendo a saludarlo. Estaba en una roca mirando las hormigas y tropecé y me clavé un montón de hojarasca llena de pinchos. Y Joan me la quitó antes de saludarme y me dijo que no me preocupase, que la sangre era como la vida, que poco a poco va saliendo pero que llega un momento en que ya te da igual. Que eso es hacerse mayor. Y arranqué unos granos azulados de espliego y me puse a mascarlos.

Había vuelto muy negro. La piel muy morena, el pelo muy oscuro y las uñas muy sucias. Era el único de la familia que tenía los ojos verdes. Unos ojos verdes que siempre observan, decía. Traía pan y un poco de chorizo en una bolsa. Recuerdo que el viento soplaba con fuerza y que sus cabellos querían que callase cuando me contaba cosas, porque le atacaban los ojos y tenía que cerrarlos y parar y pasarse las manos por la cara. Habíamos ido hasta el otro lado de la Roca Negra porque quería verme a mí antes que a los demás. Y escondidos nos comíamos el pan y el chorizo y las hormigas me olisqueaban los dedos enrojecidos sin atreverse a hincarme el diente. Y después de cada historia, Joan sonreía como si lamentase haber vuelto y me pasaba con suavidad una mano por la mejilla.

No me contó por qué se había ido ni por qué ahora regresaba. Para mí los días habían pasado muy despacio. He aprendido muchas cosas, me dijo, joder si he aprendido. Había visto a una mujer rubia.

La había conocido en un hostal donde había trabajado una temporada. Los hombres le pagaban dinero y ella se abría de piernas. Y yo no entendía por qué los hombres le pagaban dinero por abrirse de piernas. Y me dijo que ya lo entendería o que algún día tendría que hacerlo porque era mejor que contemplar las estrellas o despertarse y estirar los brazos bien alto para destensarlos. Que cuando una mujer se abría de piernas el cielo no existía, tampoco nada de aquello por lo que uno huía: ni los hombres, ni el tiempo. Repetía que ahora entendía más a Tomàs, pero que aún no podía perdonarlo ni sabía por qué estaba aquí, por qué había vuelto, y que a lo mejor era porque yo todavía estaba aquí. Y yo me alegraba de que estuviese aquí y solo tenía ganas de jugar con él. Quería enseñarle los pececillos de tierra que había hecho con el barro de la orilla del riachuelo y cómo, cuando los devolvía al agua, se esfumaban. Las figuras se deshacían y la tierra volvía al lugar de donde había surgido.

Pero, por la curiosidad de sus historias, yo también quería que una mujer se abriese de piernas delante de mí. Y no fue hasta tres días después cuando le pedí a madre que lo hiciese y ella se puso a gritar que qué me habían contado y el vaso de leche que llevaba en las manos se me cayó al suelo y ella se fue y nadie limpió el desastre en dos días. La leche apestaba y tenía pegadas hormigas muertas.

Fue Maria quien la limpió. Lo sé porque gritó mi nombre muy alto y una vez delante de ella me riñó. Que si volvía a hacerlo me pegaría. Que me pegaría o me obligaría a pagar la leche. Y yo le dije que sí, que no lo haría nunca más, porque si hubiese dicho otra cosa habría salido peor parado. Porque siempre te gritaba de aquel modo tan fuerte que si no la conocías podías pensar que era mala de nacimiento. Pero las personas malas no lloran. Solo lloran las personas que sufren mucho. Y yo no sabía qué le pasaba, pero eso era lo de menos, porque lo que veía cuando la miraba era sufrimiento. Y me costaba mucho no hacerle caso, porque su sangre era la mía y comíamos bajo el mismo techo.

Fui el primero de los hermanos en enterarme de que se había quedado preñada. Como un palafrenero que la siguiera allá donde fuese, la había acompañado a lavar la ropa. De vez en cuando la miraba de lejos, sentado en un zoquete seco, mal talado no sé por

quién, porque aquellas tierras eran solo nuestras y el corte de hacha era demasiado torpe. Yo hacía días que había empezado a echar barbas y con violencia estaba intentando quitarme un pelo mientras apretaba con mucha fuerza la mandíbula. Y con la cabeza bien estirada tenía que verla por fuerza, porque había empezado a hacer movimientos extraños, como si bailase como una loca. Soltaba gemidos de fierecilla. Había una abeja que no paraba de incordiarla. Levantó la pala con la que sacudía la ropa y se puso a golpearla. Le grité que parase, que si tú les pegas ellas te pican. Pero no me escuchaba. Como una perturbada la perseguía rauda y descalza y los pies le sangraban porque las piedras someras que había junto al riachuelo estaban bastante afiladas. Eran piedras que bajaban de las montañas, de esas que Pere decía que se habían roto por el frío.

Cuando paró de gritar me acerqué a ella para recoger las bragas que había estado lavando y que había dejado caer en el barro cuando le había entrado la histeria. Vuelven a estar sucias, le dije. Y sucias deberían estar, me contestó. Se hizo un silencio que no entendí hasta que, acto seguido, me dijo que deberían haber estado llenas de sangre. Cuando no tienes sangre tienes una criatura. ¿Quién te lo ha dicho? Madre. ¿Y quién es el padre? No tendrá padre por culpa de tu madre. Y recalcó que era mi madre como si no fuese también la suya, como renunciando al vientre que la había engendrado. Lo único que pude preguntarle fue si quería a la criatura. Quiero que se muera y morirme yo también, y no dijo nada más. Volvió a coger la pala de lavar y las bragas embarradas y se agachó de nuevo para terminar el trabajo.

Por entonces Joan se acababa de marchar. No se había despedido de nadie y Pere me había dicho que en el pueblo se decía que se escondía en las montañas, preparándose para la guerra que todos sabían que antes o después llegaría. ¿Y tú te lo crees?, pregunté. No mucho. A decir verdad, en absoluto.

Y con la partida de Joan había llegado el verano. Volvían a oírse las cigarras. El aire amarillento de siempre impregnaba los campos repletos de hierbas muertas. Las horas pasaban con más lentitud y la perra estaba más sucia que nunca. Precisamente cuando la miraba, madre me dijo que tenía que bajar al pueblo. ¿Puedo acompañarte? Sí, pero espabila, porque hay una buena caminata y quiero volver antes de que anochezca.

Fue entonces cuando bajé por primera vez al pueblo. Madre no me dijo nada durante todo el camino ni tampoco me dio ninguna explicación, y yo no entendía por qué bajábamos si no llevábamos ningún fardo ni había pasado nada que yo pudiese interpretar como una excusa para ir allí. Nadie bajaba al pueblo sin motivo. Y menos una mujer como madre, que no soportaba a la gente, sobre todo si le hablaban de sus cosas, y en los pueblos es donde hay más gentío. Tenía suficiente consigo misma y con padre, a quien yo sabía que en realidad no aguantaba, porque era un hombre que hablaba demasiado despacio y ella siempre había pensado demasiado rápido.

A lo largo del camino apenas encontramos sombra. Recuerdo que no podía parar de pensar obsesivamente que el sol volvería a quemarme la piel que el día antes se me había puesto roja, y me iba estirando las mangas hacia abajo y aguantando con los dientes el pañuelo del cuello para que me tapara más partes de la cara. Solo con girar un poco la cabeza a un lado y al otro, la piel de debajo de las orejas se me tensaba. Ella caminaba con torpeza, como si a cada paso fuera a torcerse un tobillo. Cuando paramos a descansar me encontré una cola de lagarto. Cerrando un ojo, levantando la cola con la mano, traté de tapar los rayos del sol mientras lo miraba fijamente, sin conseguirlo del todo. Era muy dura y muy áspera. Se la enseñé a madre. Pero ella se limitó a sonreírme, como cuando no te escuchaba pero había algo en su interior que sí lo quería hacer. Y entonces me metí la cola en la boca, como un caramelo, y aproveché la piel del animalejo para rascarme la lengua, que hacía rato que me picaba. Me alivió.

El pueblo era de color marrón como mi casa. Las piedras de las paredes estaban agujereadas y habitadas por polvo y arañas de patas largas. Entramos por la calle principal. Esta es la calle Ancha, me dijo. Se llama así porque es ancha. En todos los pueblos siempre hay una calle más ancha. Y la recorrimos entera hasta casi el final. Allí había niños un poco más pequeños que yo que jugaban y cuando me vieron se quedaron parados y se miraron entre ellos con cara de no saber si reír o tirarme piedras. Era la primera vez que me pasaba y me habría gustado atravesar aquel tramo más rápido, pero madre me había tenido ya muy mayor y sus pasos se habían vuelto los de una vieja. Así que pasé por allí con los ojos casi cerrados,

cabizbajo, como si estuviese contando los pasos y no oyese las carcajadas ni el sonido muerto de la pelota que había detenido el juego para poder mirarme de arriba abajo.

Las mujeres del pueblo habían decorado la arena de la plaza, la fuente y las ventanas con plantas y flores. La mayor parte eran blancas, rojas y medio amarillentas. Las macetas de cerámica eran amarronadas, barnizadas; las grandes en el suelo, las pequeñas en las contraventanas. A mí me gustaba el contraste del verde de los tallos y las hojas grandes sobre el color tierra del suelo. Se habían reunido en la plaza, sentadas en sillas de paja seca mal encordada, y las mayores tenían la espalda curvada. Todas iban con bata. Y las más jóvenes, despatarradas, se refrescaban comiendo cerezas y escupiendo los huesos por el hueco que les quedaba entre las piernas. Hablaban de una en una con pausas largas mirando hacia abajo con las cejas fruncidas porque el sol anaranjado de media tarde no dejaba que fuese de otro modo. También reían sin sonreír, como gritando y respirando hacia dentro al mismo tiempo. Solo había sombra en el interior de una puerta abierta de madera. De vez en cuando volaba cerca de mi oreja alguna abeja o veía alguna libélula que olisqueaba el agua de una fuente llena de piedras y ramitas y hojas que flotaban. Estamos a punto de llegar. ¿Adónde vamos? A la iglesia.

Pero madre no había bajado nunca antes a la iglesia. Decía que era solo para los burros que no saben muy bien de qué van las cosas. ¿Has venido a rezar por Joan? Yo no sé rezar ni pienso hacerlo. Dios no necesita nada de eso y lo que yo haga o deje de hacer no creo que le quite el sueño. ¿Y por qué has venido? Tú espérame sentado en la puerta. Y me senté en los peldaños como siempre que hacía lo que me decía y dejaba de hacer todo aquello que los otros hacían porque no me había enseñado nunca a hacerlo, porque yo era el único hijo a quien no había explicado nunca que siempre hay cosas que hacer. Pero ya habían pasado tres meses del último nubarrón negro de lluvia y aquel calor a aquellas horas era insoportable incluso para los animales más duros. En la iglesia no entraba el calor del sol. Solo entraba la luz clara que brillaba más que nunca sobre la pintura blanca y sucia del yeso con que habían fabricado los muros de aquella única pieza del pueblo que teníala puerta de madera decorada con cenefas. Era una puerta gruesa,

pero no muy pesada; no me costó nada empujarla con la mano ni tampoco chirrió más allá de lo que mis orejas podían oír, ya que dentro de la iglesia no había nadie.

Las ventanas eran pequeñas y altas, pero allí dentro había más luz que en casa. Todo estaba muy bien ordenado: dos hileras de bancos, pequeñitos, se extendían desde mis pies hasta el altar. Más adelante había dos estatuillas, a uno y otro lado, cuyas sombras no había visto nunca: sombras más tenues, menos oscuras que las del campo, como más refinadas, que bailaban con la luz blanca que lo inundaba todo, que lo perseguía todo menos a mí, porque yo avanzaba lentamente por aquella quietud, sin destino, cortándola sin sentirme dentro. Y justo cuando observaba a una mujer esculpida en madera, desgastada, despintada, que miraba a su bebé, oí una cosa que muy bien podría haber sido un sonido si no fuera porque no lo era. Era una especie de grito sin sonido, que nacía del interior de alguien que en aquel momento sufría mucho. Alguien a quien tenía cerca, de quien podía notar la respiración. Una respiración muda que sin embargo yo oía. Y la seguí, procurando no arrastrar los pies, procurando no ser visto, porque temía que madre me descubriese y me castigase con su indiferencia.

Y no me equivocaba. La cara del hombre miraba a madre con un temor atroz, con el mismo temor que sentía yo cuando caminaba solo por la montaña y el viento soplaba fuerte y era como si un monstruo negro viniese a por mí haciendo que todo se tambalease, escupiendo estruendo y despedazando las hojas de los árboles, y entonces a mí no se me ocurría otra cosa que echar un vistazo a un lado y al otro para buscarlo, como si tras mirarlo a los ojos el miedo se hiciese más pequeño, como si el hecho de tener al monstruo localizado me protegiese de algún modo. Y aquel día madre era sin duda el monstruo y sin duda el hombre se había propuesto no aflojar la mirada, no parpadear ni un segundo para no perderlo de vista ni un instante, por pequeño que fuese. Pero entonces a mí me entró tos y el hombre me miró instintivamente, sin premeditación, y al verme abrió aún más los ojos, aunque en su interior ya no había temor sino rabia, una rabia profunda contra mí que también sin sonido pude oír, porque por mi culpa no le había podido sostener la mirada al monstruo y este había aprovechado para zampárselo. O no, a lo mejor no era miedo, no era rabia. Era vergüenza —como él

mismo me explicó años más tarde, cuando yo ya había descubierto que era cura después de haberlo seguido cuando se fue corriendo a vomitar tras ver que Tomàs se ponía a serrar el cuerpo *muerto* de Joan—: lo único a lo que el hombre nunca se ha podido acostumbrar ni se acostumbrará. Que tratará de borrarse de la cara sea como sea, pese a que siempre acabará fracasando, porque cuando menos se lo espere volverá a invadirle el sufrimiento de pensar que algún día lo acabarán atrapando. Pero entonces yo no sabía de qué me hablaba aquel hombre ni qué era eso de la vergüenza y lo único que me preocupaba era que el viejo no acabara vomitando durante el funeral, porque no quería perderme el entierro de Joan por tener que ponerme a limpiar aquella porquería.

Pero el hombre no iba desencaminado. Cuando aquella mañana había llegado montado en el carro que cargaba la caja de Joan, con Tomàs, padre y un muchacho al que yo no había visto nunca, aún no se había podido librar de aquella cara anquilosada por la vergüenza. Era evidente que no se acababa de hacer a la idea. Maria se había pasado la mañana entera de faena en faena demasiado inquieta y yo pensaba que lo había hecho porque creía que, adelantándolas, antes conseguiría dejar atrás aquel día tan angustioso con el cuerpo muerto de Joan todavía a la vista de todos nosotros. Pero una vez terminado el trabajo, había cogido una silla y se había sentado delante del muro de casa, bajo el sol, con la mirada encajada en el punto donde el camino se acababa para nosotros. Como cada vez que le hablaba me respondía con sequedad, como si la molestara, yo me había puesto a jugar con la criatura para distraerme. Y pese a que no había parado de mover las piernas arriba y abajo por los nervios, de un brinco todavía más vigoroso se apartó de la silla al vislumbrar la mancha negra y oscura que se iba acercando desde la lejanía. Y cuanto más se acercaba, la mancha oscura se volvía grisácea y esbozaba unas mulas cansadas que guiaban un carro, y detrás, el carro cansado de llevar a tantos hombres encima. Entonces Maria me quitó a la criatura de las manos y echó a correr para esconderla dentro. Volvió sola y se puso a sacudirse la ropa y arreglarse el pelo y con las manos y las mangas se intentaba limpiar la grasa de la cara. Y el carro con los hombres se iba haciendo más grande y a ratos

desaparecía después de bajar un montículo y volvía a aparecer todavía más grande cuando subía a otro hasta que en un momento dado todo dejó de ser decorado para pasar a ser cuerpo: no uno solo, sino varios. Y cuando ya estaban a punto de llegar a casa, de dentro salió Pere y, como Maria se había quedado parada como una piedra en medio del camino sin hacer nada, fue él quien agarró a una de las mulas por el cuello y detuvo el carro para que no la atropellara. Tomàs le pasó la caja y él la sostuvo sin ningún esfuerzo y la dejó en el suelo y luego rompió a reír. Pero Tomàs le dijo que se callara, que era la única caja que habían podido conseguir y que bastaba. Y él siguió riendo y entonces Tomàs, desde el carro, le soltó una patada en el hombro y le ordenó que ayudara a bajar a padre, que estaba cansado. Y mientras yo los observaba, el cura ya había puesto los pies en el suelo y estaba de pie a mi lado y yo ni me había enterado hasta que de pronto me preguntó por Joan. Madre ni siquiera le ha cerrado los ojos, le dije. Y todavía me seguía mirando con aquella cara de vergüenza, que es lo único que los hombres no son capaces de perdonarse a sí mismos ni aprenderán nunca a hacerlo, cuando de un salto aquel muchacho desconocido hizo tambalearse la historia y mientras bajaba del carro me preguntó sonriendo —como si quisiera complacerme para poder pasar por delante del cura— si podía decirle dónde estaba mi hermano. Que no había visto nunca un muerto. Pero yo no quería volver a entrar en aquel cuarto y me limité a señalarles la dirección con el brazo y después a caminar y ellos se limitaron a seguirme. Y entonces los dejé allí, a los tres solos, sin comprender muy bien qué querían aquellos dos de Joan ni por qué habían subido para enterrarlo con nosotros. Y me dediqué a buscar a la criatura por casa sin encontrarla hasta que tropecé con Maria y me dijo que madre se estaba ocupando de ella, que estaba intentando que se durmiera y no diese demasiado la tabarra. Pero yo en aquel momento no quería ver a madre y le pregunté si quería que la ayudara en algo y ella me dijo que había que encender el fuego. Que aquella mañana con todo lo que había pasado se había olvidado de ir a buscar leña y que con unas cuantas ramitas bastaría, que si podía acompañarla. Y entonces nos dirigimos al bosque, ella con el pelo, tan brillante, todavía al viento y yo sin preguntarle por qué motivo se había puesto guapa para recibir la

caja de Joan. Y aunque aquel era un día diferente, cogimos el camino de siempre: un caminito que empezaba a los pies de la casa y que a los pocos metros se convertía en una cuesta pronunciada y que, para evitar caerte, tenías que bajar haciendo eses, hasta que llegabas a un calvero donde el sol secaba las ramitas muertas y abandonadas por las encinas y donde la tierra era cada vez más dura. Yo hacía días que llevaba puesta la bata de los bolsillos grandes y me limitaba a seguir a mi hermana mientras ella me los llenaba con todo aquello que íbamos encontrando y que después podríamos usar para quemar. Y aún no estaban llenos del todo cuando me dijo: Espera, a lo mejor tendríamos que ofrecerles comida. Y yo: A mí me duele la barriga. Hazlo tú. Y ella: Solo te pido un favor. Hazlo tú. Y yo: Con esto tendremos suficiente para encender el fuego y luego ya iré yo a buscar más leña. Y ella, en señal de agradecimiento, me acarició la cara y empezamos a subir de nuevo la cuesta y con la mano que tenía libre de ramas me cogió de mi única mano para evitar que me cayese. Cuando llegamos a casa, padre y Tomàs ya se habían puesto a cavar el agujero para enterrar a Joan a la entrada del huerto mientras Pere trabajaba las lechugas. Nosotros fuimos directos a la cocina, dejamos las ramitas encima de la piedra que había al lado del fuego y luego avivamos las llamas entre los dos, ella colocando las piezas de manera que entre una y otra se colara el aire y yo soplando. Y cuando acabamos me pidió que, cuando la escudella empezase a hervir, me encargara de avisar al cura y al muchacho, que según me dijo se llamaba Esteve, y les ofreciese un plato y que, a continuación, si no quedaba nada en la cazuela, me pusiese a freír algún trozo de carne y lo guardara para la familia, que aquel día acabarían más agotados que nunca. Y así lo hice. Mientras esperaba a que la escudella hirviese me dediqué a arrancar con las uñas los trozos de comida secos e incrustados que había en los platos y una vez limpios los fui poniendo sobre la mesa, en desorden pero bien contados. Uno para cada uno. Y cuando la escudella rompió a hervir ya lo tenía todo listo; incluso había limpiado las migas de la mesa con el dorso de la mano.

De entrada, me nació dar un grito, pero enseguida cambié de opinión porque no quería despertar a la criatura, y me fui a buscarlos al cuarto donde estaba Joan. Cuando me dirigí a ellos, el

cura dio un salto como si hiciese rato que con el pensamiento se hubiese marchado y acto seguido se excusó diciendo que no tenía hambre porque hacía poco que se había comido un bocadillo de mantequilla. Pero el que sí tenía hambre era Esteve, que a punto estuvo de tirarme al suelo, apartándome como si aquella fuera su casa mientras perseguía el olor de la comida. Puedo coger lo que quiera, ¿verdad? No, le contesté, y le arrebaté el plato de las manos y yo mismo le serví la escudella. Cógelo, que ahora quema y yo con una sola mano no puedo, y come. Y miré dentro de la cazuela y ya no quedaba casi nada, apenas un poco de caldo y unos garbanzos y trozos de pollo y entonces cogí un poco de cerdo, lo corté en trozos pequeños y los puse allí dentro con bastante más agua y volví a calentarlo todo, para que la carne fresca se cociese y así quedara alimento para el resto. Puedo repetir, ¿verdad? Es que no ha sobrado mucho. Y como si no me creyera, Esteve se levantó del banco y fue a mirar la escudella. Y entonces se sacó de un bolsillo una cuchara de madera y se puso a rascar las paredes de la cazuela para arrancar el polvillo de caldo seco que se había quedado pegado y después de rascar un buen rato se la metió en la boca y empezó a chuparla como si fuese una golosina. Riquís-s-s-s-simo; ¿quieres? Me da asco. Y cuando ya había relamido la cuchara a conciencia la volvió a meter en la cazuela y sacó un hueso de jamón, lo cogió con la mano y se lo puso en la boca. Pero no le cabía entero, y entonces con la lengua fue repasando todos los rincones, raspando toda la sal, mientras lo sujetaba con la mano libre para que no se le escapara de entre los dientes. Y así estuvo dale que dale hasta que de tanto abrir la boca le entraron arcadas y después de escupir el hueso al suelo tuvo que agacharse y todo para que le volviese a subir la sangre a la cabeza.

Cuando entró la perra a buscar el trozo de jamón que Esteve había lanzado al suelo, yo ya estaba harto de aguantarlo. Así que le dije que cuando acabase lo dejara todo bien puesto, que no podía quedarme con él porque le había dicho a mi hermana que después iría a buscar más ramas. Y entonces dejó de mirar a la perra y se me acercó, me cogió por detrás del cuello con aquellas manazas frías y sudadas y me dijo que me iba a acompañar, que a él le gustaba mucho ir al bosque. Y yo pensé que tal vez al aire libre no notaría tanto su hedor y que así a lo mejor podría soportarlo.

Cuando salimos de casa la criatura se había echado de nuevo a llorar. Yo no quería ir a ver qué le pasaba, porque sabía que estaba con madre y yo evitaba a madre desde la noche anterior. No quería que volviese a quemarme la piel con aquella vela. Pero la niña continuaba llorando, así que cerré los ojos y respiré hondo para juntar fuerzas e ir, pero al final no, porque no hizo falta; antes de abrir los ojos Maria ya había pasado por mi lado y subía las escaleras para ir a socorrerla. Esteve se había quedado embobado mirando a padre y Tomàs que al ritmo de las hormigas iban cavando la fosa y de detrás de la casa se acercaba el cura. Yo no quería que terminasen de cavarla porque no quería que lo enterraran todavía y que todos empezaran a olvidarlo. Y entonces cogí a Esteve de la mano y le dije que teníamos que irnos antes de que las llamas se apagaran y se quedaran dormidas debajo de las cenizas. Que antes teníamos que reavivar el fuego. Y él cogió un palo que había en el suelo y me dijo que a lo mejor no haría falta ir muy lejos, que por allí había leña. Pero yo le quité el palo de las manos y le dije que parara, que parara de tocarlo todo y de actuar como si mi casa fuese la suya. Que allí las cosas las decidía yo. Y antes de que le diese tiempo a responder, noté que aquel hedor que le salía de todas partes, desde los ojos hasta los muslos, me asfixiaba, y como no quería que me persiguiese y me impregnase y acabar oliendo yo también a mierda seca, eché a correr hasta el comienzo de la cuesta, pero tuve que parar en seco, porque no quería resbalar y aquella cuesta se tenía que bajar poco a poco. Esteve pensó que quería jugar con él y se puso a perseguirme. Y como su cerebro de mosca no se anticipó a mi parada en seco, no tuvo tiempo de frenar y al chocar contra mí me llevé un buen empujón. Lo último que recuerdo es un remolino de baches y a continuación despertarme a los pies de la cuesta, justo a la entrada del camino, cubierto de rasguños y agujas de pino clavadas en la piel, como un jabalí con el morro en la tierra.

Tenía un ojo medio tapado porque me había entrado un poco de musgo y con el otro alcanzaba a ver los árboles que se extendían largos, con nubes de cielo al fondo entre las hojas. Debajo de mi cara la tierra estaba fría y húmeda. Podía notarla. También el temblor del suelo por los pasos de Esteve que desde arriba me había estado preguntando a gritos si me encontraba bien y todavía lo

hacía porque yo no le había respondido. Y cuando estaba a punto de llegar a donde yo me encontraba, él también tropezó y me cayó encima. Y entonces la nariz se me hundió en la tierra y, aunque me apresuré a sacarla de allí dentro, no pude evitar estornudar. Solo podía respirar por la boca, porque cuando lo hacía por la nariz me entraba el olor de la muerte, de la putrefacción de la tierra húmeda, y yo lo único que quería era olvidarme de todo y que los días pasaran deprisa y que pronto aquel dolor que no me dejaba ni sentir se escapase bien lejos.

Me levanté y vi que Esteve seguía en el suelo, como un escarabajo patas arriba. Le di una patada en la cara. Y con la mano medio muerta porque todavía me dolía un poco y me costaba moverla, empecé a pegarle en la cara con la rama que había usado para levantarme. Cada vez que le acertaba en la mejilla saltaban chispas de corteza. No rompió a llorar hasta que dejé de pegarle, porque antes a duras penas había conseguido defenderse. Ya le había hecho demasiada sangre y tenía rasguños por todas partes. Y mientras lloraba le iban cayendo los mocos. Lloraba como una criatura. Peor que una criatura, porque él no lo era. Y cuantas más patadas le pegaba para que se callara, más lloraba y más mocos le caían, y entonces le cogí la cuchara del bolsillo y se la metí en la boca y se calló de golpe. No paró de lamerla como cuando había estado llena de polvillo de caldo, pero ahora tenía tierra mezclada con mocos.

Cuando llegamos a lo alto de la cuesta, Esteve tenía los ojos muy hinchados y rojos. Todavía le colgaban los mocos y no había soltado la cuchara. Tampoco ninguna palabra. Pero padre y Tomàs ya habían dejado de cavar y al lado de la fosa no había nadie. Me acerqué y me dije: De manera que eso es la muerte. Nada más que un agujero que se te lleva. Pero antes de poder seguir pensando, llegó Pere con la caja. Esteve se había ido. Mi hermano me preguntó si metíamos a Joan en la caja y luego la caja en el agujero o si bajábamos primero la caja y luego lanzábamos a Joan dentro. Le dije que si metíamos la caja en el agujero primero y después el cuerpo de Joan todo pesaría menos y sería más fácil. Le pareció bien. Solo podía abrirse por una parte que tenía una reja metálica, y tuvimos que dejar esa cara hacia arriba porque de otro modo no la habríamos podido abrir.

El sol ya se apagaba y la poca luz que le quedaba era de color naranja. Madre fue la primera en llegar. Un pañuelo le tapaba casi toda la cara pero yo sabía que con los ojos me buscaba. Y entonces salió el cura, que guiaba por el hombro a Esteve, con la cara ya lavada. Después Maria con la criatura a cuestas. De uno en uno fueron reuniéndose alrededor de la fosa, sin decir nada. Pero el silencio no tardó en romperse, porque un golpe seco nos hizo levantar la vista a todos. Eran los talones de Joan, que habían resonado al tocar el suelo después de que Tomàs lo arrastrase como una piel muerta por el escalón de la puerta. Y cuando ya lo había arrastrado unos cuantos metros, salió padre con los zapatos de Joan en la mano y pegó un grito y Tomàs se detuvo. Y padre se acercó e intentó ponerle los zapatos antes de romper a llorar y tuvo que acabar de hacerlo mi hermano.

Cuando entre los dos dejaron caer a Joan al suelo, al lado del agujero, enseguida nos dimos cuenta de que no cabría estirado en la caja. ¿Cómo lo hacemos?, preguntó padre. Serrándole las piernas, dijo madre. Y entonces Tomàs se dirigió al establo, poco a poco, sin pararse, y volvió con la sierra grande en la mano. Entre él y padre le subieron los pantalones hasta las rodillas y Tomàs se puso a serrar, unos segundos apenas, porque enseguida se detuvo y exclamó: Esto es una marranada. Pero el cura antes incluso de que la sierra tocara la carne ya corría y se apoyaba con una mano en la fachada mientras con la otra se sostenía la barriga para contener el vómito. Maria me dio una patada y me dijo que fuese a ver si aquel hombre necesitaba algo. Pero una vez a su lado el cura solo me dijo: ¿Me entiendes ahora? ¿Me entiendes? No era de rabia, no era de miedo la cara que ponía aquel día. Era que me avergonzaba. Sí. Solo eso: vergüenza. Lo único que ningún hombre reconocerá que siente y que por mucho que se esfuerce no podrá quitarse nunca de encima. Y como tampoco se podrá enfrentar a ella, será capaz de cometer barbaridades y hasta de enterrar a su hijo para no tener que llegar a afrontarla nunca. Solo eso: vergüenza. ¿Me entiendes ahora?

2. MARIA

Aquella noche, a la luz de los cirios y la oscuridad de las capuchas parecía que todo el mundo tuviese la misma cara. Me costó mucho reconocer a Joan. Él no llevaba la cara tapada, pero cuando pasó por delante de donde yo estaba tuve la sensación de que no era exactamente la suya. Y cuando empecé a distinguir qué la hacía diferente, se perdió enseguida entre la muchedumbre y no fue hasta más tarde, cuando todo se había acabado, que pude verle las manos, completamente ensangrentadas. No lo había reconocido antes porque ponía cara de sufrimiento y yo no estaba acostumbrada a verlo de aquella manera.

Después de la procesión se le veía cansado. Me dijo que si quería podía acompañarlo con la cuadrilla a dejar los avíos en la iglesia, porque la gente había traído alguna cosa de comer y la intención era compartir allí la manduca entre todos. Él le había robado algo de embutido a padre. A mí me daba un poco de vergüenza, pero tenía ganas de ir. Así que le dije que iría si después me acompañaba a casa, porque no quería hacer todo el camino sola y era la única condición que me había puesto madre para poder bajar a verlo. Me dijo que no pretendía alargarse mucho y que lo haría encantado, que yo ya sabía que no me dejaría nunca sola, pero que tenía que comer algo antes porque, si no, no le quedarían fuerzas para emprender la caminata hasta la masía.

Me enseñó cómo se recogía la cuerda que había utilizado durante la procesión. Primero tenías que enrollarla en el suelo hasta enterrar en ella el cabo. Luego, como pesaba mucho, tenías que levantarla con las dos manos y a continuación dejarla descansar en un brazo, como si fuese un cesto, para que no se desenrollase cuando fuésemos a devolverla a la iglesia. Cuando acabé de enrollarla, Joan cogió con la ayuda de otro hombre el Cristo de madera que alguien había dejado apoyado contra el muro de una

fuente. Una mujer había arrancado las flores y las espinas de la imagen y las había guardado en un hatillo que se había colgado a la espalda. Y cuando los tres echaron a andar me puse a seguirlos, yo con la cuerda al brazo y ellos cargados hasta las entrañas. No caminaba a mucha distancia, pero tampoco muy cerca de ellos. Solo escuchaba sus carcajadas sin entender qué las provocaba. Pero tampoco quería acercarme para descubrirlo. Me sentía bien, allí detrás.

Por la calle cada vez había menos gente. Acabada la procesión, todos se habían ido a casa. El silencio que a lo largo del recorrido había aneblado el pueblo ahora se había deshecho como si de golpe un viento fuerte se lo hubiese llevado, y las caras que antes me habían parecido iguales empezaban a tomar forma. Algunas me habían saludado y otras habían hecho como si no me hubiesen visto. Pero yo ya estaba acostumbrada, porque yo también solía hacerlo. Y, de hecho, a lo mejor me habría ruborizado si se hubiesen parado a decirme algo. Me daba vergüenza que me miraran a la cara.

La luz de la iglesia parecía una luciérnaga en medio de la oscuridad. Fuera había hombres charlando y fumando y mujeres que reían. Las siluetas de los cipreses se alzaban como humo de chimenea porque un viento suave los iba meciendo. Cuando estábamos a punto de llegar, Joan se giró y me sonrió y eso me calmó. Sabía que yo no estaba muy habituada a la gente. Los hombres y las mujeres que había allí fuera lo saludaron con mucha ilusión y uno de ellos le dio un buen golpe en la espalda. Debes de estar muy cansado, ¿eh, muchacho? Joan rio y le dijo que, además de cansado, estaba hambriento. Entonces una de las mujeres le dijo que eso era lo de menos, que la siguiera. Y él, después de dejar la imagen en el suelo, vino y me quitó la cuerda con una mano mientras con la otra me cogía la mía y me llevaba hacia dentro. Había mucha gente. También bullicio. Las paredes eran blancas y frías. Habían arrinconado todos los bancos contra el muro que quedaba al otro lado del confesionario y los utilizaban como mesas. En lugar de culos sentados había platos con queso y embutidos y tortillas. También muchas jarras con vino. Yo solo conocía a la gente de vista, de cuando madre me había enviado al pueblo a vender la verdura que nos sobraba del huerto o de cuando alguna

otra vez me había enviado a recoger moras por el camino de bajada y a venderlas de puerta en puerta. Joan había entrado conmigo, pero enseguida se había puesto a pegar la hebra con otros hombres y yo me había agazapado en un rincón. Como tenía mucha vergüenza y no sabía ni dónde poner las manos, empecé a seguir con la mirada a una niña muy mona que enseguida se dio cuenta de que la observaba y se puso a jugar conmigo haciéndome muecas. Yo le respondía con sonrisas y un leve gesto de la mano, moviendo con suavidad los dedos. Se notaba que estaba bien alimentada. Llevaba un vestidito de un tono rojizo y unos tirabuzones muy finos que le arañaban el cuello con ternura. El bullicio ocultaba mis miradas.

Un bicho diminuto se había escondido debajo de la pata de un banco e investigaba el suelo con las patitas. Yo también tenía hambre, pero no me atrevía a coger nada. Y me sobresalté cuando la mujer que llevaba a la niña agarrada a sus faldas se me acercó y me preguntó cómo estaba. Un moco blanco y seco parecía colgarle de la nariz. Joan advirtió que me había quedado demasiado parada y se aproximó. Ella le miró las manos y le dijo que si no se las lavaba lo acabaría ensuciando todo. También le dijo que yo ya era toda una señorita, que a ver si me casaban pronto. Hablaba de mí como si yo no estuviera allí, como si me hubiese perdido entre el blanco de las paredes y la luz que corría por todas partes. Joan rompió a reír y le dijo que yo me casaría cuando me quisiera casar, que él no tenía por qué meterse, que eran cosas de mujeres. Todo el mundo parecía apreciarlo mucho. La mujer nos dio a cada uno un pedazo de pan con tomate que llevaba en un bacín. Estaba muy jugoso. Le pregunté si podía darme otro para luego. Me respondió que no tenía ni que pedirlo y después de darme dos rebanadas más desapareció para unirse a un grupito de mujeres con quienes parecía pasárselo muy bien. Mejor que conmigo. Joan también se perdió en otras conversaciones. Aparté los platos del banco que tenía el bichito debajo de una pata y me senté. Oí el crujido del animalejo al morir. La niña me seguía buscando con la mirada, pero no se había dado cuenta de nada. Yo me comía el pan esperando a que Joan me avisara para irnos. Y cada tanto me lamía los dedos aceitosos que el pan me iba pintando. El ruido a veces crecía y a veces se perdía y se escapaba por el portón. Tenía ganas de irme, porque no sabía qué hacer. En el momento en que decidí

levantarme para pedirle a Joan que nos fuésemos, se me acercó un hombre que tenía los ojos azules y la piel cenicienta. Estaba calvo y no lo escondía. Se puso a contarme que por la tarde había salido a dar una vuelta hacia Rieres, el pueblo de al lado, y que había encontrado unos buenos espárragos. Me dijo que uno era más largo que uno de aquellos bancos. Y que con ellos se había preparado una tortilla para comer, porque como no tenía mujer y la hija ya estaba casada, había aprendido a prepararse algunas cosas solo. Apestaba a gato enclaustrado. También insistió en que no habría esperado nunca encontrarme a mí, una chica tan guapa, entre toda aquella gente. Que se sentía muy solo porque su mujer, aunque hubiese muerto, le había salido mala. Que le había hecho perder la cabeza. Y yo lo miraba, con aquellos pelos rebeldes que se resistían a brotarle de la cabeza, y me lo imaginaba también con aquella cabeza que se resistía a brotarle del cuerpo. También me repitió muchas veces que tenía unas pequitas muy bonitas y piel de señorita, blanca como la leche, como si no estuviese hecha para la tierra. Yo sabía que me lo decía para hacerme feliz, pero cuanto más lo decía más angustiada me sentía y más ganas tenía de salir de allí, aunque no sabía cómo hacerlo. El tufo a gato enclaustrado me mareaba. Yo todavía era una niña.

Pero Joan me rescató. Cuando me di cuenta ya estábamos fuera y empezábamos a subir hacia las montañas. La noche era fresca y pesada al mismo tiempo. Apenas había hablado con nadie, pero me alegraba de haber estado allí. Joan ya llevaba las manos limpias. Le pregunté si le dolían. Me dijo que un poco, pero que ya se había acostumbrado y que valía la pena. Ya hacía tres años que se encargaba, con tres hombres más, de acompañar las procesiones tensando la cuerda de lado a lado para que la muchedumbre no se agolpase más de la cuenta. Me confesó que lo que más le gustaba de todo aquello no era el trabajo, sino la cuadrilla que se había formado. Que todos lo habían acogido siempre con mucha simpatía. Yo le dije que era normal, que él lo tenía todo y no lo sabía. Que si yo hubiese sido los demás también lo habría acogido así, no solo porque fuese mi hermano, sino porque tenía esa dulzura que solo tienen los niños, pero que no me malentendiese, que él era un hombre hecho y derecho. Sonrió como cuando se ponía rojo porque no tenía nada que decir pero en cambio disfrutaba con lo que le

contaban. Durante todo el camino escuché tantas historias de aquella cuadrilla que cuando me di cuenta casi habíamos llegado a la masía. Le brillaban los ojos en la oscuridad. Se le veía muy emocionado y yo veía todas las cosas que me iba contando como si Dios las estuviese dibujando allí al lado.

Aquella noche me costó mucho dormir. No hacía ni frío ni calor. De alguna manera Joan me había contagiado su excitación y no podía parar de imaginarme cómo sería mi vida si yo también formara parte de aquel mundo, lleno de gente y risas. El niño dormía a mi lado. El muñón le sobresalía por debajo de las sábanas. Como estaba bocarriba roncaba a trompicones, y cuando el ruido desaparecía yo aprovechaba para intentar cerrar los ojos, pero las emociones no se esfumaban. La luz de la luna era azulada e irritante. Por momentos tenía la sensación de que dormía, pero de que dormía con pensamientos, y no podía saber a ciencia cierta si era que había estado durmiendo y me había despertado de golpe. Y cuando volví a mirar por la ventana ya despuntaba el día y la luz anaranjada empezaba a cubrir las sábanas.

Me levanté de la cama cuando el niño no había abierto todavía los ojos, aunque ya no roncaba. El suelo estaba frío. Cuando entré en la cocina, madre preparaba el desayuno y Tomàs ya estaba en el campo ayudando a padre. Se oían los golpes de pala que rebotaban en las paredes. En la mesa quedaban migajas y con la mano las recogí y me las metí en la boca. Yo tenía ganas de hablar, pero con madre era muy difícil entablar conversación. Le quería contar lo bonita y también lo dolorosa que había sido la noche anterior. Pero no me salían las palabras. Y entonces recogía más migajas y me las metía en la boca e iba formando una pasta cada vez más voluminosa. Aunque apenas había hecho ruido, madre sabía de sobra que estaba a sus espaldas. Sin embargo, no me había dicho nada, ni tampoco lo haría hasta que bajara el niño y nos mandara ir a ordeñar las vacas. Puede hacerlo él solo, le dije. Sabes que tu hermano solo tiene un brazo, respondió. Pero puede hacerlo solo. Pero no tan deprisa, Maria.

No me hizo falta esforzarme para reunir el coraje que se necesitaba cada vez que querías pedirle algo a madre. Ya había llenado dos cubos y el niño ya se había llevado el primero a casa cuando vino Joan y me dijo que a partir de la otra semana iría a

ayudar a las mujeres de la iglesia. Que necesitaban manos. Le dije que madre no me dejaría ir y me dijo que con madre ya estaba todo pactado. Que él haría mi trabajo los días que yo tuviese que bajar al pueblo. No pude evitar cubrirlo de besos. La noche anterior me había leído el deseo en los ojos y no había hecho falta que le pidiera nada. Ni siquiera que tuviese que plantearme si realmente quería aquello. Cuando llegó el día en cuestión, me levanté más temprano para dejar adelantadas las tareas de casa. No quería que Joan trabajase tanto por mí. Y menos haciendo cosas de mujeres como aquellas. Metí un poco de comida en un cesto, me envolví la cabeza y, después de darle las gracias por enésima vez, me encaminé hacia el pueblo.

Lo primero que recuerdo es lo mucho que me dolía el dedo que me había estado mordiendo durante todo el camino y luego los nervios y aquella puerta de la parroquia que chirriaba demasiado. Después todos aquellos ojos de mujeres que me miraban con atención. Algunos desgastados, otros emocionados, otros sorprendidos. La mesa donde pintaban angelitos de yeso estaba llena de manchas de pintura. Había botes con agua y cosas líquidas por todas partes. También santos con algunas partes del cuerpo amputadas. El tufo a barniz al principio no me dejaba respirar. Luego me fui habituando a él. Una mujer muy vieja se levantó, apartó la silla para dejarme sitio a su lado y se volvió a sentar. Yo cogí una de una pila que había al lado de unos marcos dorados y estropeados que se reclinaban sobre una montaña de cajas llenas de cintas y me senté en el hueco que la vieja me había cedido. Y en cuanto apoyé el culo en la silla, vi que me habían dejado una estatuilla nueva para que la pintase y un pincelito y un bote con aguarrás y allí al lado la paleta con las pinturas. Yo todavía no me había atrevido a decir nada. Pero eran mujeres, y ellas sabían quién era yo y cómo era yo. Por eso no me lo tenían en cuenta, y como ninguna de ellas paraba de hablar, enseguida se distrajeron de nuevo y dejaron de mirarme. El angelito que me había tocado tenía la cabeza muy grande y los brazos pegados a las alas. Las manos eran redondas como huevos y tenían agujeros en medio. La vieja, con palabras que se tropezaban y que a veces parecían no tener fin, me dijo que era porque allí dentro querían poner unas hojitas que más adelante confeccionaríamos con alambres y retales de medias.

Le pinté la cara de color carne y el cuerpo de color rosa y el pelo de un amarillo como de trigo. Algunas pintaban los vestidos de color azul cielo y solo una, que luego supe que se llamaba Eulàlia, de color verde. ¿Dónde se ha visto un ángel de color verde, Eulàlia? ¿Dónde se ha visto un ángel, Antonia? Calla, chica, no empieces. Y todas rompieron a reír. Yo miré mi angelito y me dio la impresión de que el yeso estaba chupando la pintura. Cada vez lo veía más pálido. Cuando salimos, muchas vinieron a darme la bienvenida, pero solo una me la dio de verdad. Eulàlia era morena y gordita. También muy atrevida. Enseguida sentí algún tipo de atracción por ella. Era de esa clase de mujeres que se parece a los hombres porque se atreve a desafiarlo todo sin que nadie la tome por loca. Yo ya sabía entonces que nunca lograría ser como ella. Pronto se fue haciendo amiga mía y yo con eso ya me sentía satisfecha. Llegué a quererla mucho, y después la eché mucho de menos, cuando madre me prohibió que volviese a bajar al pueblo. Ni siquiera pude despedirme de ella. Pero aquello todavía no había ocurrido. Apenas había empezado nuestra amistad. Ella, llamativa como un ramo de retama, y yo, pequeña como un tallo de margarita, ambas riendo siempre que podíamos vernos, contándonoslo todo, confiándonoslo todo. Era la única persona, aparte de mi hermano Joan, con quien de alguna manera me sentía un poco más fuerte. Pero no le conté nada de lo que pasó entre yo y el cura. No diré su nombre, porque nunca me dejó que lo pronunciara. Padre, Maria, llámame padre. Puede que no se lo contara a Eulàlia porque me daba vergüenza, porque él me decía que era traviesa y que aquello que hacíamos no estaba bien y lo teníamos que guardar en secreto. Y yo no quería decepcionarla. Pero cuando se me empezó a hinchar la barriga, madre me hizo sentarme en una silla y se puso a pegarme hasta que le dije quién me había metido aquella criatura dentro. No pude aguantar más el dolor de los golpes. Entonces fue cuando madre bajó a hablar con él y a mí me encerró para siempre en la masía. Él no vino a buscarme nunca. Ni a mí ni a nuestra criatura. Sé que hice mal contándole a madre que él era el padre. Ambos se enfadaron conmigo. Solo el día que enterramos a Joan, el cura subió a despedirse de él y pudimos hablar un poco a escondidas. Siempre a escondidas. El único día que recuerdo que se atreviera a mirarme públicamente fue el día que me di cuenta de que me

perseguía con la mirada. Fue el primer día que miré a un hombre de verdad. Eulàlia y yo estábamos sentadas en la hierba haciendo unas coronas de flores con hilos y nos las íbamos probando y jugábamos a ser reinas y princesas y criadas. No estábamos solas. Las demás mujeres de la parroquia estaban con nosotras. Había hombres también aquel día. Mataban conejos. Se preparaba una gran fiesta en el pueblo. Íbamos a comer arroz con conejo y habría bailes. Nuestras coronas eran las más bonitas, porque habíamos decidido ponerles violetas. Yo estaba oliendo una cuando, de repente, Eulàlia me dijo: Mira cómo te mira ese cerdo. Y levanté la cabeza y vi al cura, que me sostuvo la mirada mucho rato, pero yo no pude resistirla tanto y agaché la cabeza. Malditos curas, tendrían que colgarlos a todos. Después dicen que solo piensan en Dios. Malditos cerdos, iba refunfuñando Eulàlia. Pero a mí me había gustado que me mirara, aunque, cuando volví a casa, apenas recordaba su cara. No la había observado suficiente tiempo.

A partir de entonces todo fue muy deprisa. Yo me sorprendía a mí misma buscándolo con la mirada y, cuando lo encontraba, él ya hacía rato que la tenía posada en mí. Después llegaron los encuentros entre la muchedumbre y después los atrevimientos y las citas íntimas. Al principio no pasaba nada. Quedábamos y nos encerrábamos en aquella habitación y yo le contestaba cosas que él me preguntaba. Sobre todo de mi madre. Pero un día me dijo que ya había llegado la hora. Que entre nosotros dos aquello tenía que pasar y que ya no podíamos esperar más. Que no me preocupara, porque no iba a recibir ningún castigo por lo que estábamos a punto de hacer, porque yo era un pobre angelito que había nacido en medio de un desastre. Que aquello tenía que pasar, porque Dios lo había decidido. Que todo estaba decidido desde antes de que yo hubiese llegado al mundo. Y poco a poco fue apartando las cosas de una mesa, mientras decía tenemos que hacerlo bien. Y después me pidió que me sentara encima, cuando me hubo dejado espacio, y que me quitara las partes de abajo. Y cuando me las hube quitado y me hube sentado, me metió aquella cosa que me hizo daño al principio de entrar, pero que después me dejó como dormida la entrepierna y ya no volvió a hacerme daño hasta el día siguiente. Me costó andar durante una semana, pero lo disimulé muy bien.

Entonces me enamoré. No sé cómo, porque los primeros días que

habíamos estado a solas me había dado un poco de grima, porque me parecía demasiado viejo. Era según lo mirara. A veces sus ojillos de águila me perturbaban y a veces me atraían. Intentaba no mirarle mucho las marcas de calvicie. Pero lo que sí sé a ciencia cierta es que de mi interior empezó a salir una cosa como llena de deseo que quería servirlo a todas horas, hacerle cosas todo el tiempo y que no parara de mirarme y de encontrarme bonita. Siempre bonita. Lo habría dejado todo por él si hubiese venido a buscarnos a mí y a la criatura. Hasta ese punto lo llegué a adorar. Pero sé que me equivoqué. Que fue culpa mía que todo aquello acabara, porque tendría que haber escondido mejor la barriga y puede que entonces madre no se hubiese fijado en ella y él me habría querido a su lado para siempre. No me habría importado tirar a la criatura por algún barranco si, a cambio, lo hubiese podido seguir teniendo como entonces, en pequeñas cantidades. Lo habría cuidado y cuidado y cuidado…

3. TOMÀS

Padre avanzaba muy lentamente. Y yo le iba pegando gritos para que caminase más rápido, como a un animal. Que si no aceleraba el paso anochecería y la Dolors nos cobraría más por la cama por avisar tarde y tener que preparar las habitaciones con prisa. No podíamos tirar el dinero. Y seguro que la caja nos la cobrarían a precio de oro. Si lo hubiese sabido antes, padre la habría querido hacer con sus propias manos. Y yo con las mías habría cortado el tronco. Ahora solo nos quedaba soltar las perras.

Se paraba en cada roca. Y me decía que le faltaba aire y se apretaba el pecho con las manos. Y yo le recordaba que era de campo, que caminase y callase como un hombre. Y me decía que yo no lo entendía. Que no lo podía entender y que nunca había sido capaz de entenderlo. Pero que el dolor que sentía lo asfixiaba y le agarrotaba las piernas y le subía hasta donde tenía el vientre. Y yo no sabía qué más hacer o qué más decirle para detener su maldita pena. Yo habría podido bajar solo, pero él había insistido en seguirme. Y me daba rabia, porque no quería que nos cobraran más de la cuenta. Me puso de los nervios y me obligó a gritarle más y entonces rompió a llorar de una manera tan disparatada que parecía fingida. Su garganta lanzaba alaridos hambrientos de perra perdida, y sus ojos granates y espumeantes se exasperaban porque no podían azotarme al ver que no me conmovían. Y en voz baja repetía una y otra vez que deberían ser los hijos los que enterraran a los padres. Pero yo le dije que se dejara de tonterías, que aquel no era un pensamiento nuevo. Que estaba seguro de que aquello ya lo habían repetido muchos otros hombres antes que él, y que los más sensatos de todos se habían secado las lágrimas con las que habían pringado la tumba de sus hijos después de caer en la cuenta de que les había resultado más sencillo procrearlos que mantenerlos. Que todavía podían engendrar muchos más. Pero él seguía sin querer caminar. Y

yo sabía que en el fondo lo estaba haciendo mal, que me salía una pose anquilosada desde hacía años, desde que era niño, y que ahora me podía ahorrar, pero no tenía ánimo ni paciencia para continuar soportándolo.

En una de las paradas me senté a su lado. Él tenía el culo en una piedra y jugaba con una ramita puntiaguda de morera que había arrancado unos metros atrás. Por entonces padre todavía tenía la cabeza bastante clara para pensar con sensatez. Tomàs, tú no lo entiendes, me dijo. Y no, no lo entendía. Yo quería mear. Y me dijo que yo de pequeño había sido diferente, que había reído y jugado mucho con Joan, y que sabía que ya no nos hablábamos. Pero le contesté que nadie puede hablar con un muerto. Que intentar hablar con un muerto siempre es hacer trampa, porque solo sirve para aplacar la angustia del vivo que ha dejado que el muerto se lleve a la tumba la verdad que nunca se atrevió a escuchar. Y se me quedó mirando las piernas un minuto y después me preguntó si había sido yo quien lo había matado. Pero no me enfadé. Le respondí que yo lo habría hecho mejor, que lo habría estrangulado con las manos con las que un hombre como yo trabaja. Y se echó a reír y me pasó un brazo por los hombros. Pero la risa se volvió llanto enseguida. Y yo aproveché para mear.

Cuando volvimos a arrancar el paso, de lejos ya oíamos el gimoteo insistente de la jauría del pueblo. Era un lugar muy pequeño, pero lo bastante grande para que tocasen unos cuantos animales por cabeza. Esta siempre había sido tierra de caza y de hombres que venían de otros hombres que habían surgido de otros hombres que siempre habían nacido aquí. Nadie sabía quién había puesto la primera piedra. Se contaban mil leyendas que habían quedado ancladas en cuentos para niños o en tardes de costura de viejas y mujeres y jóvenes, pero ninguna lo bastante atractiva para perdurar. Para mí que desde siempre había sido tierra de pobres.

Cuando padre me preguntó dónde quería que fuésemos primero, tenía los pelos del bigote secos y manchados de zumo de moras. No podía dejar de mirarlos. Yo creo que a casa de la Dolors primero y mañana a buscarle una caja a Casassas. Se mostró de acuerdo.

La Dolors era la única mujer con negocio propio de toda la comarca. Antes habían sido dos, su madre y ella, pero la primera ya se había encargado de que, cuando faltara, no fuese más que una

despedida carnal, porque la segunda ya habría adquirido su manera de pensar y actuar y la obsesión necesaria para que las cosas no se hiciesen nunca mal. Y no era solo un prostíbulo. De hecho, putas no había muchas y las que había estaban más que gastadas. Era un lugar donde los hombres descansaban no solo de sus mujeres y de las hijas que se habían convertido en mujeres y de las nueras con quienes de golpe también se habían casado, porque se habían instalado en la masía con chiquillos y exigencias y más gritos e historias, sino de todo el género femenino, fuese quien fuese, salvo las prostitutas, que no lo representaban. Era un lugar de mala muerte donde te sentías mejor que en casa. De esos tan horribles y míseros que cuando entras y observas al personal, te admiras de tu propia dignidad. Y no solo por la gentuza, que podías desgranar de uno en uno y nombrar sus apellidos y tierras y pecados y cogorzas. Sino porque, cuando te quedabas dormido en alguna mesa y por la mañana te costaba despegar de ella la cara, a nadie le importaba si habías roncado o no. Olía a piel borracha y calor de camas y peleas. También estaba abierto toda la noche. A veces te encontrabas dormido a Esteve, el hijo de la Dolors, cuando abrías la puerta, pero enseguida se te acercaba como quien oye un disparo y se te plantaba delante con el sombrero en la mano y una sonrisa tan emocionada y luminosa que parecía artificial, como si por sí mismo no hubiese sido capaz de dar con un gesto para saludar y se hubiese quedado con aquel que su madre le había enseñado por primera vez apenas cumplidos los dos o tres años. Era el retrasado del pueblo. Y no solo porque aquello fuese un villorrio y todos se quedasen para siempre con lo más gracioso que a algún tarugo se le hubiera ocurrido llamarte durante la infancia, y que por culpa de aquel tarugo y de nadie más tuvieras que cargar con ello hasta en los recuerdos de aquellos que seguían viviendo después de que tú te hubieses largado. Esteve lo era de verdad. Un retrasado en toda regla. Y eso que era un poco mayor que yo, pero ni se movía muy rápido ni pensaba más deprisa. Era alto como un armario. Tenía mucha grasa debajo del cuello y en los muslos, y debajo de la parte del brazo que hay entre el codo y el hombro. La cabeza la tenía pequeña y medio calva. Siempre iba de un lado a otro con una cuchara grande de madera en la boca y cuando quería llamarte la atención por algo te daba unos golpecitos con ella sin fuerza o te la

ponía debajo de la nariz para que la olieses y era el hedor a saliva más repugnante que habías olido en la vida. Todavía me dan arcadas cuando lo pienso. Y cuando ya estaba demasiado roída su madre se la arrancaba de la boca para que no se clavara ninguna astilla en la lengua y él lloraba y ella le daba una nueva que seguramente les había comprado a los gitanos que de vez en cuando pasaban por la carretera desde Barcelona. Su madre era la Dolors. Una hembra bien parida, un pedazo de mujer, bien entrada en carnes y lo bastante lenguaraz e inteligente como para caer mal a todas las mujeres y meterse en la cama con cada uno de los hombres. No era española, pero tenía un no sé qué del sur que le venía de algún ascendiente y que afloraba cuando te molía a injurias y gritos como si fuera tu madre, pero sin perder el hilo ni la altivez. Como si a cada palabra le añadiese un hazme caso o un ya te lo había dicho. También tenía una buena delantera y la piel entre negra y grisácea, desgastada de tanto fumar tabaco de contrabando. En el pueblo todo el mundo le conocía la peca negra y peluda que tenía justo en medio de las tetas porque era la única mujer de la comarca que se atrevía a lucir vestidos escotados.

Hoy jugamos una partida y ya está, ¿verdad?, dijo aquel día Esteve cuando vio entrar a padre por la puerta. Hoy no habrá partidas. Ve y prepara dos habitaciones. Dijo que sí con una ese que se quedó resonando por el aire durante mucho rato y se puso a hacer el trabajo que le habían mandado. Y entonces padre se dirigió lentamente hacia la cocina, arrastrando los pies, y con una mano apartó la cortina y no le hizo falta decir nada. La Dolors salió y como si pudiese leerle el pensamiento lo abrazó al instante. No se quitó ni el delantal. Eh, Dolors, danos algo de jalar. ¿Cuántos días hace que no te afeitas, Tomàs? Yo ya me había sentado a la barra y me había servido un vaso de ratafía. Ella hizo que padre se sentara a mi lado y no tardó en regresar con dos platos humeantes a rebosar de estofado con patatas. Espero que los señores no tengan queja. Y después volvió a aparecer con un buen pedazo de pan para cada uno y a mí me volvió a llenar el vaso. Yo ya estaba a punto de acabarme el plato cuando padre apenas había tocado el tenedor. Entonces la Dolors cogió la botella de vino y empezó a llenarle el vaso mientras le decía que quizás lo mejor sería que le contase exactamente lo que había pasado, que lo sacara todo y que quizás

entonces le entraría alguna cosa en la boca. Deberían ser los hijos los que enterraran a los padres, dijo, y se echó a llorar de nuevo. No disimulaba la desesperación. Me giré y todo el mundo nos miraba.

Aquel puñado de carroñeros indiferentes y vulgares que tenían la mirada puesta en nosotros querían divertirse con nuestro percance y poder llegar a casa con algo más que rutina. Con una historia que contar cuando sus mujeres con la piel apestosa a fritura les preguntaran cómo había ido el día, todas juntas, al mismo tiempo, también indiferentes y sin atributos, y sus hijas también indiferentes, vacías, comiendo y llenándose la boca sin apenas respirar, esperando a que les acabaran de contar todos y cada uno de los detalles. Y a la mañana siguiente también poder contarlo mientras se tomasen el café en la plaza, todos juntos durante la pausa del trabajo, mientras nosotros llevásemos la caja de un lado a otro para empezar a subirla a casa. Y que hablasen al día siguiente también, por la mañana, juntos de nuevo, riéndose de padre porque no era lo bastante hombre y no podía afrontar que la muerte es lo único que podemos esperar de la vida. Llenándose con nuestras historias como si fuesen una masa espesa que hubiese que ir degustando poco a poco, saboreándola, ora aquí, ora en los lavaderos, ora en la otra punta del pueblo. Y los veía así, todos apiñados, sin importar si eran viejoso jóvenes, únicamente de una forma: vacíos. Y no quería ser yo quien les llenase la miseria. Cogí el vaso y lo lancé contra la pared y estalló. Y entonces padre por fin dejó de llorar y sobre todo de hablar. La Dolors fue a por la escoba y de camino me soltó una colleja que me dejó aturdido. Y todos ellos rompieron a reír, al unísono. Y en medio del griterío apareció Esteve y nos dijo que ya estaba todo preparado. Que nos había puesto a los dos en una única habitación, pero que si queríamos podía cambiarlo. Y la Dolors le dijo que qué cambios ni qué niño muerto, que a mí me tenían que mantener a raya. Entonces apuré lo que quedaba en el vaso de padre y le arranqué las llaves de las manos al retrasado. Cogí la botella de ratafía y tiré hacia arriba, peldaño a peldaño, mientras repasaba las paredes de madera con el vidrio de la botella y aquel puñado de depravados lo observaban todo, expectantes. Según subía por la escalera oí que la Dolors recogía mi plato vacío y le decía a padre: ¡Menudo diablo te han traído al mundo! Más vale que lo vigiles.

Cuando padre entró yo ya estaba medio dormido. Estaba agotado. Solo oí el ruido de la llave dando vueltas en la cerradura y el sonido de la ropa acumulándose en el suelo. Cuando volví a abrir los ojos ya era de día. Padre se había levantado y había recogido las sábanas. Las había doblado. Y cuando bajé ya estaba fuera, mascando tabaco, con los hombros caídos y la mirada en los pies. Ni siquiera se dio cuenta de que me asomaba a la puerta. Detrás de la barra estaba la Dolors, aguantándose el sueño. Me serví otro vaso de ratafía y me puse a morder la tortilla, ya fría, que me había preparado. Espero que no te tomes todo esto como un regalo de pésame, me dijo. Te lo pagaré todo, Dolors, ya ves tú. Y mientras yo iba comiendo, ella esperaba. Pero no esperaba a que me acabase el plato, sino a que mi cara le mostrase aquello que yo era incapaz de darle, porque como decía padre yo no había sido nunca capaz de darlo. Algún gesto con la mandíbula que le asegurase que yo era una persona, que era un ser humano. O a lo mejor una lágrima. Algo que le hiciese entender que yo sabía que quien la había diñado era mi hermano. Que se trataba de mi hermano. Y yo ya sabía que era mi hermano, que se trataba de mi hermano. Pero, como estaba muerto, ya no hacía falta preocuparse por él. No nos teníamos que angustiar. Estaba hecho, sí, todo estaba hecho. No valía la pena llorar. No, no tenía ningún sentido llorarlo.

4. PADRE

Piénsalo bien, me dijo. Que todas aquellas tierras, que todos aquellos campos y caminos perdidos que atravesaban los bosques y rodeaban la Roca Negra y se extendían mucho más lejos y que en pocos años y bien cultivados podían darnos dinero, podían ser míos y llevar mi nombre en las escrituras. Al fin y al cabo era muy simple. Solo tenía que casarme. Una mujer da poco trabajo, me había soltado padre en un tono ronco como el de una palabra que surge de improviso, como si aquello que acababa de pronunciar no lo hubiese estado pensando hacía horas. Es una buena oportunidad.

No le veía la cara, pero podía notarle la seriedad y aquellos ojos llenos de soberbia que contemplaban sobre mi nuca la marca de la debilidad. Deja de escarbar, que acabarás arrancando la raíz buena, me dijo. Pero yo no podía parar. Hacía días que no llovía y la tierra reseca me resquebrajaba las uñas. Cada vez tenía la cabeza más gacha, el cuerpo más inclinado sobre la vid y las uñas más abajo, pero aquella maldita hierba no salía. Te he dicho que pares. Pero yo no podía parar. Deberían ser los hijos los que enterrasen a los padres. Para y escucha, volvió a decirme, ahora un poco más cabreado. Yo tenía la boca llena de tierra porque el aire era todo polvareda. Él estaba allí de pie, con los pantalones sucios y el cuerpo apoyado sobre una pierna. Como si le hablase al viento, daba vueltas a lo mismo una y otra vez mientras la enorme bolsa de raíces con la que yo guerreaba seguía sin salir. Malditos hierbajos. Era una de esas plantas de raíces blancas que parecen un bulbo pero no lo son, y que tienen tallos como cabellos y cuando intentas estirarlos todos juntos tienen más fuerza que tú y tienes que ir arrancándolos de uno en uno. Primero los que son blancos y después los verdes. También había algún tallo seco que había podido partir por la mitad, pero las raíces estaban demasiado metidas en la tierra. Da igual que dejes alguna, hijo. No hace falta

que escardes todas las malas hierbas que veas. Pero aquello me exigía mucha pelea. Había ido rebuscando con las uñas, arrancando los contornos y después descuajando con los dedos las raíces blancas que quedaban más a la vista. Pero así solo conseguía dejar una parte debajo, clavada en la tierra, y quitarle el sombrero. Si aquella noche de los cojones no hubiese tropezado con la pala y no la hubiese partido por la mitad… Deberían ser los hijos los que enterrasen a los padres.

Todos aquellos caminos de viñas eran de padre. Él y yo siempre habíamos trabajado duro para hacerlas prosperar. No podíamos quejarnos y no teníamos ninguna necesidad de aumentar las tierras. Pero él insistía en que casarme con Anna Planadevall era una buena oportunidad. Era todavía por la mañana y yo no me había enterado de la tragedia del asesinato de su madre. Había dormido en el pueblo con la Dolors y había subido muy temprano a la masía, cuando la gente y los chismorreos no se habían propagado todavía por el pueblo. Por entonces, no sabía prácticamente nada de Anna, salvo quién era su padre: que era una muchacha un poco salvaje y que vivía por las tierras en las que años atrás Felip, mi hermano pequeño, un día de mucha niebla se había perdido y quedado para siempre. Nunca supimos nada más de él. Quizás el hecho de que ella fuese medio animal era el motivo por el que mi padre me exhortaba a que me casara. Un animal trabaja y camina sin quejarse y no acaba colgado de un árbol por propia voluntad. Ahora, después de la muerte de Joan, de mi hijo, deberían ser los hijos los que enterrasen a los padres, puedo afirmar con seguridad que padre no quería para mí a alguien débil como madre, ni tampoco que yo me convirtiese en una mujer, como él había tenido que hacer después de que ella se suicidara. No se olvidaba de ponerle cada noche el mantel a la mesa, ni de ir renovando las flores del jarrón que me obligaba a colocar en el centro antes de dar el primer bocado, como siempre había hecho ella. Pero no por eso había descuidado su masculinidad. Simplemente había sido como si, para poder soportar la pena por la pérdida de madre, hubiese ido engulléndola poco a poco a través de los recuerdos, y de alguna manera, haciendo lo que siempre había hecho ella, hubiese conseguido añorarla menos. Y puede que hasta llegar a entenderla. Nunca llegué a plantearle la posibilidad de que se buscase a otra mujer. Las lágrimas que

derramó sobre el cuerpo de madre cuando, después de encontrármela yo colgada de la higuera, la descolgó, me hicieron comprender que ambos se habían amado como muchos nunca seremos capaces de amar. A veces he llegado a pensar que la pena que padre sintió cuando Felip desapareció no fue por su pérdida, sino por la muerte que vio que madre siempre llevaría dentro. Nunca más volvería a ser la misma. Por eso él no quería que yo tuviese una mujer débil. Las que caminan con el corazón roto no sirven de nada. Solo una mujer que ha salido de una casa donde nunca ha habido corazón será fuerte, porque cuando no tienes corazón no se te puede romper nada. Y yo creía que ese era el motivo por el que él quería que me casara con Anna, porque, como si se tratase de una premonición, en caso de que sucediese algo malo, quería a mi lado a una mujer fuerte que, aunque la vida la encadenase al dolor, no acabara quitándosela. Y todos en el pueblo sabíamos quién era el padre de Anna y todo lo que ella y su madre habían tenido que soportar. A ellas, la vida no les podía poner más trabas. O al menos pocas trabas más duras que el hecho de que un hijo de puta no dejara de apalearlas.

Y le dije que sí, que me casaría con ella. Y él me dijo que a cambio contrataría a un hombre para que nos retratase después de la ceremonia. Como si fuéramos ricos. Que ese sería su regalo de boda. Y en la fotografía saldríamos los tres. Padre y yo conchabados, sin sonreír, ceñudos, de pie junto a la mujer con quien me había casado, tan delgada como un esqueleto, que llevaba un saco raído en la mano, pegado a ella como si fuese su propia piel, lleno de verduras enfangadas y mordisqueadas, las que habían quedado en el suelo después del austero banquete de la ceremonia y que ella, agachándose, había recogido de allí. Como si todavía viviese con aquel animal que había sido su padre y se hubiera acostumbrado a pensar que no había ninguna otra manera de vivir que pasando hambre. Pero yo me había casado con ella y mi deber ahora era alimentarla. También meterle hijos dentro, para que después ella los pudiese criar y más tarde yo pudiese con ellos hacer prosperar aquellas tierras suyas que, cuando llegué a mi nueva masía y las pude contemplar, estaban más muertas que el polvo de mis antepasados. Solo uno de nuestros hijos salió tullido. El último. Y como salió así, decidimos no ponerle nombre. Tenía solo una

mano y un muñón al otro lado y parecía tonto. Anna lo dejaba ir de un lado a otro como si fuese un perro sin nada que hacer. Y a mí no me importaba. No nos quitaba mucha comida porque, como se aburría, solía alimentarse de frutos silvestres y de los insectos que recogía. Los otros salieron robustos. Tomàs fue el primero. Luego vinieron Pere y Joan y la niña, la dulce Maria, que se quedó preñada y no nos quiso decir nunca de quién. Pero tampoco me importó. Después de haber aceptado casarme con una Planadevall, no había ninguna reputación que pudiese hacerme caer más bajo. Pero no era algo que me quitara el sueño. Soy de esas personas que no dan más vueltas a los asuntos cuando han tomado una decisión. Y menos todavía cuando es una decisión acertada.

El día que mataron a Joan una parte de mi corazón se murió. Deberían ser los hijos los que enterrasen a los padres. De alguna manera dejé de sentir. Una cosa era que se te muriese un hermano, una cosa pequeña que tenía seis años y que yo jugando dejé escapar para siempre. Y otra es un hijo, una cosa joven de veintitrés años a quien has alimentado y con quien te has esforzado y a quien has dedicado tiempo de tu vida. Fue como si todo lo que había hecho por él no hubiese servido de nada. Y llegué a desear que no hubiese nacido nunca y me sentí egoísta y malo y arrancado y olvidado por todos. Sobre todo por Dios. También lloré como una mujer. Lloré mucho durante largos días. También durante largas noches. Lloré por mí, por mi madre, por mi hermano, a quien había dejado correr solo por las tierras de los Planadevall el día que la niebla se lo llevó. Lloré tanto que una parte de mí huyó para siempre. Y me quedé con el corazón roto. La medio animal de mi mujer fue la que a partir de entonces tomó las riendas de la masía. Tomàs también fue fuerte y tampoco lloró. Pere se casó y nos abandonó. Y Maria, que se quedó con nosotros, no se atrevió nunca más a nombrar a Joan. Deberían ser los hijos los que enterrasen a los padres. Pero yo ya no me repuse.

5. DOLORS

Supe que algo pasaba cuando vi a Jaume entrar por la puerta. Nunca había tenido por costumbre venir a verme dos noches seguidas. O al menos no lo había hecho nunca, porque no había tenido la necesidad. Por aquel entonces acababa de morir mi madre. Yo todavía estaba aprendiendo a tratar con los hombres o, por lo menos, con la clase de hombres con los que tendría que empezar a tratar si quería embutirme algo en la barriga y procurar sobrevivir. No la echaba de menos, pero tampoco me habría molestado que hubiese durado uno o dos años más. Es posible que en aquel tiempo en que me faltó, aquel tiempo en que claramente sentí que la habría necesitado, podría haber aprendido a ser firme y a bajar de las nubes. A no enamorarme. Pero murió demasiado pronto, o a lo mejor ni siquiera llegó a pensar nunca que se moriría algún día y que antes me lo tendría que enseñar todo, y yo nunca aprendí a comprender su soledad y por culpa de ello acabé enamorándome.

Por ese motivo, cuando lo vi por segunda vez en menos de veinticuatro horas, mi cara empezó a esbozar una sonrisa de pánfila mientras mi pensamiento se resistía a alegrarse del hecho de que estuviese allí de nuevo, porque sin duda sabía que había pasado algo muy gordo, aunque mi corazón y mi cuerpo no acabasen de creérselo del todo y mi sonrisa de pánfila persistiese más allá de lo que me habría gustado. No le di ningún beso. Solo lo invité a sentarse. Nunca nos dábamos besos antes de acostarnos. Puede que como mucho algunos abrazos. Cogí un trapo y lo mojé en el agua de la palangana y limpié la barra de madera, pues era tan temprano que todavía estaba sucia de la noche anterior. Yo me acababa de despertar y no me había tomado ni un café ni había limpiado el local. Le puse un vaso delante y dentro del vaso le puse vino. El mismo vino que años más tarde le pondría delante cuando, con la misma cara de pena, me contase que su tercer hijo la había diñado

porque algún malnacido le había metido un tiro de escopeta. Pero entonces todavía no tenía hijos. Yo tampoco. Ni siquiera arrugas. Hasta entonces ambos habíamos sido demasiado jóvenes para creer que el mundo funcionaba de forma diferente a como había funcionado siempre. Habíamos sido demasiado inocentes para creer que el pasado de los de tu sangre es solo eso: pasado. Demasiado crédulos para confiar en que la hija de una prostituta y el hijo de un terrateniente podrían llegar a compartir algún día una vida a la vista de los demás y con el consentimiento no solo de los demás, sino de ellos mismos, como si alguien pudiese olvidar, por mucho tiempo que pasara, cuál es su destino por el simple hecho de haber nacido en un sitio y no en otro. Pero como he dicho éramos demasiado jóvenes, y pronto, de golpe y porrazo, íbamos a crecer. Tal vez no aquella noche, pero sí muy pronto: después de su boda o después del nacimiento de su primer hijo, Tomàs, o del mío, Esteve, o en el momento en que simplemente nos acostumbráramos a pensar como los adultos y renunciásemos a alimentarnos de sueños.

Pero no fue hasta que se acabó el vaso de vino que le había dejado sobre la barra cuando me atreví a preguntarle qué había pasado. Entonces él, sin contestarme, me cogió de la mano, como cuando me acariciaba para darme a entender que necesitaba acostarse conmigo, a mi lado, y yo me levanté y eché el pestillo de la puerta de entrada para que nadie intentara ensuciarme el local sin estar yo presente y él me guio hasta mi cuarto. Me desnudó, y yo me dejé penetrar por esas cosas que tiene el amor, por culpa del cual, pese a saber que pasa algo y que seguramente ese algo no te va a gustar, te dejas llevar e intentas que el momento de gloria se alargue al máximo como si tuvieses miedo de despertarte. Y cuando él terminó —y yo no, mi cerebro no se podía concentrar porque sabía que Jaume traía una fatalidad metida en la boca—, se puso a manosearme y mientras me sobaba los pechos me dijo: Me caso. Puede que no me case mañana ni la semana que viene y puede que ni siquiera me case por voluntad, pero sí que lo haré y sé que tú llorarás y yo intentaré no oír tus lágrimas para que no me las puedas contagiar.

Y entonces me mató. No a mí, sino a la niña que llevaba dentro. Mi pasado, que en aquel momento era más que nunca solo eso: pasado. Porque toda la credulidad que hasta entonces me había

hecho ver el mundo de una única manera, con un único propósito, se deshizo. A lo mejor fue entonces cuando empecé a crecer, porque empecé a quererlo no como la mujer que creía que era, sino como una prostituta, que era lo que verdaderamente era yo. Lo empecé a querer no como una mujer que escoge con orgullo las telas de la boda y se encarga de todos los preparativos y se asegura de que todo el pueblo esté al tanto de la ceremonia y de que todas las vecinas solteras la envidien hasta la eternidad, sino como una mujer que ha crecido, que acepta —y que a lo mejor, al mismo tiempo, es cuando ama más que nunca— que su amor se congele para siempre mientras otra mujer le roba o le arranca la voluntad. O ni tan siquiera la voluntad. Simplemente el deseo, que es lo único por lo que la juventud continúa viva y que, una vez muerto, te hace entrar en el mundo de los mayores, de los conocedores, de los que ya no desean sino que esperan que todo se acabe porque saben que nada de lo que habían querido de pequeños les llegará nunca. Que ya están demasiado ajados para que a Dios le interese concederles algún milagro.

Y justo cuando acababa de decírmelo, me puse a llorar y me di la vuelta, porque no quería verlo, ni siquiera olerlo. Las sábanas estaban frías y fuera la luz empezaba a desvanecerse. Noté con timidez que me ponía una mano en el culo y que luego me lo apretaba con fuerza. A mí siempre me había excitado que con aquellas manazas me cogiera con fuerza la carne hasta hacerme daño. Se estaba haciendo tarde. La caída de la noche había marcado siempre la apertura de las puertas de casa, fuese la hora que fuese, y yo empezaba a impacientarme. Me habría gustado poder parar el tiempo, haber sido alguien digno de retener a Jaume e intentar convencerlo como si alguna vez hubiese tenido la posibilidad de hacerlo. Él seguía apretándome las nalgas con fuerza —ahora ya no solo una, sino las dos a un tiempo— e intentaba penetrarme de nuevo. Y cuando lo consiguió, yo ya estaba demasiado encendida como para negarme. Toda yo estaba embriagada por la pasión que ofrece la pérdida en el momento anterior a su aparición, la excitación del duelo inminente. Durante unos momentos el placer me nubló la razón, pero enseguida hubo algo que hizo que el gozo acabase de golpe. Él continuaba gimiendo y agarrándome las nalgas con fuerza, pero yo ya no tenía la cabeza allí. Ni siquiera el cuerpo.

Era como si Jaume se limitara a penetrar mi sombra, apenas un fragmento de mi carne, impreciso y vago, que ya no me acogía solo a mí sino que envolvía a cualquier mujer que se le pusiera delante, cualquier mujer que a partir de entonces sería suya y que cada noche se dedicaría a penetrar. ¿Quién es? Dime quién es, Jaume. Por lo que más quieras, para y dime quién es.

Y entonces paró. Se quedó unos instantes sin moverse. Después separó su cuerpo del mío y se incorporó. Entre la espalda y la pared se puso un cojín. Y con la mano derecha se restregó la frente, como si rascándose la testuz las palabras le pudiesen salir con más fuerza, como si se resistiesen a ni siquiera pronunciar su nombre y cualquier intento de evocación pudiese hacerlo enfermar o incluso sumirlo en la barbarie. Es la Planadevall. Me caso con Anna Planadevall. Y caí en la cuenta de que me había equivocado, de que no me había matado la noticia de antes sino que lo había hecho esta, porque, de todas las mujeres que había para escoger en toda la maldita comarca, esa era la única con la que una boda no significaba regocijo, sino compasión. Y empecé a atar cabos. De golpe empezaron a venirme todas aquellas voces de mujeres viejas que había oído aquella mañana en el mercado. Se me apareció la historia que había llenado las bocas de todo el pueblo durante el día y que lo seguiría haciendo hasta que apareciese otra más jugosa. Anna, la señorita Planadevall, saliendo del establo del alcalde después de haber pasado allí la noche y plantándose en la cocina de su mujer, todavía con el rostro medio embotado y dormido, con aquel pelo horrorizado, lleno de paja, pero recogido con una cuerda y diciendo: Mi padre, perdón, la bestia que un día tuvo el valor de engendrarme, mató a mi madre hará unos quince días. Está ahogada en el agua, sin enterrar. ¿Alguien podría ayudarme a enterrarla? Y callar. O puede que simplemente diciendo: Mi madre está muerta y la bestia ha huido. ¿Tiene algo para desayunar? Y entonces la mujer del alcalde diciéndole: Tengo huevos. Y quedarse mirándola. O a lo mejor: Mi marido está cazando. Y callar también, pero no por no tener nada más que decir, sino por querer decir algo y no saber cómo hacerlo.

Pero aún fui más lejos. En pocos segundos entendí por qué Anna había dormido en un establo que ni siquiera era el suyo y no en su casa como habría hecho una persona normal a la que no hubiese

engendrado una bestia y que no se hubiese acostumbrado a vivir como una salvaje. Anna había querido llegar a la hora de cenar pero se entretuvo demasiado por el camino y cuando llegó al pueblo todos se habían acostado y los animales fueron los únicos que no se incomodaron con su presencia porque tan rápido como se despiertan se quedan dormidos de nuevo. Y entonces se tendió allí, sobre la paja del establo, a lo mejor sin siquiera dormir porque a lo mejor pensó que ya lo había hecho demasiado durante los pocos años que recordaba haber existido y se esperó a que apareciese la primera luz, tan pobre a esas horas que todavía se le puede llamar noche. O a lo mejor sí que durmió y lo que realmente la desveló fue el holgazán del alcalde, que preparaba los fusiles y las botas de vino para ir a cazar mientras espabilaba a los perros. Y entonces abrió los ojos, y cuando el hombre se fue —era, en efecto, una salvaje, pero debajo de aquel salvajismo había una mujer escondida que sabía que siempre es mejor hablar de mujer a mujer antes que de mujer a hombre—, se recogió el pelo lleno de paja con una cuerda y se dirigió a la cocina, donde sabía que solo encontraría a su mujer. Qué más da. El caso es que entendí que había querido llegar antes de cenar, pero que por el camino se había entretenido, porque, en cuanto se hubo asegurado de que su padre se había largado de una vez, vio que ya había esperado demasiado quién sabe a qué y que ya era hora de empezar a andar por sí misma. Tampoco le quedaba otro remedio. Había comprendido que lo único que podía hacer si quería mantener la masía y salvar la gota de sangre propia que su padre todavía no había acabado de envenenar era contraer matrimonio. Y por eso se entretuvo. Mientras yo estaba en mi cuarto durmiendo con él y soñando como una muchacha —o a lo mejor más bien como una niña— en que algún día nos casaríamos, ella se había dirigido a la casa del padre de Jaume y le había pedido a mi futuro marido, y entonces comprendí que no lo había sido nunca, en matrimonio. Y eso había sido todo: el señor Capdevila aceptando el ofrecimiento y prometiéndole la mano de su hijo antes de que Jaume sospechase de qué iba el cuento y ella venga a caminar, de prisa, hacia la siguiente parada que consideraba indispensable para alcanzar su propósito. Pero había llegado demasiado tarde, porque el pueblo entero dormía y el único sitio que había encontrado para poder descansar —sí, a lo mejor solo

eso: reposar de la larga fatiga de haber soportado durante tantos años una vida que ni ella había escogido ni quería— había sido el establo de la familia del alcalde.

Pero lo que no me acababa de cuadrar era por qué diantre Jaume lo había aceptado. Piensa, me dijo, después de volver a ponerme la mano en el culo. La oscuridad era cada vez más grande. Pronto llegarían los primeros clientes y yo tenía que espabilar a las mujeres para que empezasen a lavarse y ponerse los vestidos, pero no quería salir de la cama sin haber descubierto antes todos los motivos. El frío había empezado a helarnos la piel. Le pedí que volviese a acostarse conmigo, a mi lado, y que me abrazara y me calentara y me explicara por qué la había escogido a ella y no a otra mujer. Se quitó el cojín de detrás de la espalda y lo puso junto al mío y se tumbó. Yo extendí bien la manta y me acurruqué para que no se me quedara ningún pie fuera. Entonces habló: No la he escogido yo ni tampoco me ha escogido ella. A mí me ha empujado el pasado y a ella la necesidad, o viceversa, ya que las dos cosas vienen a ser lo mismo.

Y caí en la cuenta. Puede que aquel día yo hubiese crecido — como mínimo, había aprendido quién era yo y qué podía permitirme soñar a partir de entonces—, pero él seguía en la infancia, en aquella sombra vacía que le había dejado su hermano pequeño cuando un día jugando con él había desaparecido en las tierras de los Planadevall y nadie lo volvió a ver nunca más. Él seguía atascado entre el sentimiento de culpa por haber perdido a su hermano y la esperanza de algún día recuperarlo. O a lo mejor ni eso: simplemente encontrar sus huesos. Y lo perdoné, porque vi que yo no era la mujer ultrajada y engañada en que todo el mundo habría pensado que él me había convertido si no fuese una puta, sino la puta comprensiva y atenta que a partir de aquel día solo podría sentir compasión por él. Nada más.

Por ese motivo solo me dio pena y no me causó dolor el día que lo vi caminando con la cabeza gacha hacia el altar, donde lo esperaba aquella salvaje que no se había cambiado ni el vestido con el que aquel día había dormido en el establo del alcalde. Con aquel vestido de color marrón como su piel, que más que ropa parecía la cáscara de una castaña chamuscada y que llevaría durante unos cuantos años más, hasta que naciese su tercer hijo, Joan, al que más

tarde acabarían matando de un tiro de escopeta por haber nacido con más sangre Capdevila que con sangre de bestia.

Pero para entonces ya habrían pasado unos treinta años. Mi hijo ya sería mayor, con apenas unos pocos años más que Joan y con exactamente la misma edad que Tomàs, con solo un mes y pico de diferencia. Y, sin embargo, tan distintos los tres como si uno encarnase el cielo, el otro el purgatorio y el último al mismo diablo. Joan solo había recibido una cuarta parte de sangre de bestia, lo que le permitía comprender su entorno con claridad, como si fuera Dios, sin voluntad alguna de perpetuar la barbarie, y Tomàs, por el contrario, había heredado tres cuartas partes de maldad y de Jaume solo la carcasa, aquel aire de viejo que ya tenía con veinte años y que sin embargo me había fascinado durante tanto tiempo y me había desvelado tantas noches de insomnio. Y Esteve allí en medio, sin padre reconocido y sin parecer hijo mío, porque el único atributo que se le podía encontrar solo podía haber sido causado por la enfermedad: era tan bueno que muy bien podría haber aparecido allí para purgar nuestros pecados y que, sin comprender nada, llegaba a entenderlo todo. Por ese motivo, cuando al cabo de treinta años Jaume bajó a casa para decirme que Joan ya no estaba entre nosotros, que algún malnacido le había metido un tiro, y Esteve me preguntó si podía ir con él al día siguiente a enterrarlo, que quería estar a su lado, yo le di permiso, porque en cierto modo Joan había sido un hermano para él, si no de sangre, al menos de espíritu, porque Jaume siempre se había comportado con él como un padre.

6. CURA

Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal; y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra…

En cuanto llegué a la explanada seca y arenosa que había delante del caserón me di cuenta de que no había llegado en el momento justo para poder enterrarlo y después largarme. Los de la casa todavía no habían cavado el agujero. Maria estaba allí con aquellos ojos cosidos al suelo que no me querían mirar, al contrario que el espantapájaros de su hermano, esmirriado y consumido, que a su lado me miraba con mucho más que curiosidad, como si en aquel preciso instante, confusamente en su cabeza, hubiese recordado aquel día de hacía ya unos dos años en que me había visto empapado de sudor y vergüenza e impotencia sin saber dónde poner las manos. Vi claramente que había salido de la rectoría y me había sentado en el charrete demasiado pronto, sin apenas pensar hacia dónde me dirigía ni cómo empezaría el discurso con el que hacía tiempo que soñaba, impelido por el deseo irracional de aprovechar la mísera oportunidad que Dios me ofrecía para enmendar la ofensa con la que aquel día la Planadevall, dentro de mi propia iglesia, me había obligado no solo a callar, sino también a abandonar a mi criatura antes de permitirme rechazarla en caso de que sobreviviese al parto. De sobra sabía que aquella era la última oportunidad. O la Planadevall escuchaba todo lo que yo aún no sabía que debía pronunciar y pasaba vete tú a saber qué esperaba que pasara, o lo dejábamos estar. Y no se podía decir que no había tenido tiempo de dar con un qué y unas palabras acertadas. Después de subirme a la carroza sin reflexionar, viví las dos horas más largas de mi vida. Y no fue solo por el calor, ya que de vez en cuando un

aire que no sé de dónde salía, porque el movimiento del carro te despistaba, iba refrescando la angustia. Fue sobre todo por aquel silencio que nos acompañó durante todo el camino y por aquella soledad sucia y burda que, pese a ser dos mulas y cuatro personas con una caja —si es que así podíamos llamarla— en un charrete de tres asientos y poca agua y muchas cosas que decir, se oía más que el roce de las ruedas con la tierra.

No me lo esperaba para nada, que aquel viniera vociferando hasta la rectoría y, tirándome de la sotana, me dijera que lo siguiera deprisa, que a un hijo de los Capdevila le habían segado la vida. Lo han matado y ahora han bajado a por una caja y usted lo tenía que saber, ¿verdad? Y la boca de Esteve se iba abriendo como buscando una respuesta que yo no sabía de dónde sacar, como si en aquella tragedia él hubiese encontrado emoción y diversión y con el pensamiento fuese mucho más lejos. ¿Quién lo ha matado? No ha sido nadie del pueblo, ¿verdad? Yo, en aquel momento, tampoco sabía qué responder. Algunos asuntos no son cosa nuestra. Pero en realidad sí lo eran. Y yo, más que nadie, lo tenía que saber.

Por eso enseguida cogí lo que pude y lo metí en un saco de cañamazo y me lo colgué a los hombros después de haberlo agujereado con una cuerda. Un bocadillo de mantequilla envuelto y unas palabras de réquiem escurridas en un pedazo de papel mal cortado y sobre todo polvo. Lo iba paseando arriba y abajo por toda la sala sin saber qué más coger, tropezando con todos los muebles. Venga, va, déjelo estar, tenemos que irnos, ¿verdad? Y ni siquiera había cerrado la puerta de la iglesia cuando Esteve me gritó: Venga, va, no querrá que lo deje atrás, ¿verdad? Yo sabía que la historia debía de haber corrido antes de que aquel majadero hubiese venido a contármelo, porque aquí un eclesiástico es el último en enterarse de las cosas, aquí las historias me llegaban después de haber sido vengadas o compradas o intercambiadas por una esposa o unas tierras o unas herramientas nuevas que se aprovechaban o se intercambiaban por otras más nuevas.

Eran las once de la mañana. Las mujeres acababan de poner el caldo al fuego y el resto de vecinos todavía estaban en los bancales resistiendo el agotamiento de la tierra y deseando que el sol empezara a quemarles la coronilla para avisarles de que ya podían desembarazarse de las herramientas para ir a devorar la comida que

les habían preparado. Las calles por donde solo caminábamos Esteve y yo olían a pollo hervido, patatas y nabos. Y era tanto el calor que por un instante, y de puro sufrimiento, llegué a olvidarme de adónde me dirigía. Pero el descanso solo duró lo necesario y gracias, porque enseguida los vi allí y la agitación volvió a helarme la garganta. Ambos tenían el mismo aspecto, solo que el más viejo estaba un poco más encorvado, como si de pena o melancolía se hubiese desgastado, como si le faltase riego o disciplina. Allí están. Los ve, ¿verdad? Y las pisadas alarmadas y altisonantes de Esteve hicieron que Tomàs girase la cabeza.

Ya estamos todos, dijo al verme. No; falta Joan, lo cortó Jaume. Pero antes de que aquella pequeña disputa se convirtiese en una gran pelea, el hombre al que conocían de casa de la Dolors ya se había espabilado para tratar de aplacar la rabia de Tomàs. No es el mejor momento para restregarnos viejos rencores familiares. Tenemos que pensar en la vida que ha expirado. Y para eso tengo unos buenos tablones, para que el muchacho pueda descansar en paz y… Queremos la caja más barata, nos basta con algo que a los gusanos les cueste agujerear. Caray, caray, veo que queremos demostrar que somos de tierras duras, pero también…

Quien había cortado el enfrentamiento entre padre e hijo era Casassas. Un hombre chaparro y más listo que el hambre que de una palada te endosaba cualquier armatoste por el precio que le viniese en gana. Aquel día los ojos de color de hojas secas le brillaban con mucha más astucia de la que solía dejar entrever. Era consciente de que conseguir encasquetarles la caja a aquel par de tarugos era un nuevo reto, una nueva dificultad que superar para demostrar que podía sacar provecho de cualquier vendaval. Aquella gente podía ser tacaña, pero él era el mejor vendedor de la comarca y punto. Y estaba más claro que el agua que aquel día no solo la propia exigencia sino también la de las malas lenguas lo exhortaban a demostrar su destreza. Pero predicaba en el desierto porque aquella gente era de sangre rancia, animales que a la segunda frase ya te dejaban de escuchar. Con ellos había que ir al grano, intercambiar objetos más que conceptos.

O deja de hablar y me da una caja para que pueda irme, o ese alamar le va a volar, le dijo Tomàs. Y nadie supo si lo estaba amenazando a él, con derribarlo de un trompazo, o al corchete. Es

bonito, ¿verdad?, escupió de golpe Esteve. Pero más que bonito era pomposo y llamativo y no encajaba en un pueblo como aquel, ni en toda la santa comarca. Eh, eh, ya sé que está pasando por un momento complicado, pero no hace falta que nos pongamos así, porque después de la tempestad… Pero en aquella ocasión Casassas no acababa de captar de qué iba la historia. Aquel hombre regordete y afeitado que un buen día había llegado al pueblo ya casado y con criada propia y había abierto una tienda con demasiados colores y cosas para un pueblo demasiado roído todavía no sabía cómo se las gastaban los pobres de las tierras altas. Él era un hombre de futuro y no un hombre de pasado. Y la miseria no aparece nunca en los sueños. Pero yo sí lo sabía y por eso no me sorprendí para nada cuando Tomàs emprendió la marcha. Pero ¿por qué se va? Porque nosotros ya tenemos madera, dijo Jaume. Hemos bajado porque queríamos que la cosa fuese más ágil, pero usted no nos lo pone nada fácil. Usted no sabe de qué habla. Y lo que vino después, el asunto aquel de la caja —si es que alguien se atrevía a llamar así a aquello—, salió de ahí, de eso último que dijeron. Fue esa última sentencia la que llevó al límite a Casassas. Podía aguantar con una sonrisa que lo amenazaran con una paliza y que le despreciaran el corchete, pero nunca la inteligencia. No había más que ver la ropa que lucían los de un bando y los del otro, y comparar la cantidad de tierra que se les acumulaba debajo de las uñas. Usted a mí no me puede decir que no sé de qué hablo. Pues bien que lo ha demostrado. Y las cejas se le empezaron a fruncir y la rabia le empezó a penetrar en la sangre. Pero él era de buena familia y en casa siempre le habían enseñado que una palabra seca bien escogida es más útil que cuatro gritos mal dados. Así que allí estaban aquel hombrecito cabreado, que se mordía la lengua, como una burbuja de vidrio candente a punto de explotar y aquellos otros dos pasmarotes, inmóviles a la sombra y sin impacientarse; Tomàs mascaba tabaco sin dejar de reír, como si estuviera tomando el fresco.

Yo teng-g-g-g-go una caja, dijo Esteve medio tartamudeando, con el párpado derecho como loco, moviéndose arriba y abajo sin parar. La de tu abuela no cuenta, tuvo que responder Tomàs, con aquella agilidad mental que siempre lo había caracterizado. Con la misma firmeza y rotundidad con que, de muchacho, de no haber

sido por los músculos poco desarrollados y aquella pelusilla que le cubría los mofletes henchidos de seriedad ya a los trece años, lo hacían parecer de veinticuatro. Sí, no… No es esa, es otra que no está bajo tierra. Y si queréis os la puedo dar, ¿verdad?, porque no es mía. No es de nadie. Solo tenéis que seguirme… Y tardó tanto en recordar el camino y el escondrijo o el lugar donde alguien la había tirado y él la había visto que, haciendo un recuento del tiempo que le había dedicado, podías entrever que no estaba cerca. Y ciertamente tenía razón, porque estaba tan arriba del pueblo y fue tanto el rato que caminamos que pude recordar cincuenta veces todos y cada uno de los insultos y gruñidos de Casassas que, ahora sí, después de que emprendiésemos la marcha sin despedirnos, ni sus principios pudieron retener.

Y cuando casi parecía que la calle y la ruta no tenían fin pero que el silencio sí y que o hablaba alguien o yo habría acabado diciendo tonterías, Esteve dijo: Tenemos que girar por aquí. Y señaló un sendero lleno de malas hierbas de esas que parecen lechugas pero tienen espinas y también de paja que parecía marchita pero que había nacido con aquel color de sequía. A la izquierda había un caserón antiguo y ruinoso que ya lo era entonces, treinta años antes, cuando yo había llegado al pueblo, y a la derecha, tomateras silvestres demasiado crecidas y terrones de arcilla y restos de tela quemada. Tenemos que llegar al final hasta un poco antes de llegar a las moreras y entonces giramos ala izquierda y ya estamos, ¿verdad? Y el majadero caminaba con aquellas caderas grasientas que no podías dejar de mirar y aquella juventud que, aunque ya rondaba la treintena, su poco seso todavía preservaba.

Con un cabezazo al aire, Tomàs me invitó a pasar delante de él y seguir a Esteve. Pero no lo hizo a propósito, porque aquel era un gesto muy suyo, forjado con la brusquedad conveniente para evitar que alguien lo contrariase. Es aquí, ya llegamos…, iba diciendo Esteve mientras arrastraba aquellas piernazas por aquellos caminos que aparte de él ni Dios había pisado desde hacía innumerables tormentas. Aquella maldita senda rodeaba toda la casa. Y te ibas encontrando cada vez más terrones de arcilla y suciedad y más restos de tela quemada y más verde que se encaramaba por las paredes a punto de caer definitivamente, como si nos hubiesen

estado esperando hasta aquel preciso momento para poder acabar de desfallecer y formar parte de aquella locura, como si necesitasen un último empujón para poder morir tranquilas pero todavía vigentes en el recuerdo de aquella mañana de martes.

Entonces de golpe Esteve se paró y yo, por la inercia de ir caminando, casi me como aquel trozo de carne empapada de sudor y hedor a enfermedad. Ahí está, y señaló algo que su cuerpo todavía no me dejaba ver. ¿Es que vienes mucho por aquí? No. De vez en cuando vengo y me siento una hora o a lo mejor un poco menos y después me largo y busco a ver dónde está madre. Es tranquilo, ¿verdad? Pero es que en aquel pueblo todo era aparentemente tranquilo. ¿Creéis que servirá?, preguntó Tomàs. Qué más da, dijo Jaume, a mí me sirve. Y justo después de que Jaume dijera aquella tontería, aquella enfermiza y disparatada respuesta a bocajarro, porque a nadie en su sano juicio y a quien le importase mínimamente su hijo se le habría ocurrido aceptar aquello como caja, fue cuando la vi por primera vez. En aquel momento todavía no podía creérmelo, pero luego me lo creí por completo. No era necesario que mirase hacia otro lado en busca de una caja de verdad porque ellos se referían claramente a aquello. Me acompañaban un retrasado y dos Capdevila.

No te atreverás…, dije mirando fijamente a Jaume. Pero como si no hubiese dicho nada, al cabo de un rato ya estaba allí, en lo alto del pueblo —sin saber cómo se las habían ingeniado para que aceptara, sin saber cómo la voluntad de verla, a la Planadevall, había sido más fuerte que cualquiera de mis convicciones—, a la entrada del sendero, a reculones, arrastrando y aculando mi carro para cargar aquella herejía. Y solo hizo falta la fuerza de dos hombres para ponerla encima y el segundo de ellos ni siquiera aguantaba el peso sino que se limitaba a tratar de equilibrarla, porque era de chapa y una de las caras ni siquiera tenía madera y pesaba menos, ya que estaba hecha con un enrejado metálico medio agujereado por una esquina debido a la oxidación del tiempo. Y, además, aquella aberración que estaba a punto de cargarme en la conciencia estaba llena de cagadas de pájaro, porque aquello no era una caja para muertos sino para gallinas. Aquello era un corral pequeño, todavía sucio y lleno de plumas que se quedarían allí para siempre, porque yo sabía que nadie las quitaría antes de meter el

cuerpo del pobre Joan. Y él no se lo merecía. Él no había sido nunca como ellos, ni lo habría llegado a ser nunca. Por eso hice como que no la había visto, a Ella, cuando llegué al caserón, con aquellos ojos hundidos que desde la ventana del piso del medio me miraban las carnes de arriba abajo, después de aquel trayecto tan largo con aquella gente que me angustiaba y aquel remolino de nervios en el estómago y pregunté por Joan, porque tenía que despedirme de él antes de resolver cualquier otra cosa.

Madre ni siquiera le ha cerrado los ojos, dijo aquel espantapájaros de hermano pequeño, raquítico y renegrido, que ya no me miraba con curiosidad sino que con gran clarividencia ya había recordado definitivamente quién era. Puedo verlo, ¿verdad?, se apresuró a preguntar Esteve, adelantándose a mí. Ya se había quitado el sombrero y lo llevaba cogido con las dos manos, con ese exceso de educación y adulación que muestran los niños y los tontos y aquella sonrisa rebosante de emoción que no le había abandonado desde que lo había visto aquella misma mañana en la calle, después de que decidiera que yo tenía que saber que Joan ya no se encontraba entre nosotros. Aunque tampoco lo había estado nunca. Porque aquí, en este pueblo, en estas tierras muertas, Joan era un niño —lo habría continuado siendo pese a que hubiese resistido uno o dos años más— que no había querido despertarse nunca en medio de tanta miseria.

Esteve caminaba decidido buscando al muerto sin saber hacia dónde dirigirse. El espantapájaros lo persiguió hasta alcanzarlo y a trompicones se puso a andar por delante. Iba con la cabeza gacha y tenía las piernas torcidas, descarnadas y huesudas como si fuesen a partírsele a cada paso. No levantó la cabeza cuando, al llegar a la puerta del caserón, y sin querer entrar, medio señaló con el dedo la dirección que teníamos que seguir. ¿Entrando a mano derecha?, le pregunté. Y sin decirme nada —al tiempo que emitía un chillido con la garganta—, remarcó, levantando más el dedo, la dirección que ya me había indicado. Debía de ser que sí.

La casa estaba muy fría y oscura. Olía a piedra y polvo. Tuve que agacharme porque el techo estaba abombado. A la izquierda se abría la cocina. Pere estaba dentro, con un palillo en la boca, intentando librarse de algo que se le había quedado entre las muelas. Eh, está allí, me dijo sin tragarse la saliva que se le había

acumulado. Venga, me gritó Esteve, que ya lo he encontrado. No parece él, ¿verdad?

A duras penas cabíamos allí dentro los tres. Cada vez que aquel majadero se movía —siempre que hablaba, pese a no decir nada relevante, necesitaba utilizar los hombros y el espacio y que los brazos se le balanceasen a ambos lados—, me empujaba y yo chocaba contra aquella pared grasienta llena de embutidos y moscas. Esteve no ponía cara de tristeza ni parecía entender dónde estábamos. Ahora te tienes que callar, le dije con desprecio y medio enrabiado, porque no hacía más que enturbiar la escena y con aquellas tonterías suyas no me dejaba ni pensar. Es que yo no había visto nunca un muerto, ¿verdad? Pero ya no le contesté. No entraba nada de aire por aquella ventana rectangular que había allí arriba, en el rincón. A través de ella el cielo se veía muy azul y la luz entraba como a hurtadillas, como buscando solo a Joan, como si Dios, habiendo ya desistido, lo perdonase por no haber podido perdonar a todos los demás.

El muchacho tenía la misma cara de muerte que aquel día de hacía tres años en que se había presentado en la iglesia, la misma cara pálida de huida y desespero que ahora dormía para siempre en aquella habitación minúscula que apestaba a cerrado y humedad olvidada.

Entonces pensé que venía a matarme porque se había enterado de lo mío con su hermana y por eso cogí el hisopo de la mesa, por si surgía la oportunidad de utilizarlo para defenderme. Pero en vez de correr hacia mí y zurrarme la cara con aquellos brazos fornidos y quemados por el sol, que ya habían dejado de quejarse por la paliza que tendrían que volver a sufrir en el campo, porque antes que su propio pensamiento el cuerpo de Joan ya sabía que no quería volver allí, se quedó en la entrada, parado, suspendido en medio de aquel no sé qué de polvo que lo hacía parecer exactamente un cuadro de no haber sido por el sudor que le recorría la cara y porque los pulmones que le palpitaban debajo del pecho se movían. Pero su rostro no: me suplicaba ayuda y me mostraba desesperación, aunque no exactamente a mí sino a Cristo o a alguien a quien sabía que le podía contar aquello que me contó sin que yo pudiese contárselo a nadie, porque si yo hablaba más de la cuenta podía llegar a perder el techo o la posición o el espacio acolchado que

tantos años y tanta dedicación y paciencia me habían costado.

Y lo vi con claridad. Lo vi luchando abiertamente para quedarse en aquel umbral sin querer traspasar la puerta, apoyado en el portón de madera como si un paso atrás lo sumiese en la vergüenza absoluta de la incapacidad y un paso adelante le borrase la sonrisa para siempre. Intentando mantenerse allí, en la pubertad, en el camino hacia la madurez, colmado del brote que representa la juventud y la inocencia, aunque ahora ya un poco más curtido por la inclemencia que acababa de descubrir en el mundo de los mayores. Tenía la cara fea de haber llorado y llevaba una camisa de color tierra que ya se había acostumbrado al cuerpo fornido y esbelto y simétrico de Joan como si este, más que suyo, fuese propiedad de un David o de una escultura de Fidias.

Lo tiene todo y no lo sabe, me decía siempre Maria cuando hablaba de su hermano. Y acto seguido, por unos instantes, lo volvía a pensar como si no lo hubiese reflexionado nunca y, remarcándolo y dejándolo caer con un sonido tan bajo que si no se había oído antes no podría ser descifrado, lo volvía a pronunciar: Lo tiene todo y no lo sabe. Pero aquel día en la iglesia él al menos sabía que tenía el poder de parar aquel torrente de maldad que corría dentro de los de su sangre. Lo único que necesitaba era atrevimiento. Solo eso: atrevimiento.

Su belleza siempre había sido la de la inocencia rodeada de miedos de todo tipo. Tenía el pelo negro y fuerte, el cuerpo robusto y la mirada intensa, pero el alma débil. Hice que se sentara en un banco, cogiéndolo del codo y arrastrándolo sin fuerza, como si tuviera delante a la delicadeza en persona, y fui a buscarle un poco de café. Cuando volví seguía en la misma posición; la cabeza le caía hacia delante sin fuerza, los codos apoyados en el respaldo del banco de enfrente y la palma de la mano derecha encajada por encima del párpado para sostenerle la cabeza. Joan, te he traído café. Pero no lo quería ni tampoco me miraba ni parecía pensar en nada más que en alguna imagen que lo acosaba y que quería quitarse de encima. Me bebí yo el café. Puedes dormir aquí, si quieres, le dije después. Sí, ¿tienes tabaco?

Fumaba compulsivamente. Todavía no había cerrado la boca y ya soltaba el humo y le daba otra calada al cigarrillo. Llevaba barba de tres días e iba moviendo la mandíbula a derecha e izquierda

como si le doliese mucho e intentase deshacer algún dolor muscular acumulado durante mucho tiempo por la tribulación de la impotencia. Era todo nerviosismo. Lo llevé a la celda donde guardaba los trastos viejos: cirios desgastados en cajas que no había llegado a tirar, libros de juventud que no leería jamás pero que en aquel pueblo nadie usaría para otra cosa que para quemar, y el pequeño piano del anterior cura, triste y olvidado, sin ninguna partitura que pudiese hacerlo revivir. Unas mantas en el suelo sirvieron de colchón. Le dejé una sábana para taparse, no tanto por si hacía fresco, porque no corría nada de aire, sino para que se sintiera protegido. Ya hacía bastante que las noches te asfixiaban con aquel calor que no te dejaba dormir del tirón ni soñar en nada que no fuese enfermizamente indecente. Te puedes quedar hoy y mañana y todos los días que necesites, si quieres, le dije. No, me iré mañana. Y al día siguiente se fue, sin llevarse nada, pensando que ya acumularía cosas más adelante, como si todavía le quedase mucha vida por tejer, como cuando eres joven y crees que todo está por hacer sin darte cuenta de que todo lo que has hecho ya ha empezado a entrelazarse, de que todo lo que has pensado ya te ha definido y difícilmente nada nuevo te definirá más adelante. Pero el periplo solo le duró tres años. Nunca acabó de huir del todo, y cuando cayó en la cuenta de que se trataba de una desbandada inocua y de que nunca llegaría a salir del lugar donde la vida lo había puesto, regresó a la masía y una vez allí lo sorprendió la muerte. Ahora volvía a estar en el pasado, entre la sangre que lo había engendrado y al mismo tiempo destrozado, habiendo nacido solamente para oxidarse, para expulsar cualquier pensamiento tierno y todo el esfuerzo que en aquella familia se tenía que hacer para resistirse a vivir como un desgraciado. Y ahora, en aquella cama, en aquella habitación pequeña y ennegrecida, abandonado por los de casa entre moscas y embutidos y tarros de compota, porque si no hubiese sido por nosotros dos aquella habitación habría estado vacía toda la santa mañana, no parecía él por mucho que yo me esforzara en reconocerlo. La muerte se había llevado lo más valioso que Joan había tenido nunca; por ninguna parte encontraba su sufrida bondad, ni el padecimiento que se siente cuando crees que el mundo nunca te decepcionará, como si todo lo que en esta tierra Dios ha hecho crecer hubiese sido moldeado por

su propia mano y nunca nadie fuese a ser capaz de hacer daño sin un buen motivo. Así era él, un joven demasiado bueno que confiaba demasiado en los demás, que podría haberlo dado todo, perdonado todo, si desde pequeño no hubiese tenido aquella moral tan viva demasiado encarnada en el cráneo y aquella manera de mirar el mundo como si todo fuese demasiado hermoso, porque cuando cayó en la cuenta de lo que había visto y con quién había convivido durante tantos años no se pudo acostumbrar. De golpe se le hizo todo cuesta arriba. Hay cosas que tardan años en madurar, y para conseguirlo él habría necesitado espacio, y un poco de tiempo para ir tragando aquello que le había hecho daño y que no había imaginado nunca que pudiese llegar a pasar. Pero yo conocía bastante bien a su madre y por eso no me extrañó nada lo que me contó antes de irse, porque yo, a diferencia de él, hacía años que todo lo que podía llegar a suceder en aquella familia de malnacidos ya lo había digerido hasta el punto de que nada lograría perturbarme más de lo necesario. Cada cual ha de aprender a vivir con sus secretos o a morir por ellos, porque no se olvidan nunca. Y ese fue el motivo final de la muerte de Joan, el intento de olvidar la desgracia en lugar de fortalecerse para aceptar que las cosas son como son, que el mundo que siempre había llevado dentro no era el que era ni lo había sido nunca, que el ser humano siempre tiene algo que esconder en su interior porque por algún motivo Dios lo había expulsado de la abundancia y lo había condenado al desierto henchido de maldad. Y él no lo pudo superar nunca. E incluso con el alma a la fuga en aquel cuarto tenía la misma cara de espanto, de consumación, que desde hacía poco más de tres años había ido arrastrando. Ni la muerte se la había podido quitar. Y el regusto a asfixia que cada parte de su cuerpo exudaba en aquel momento era tan claro que hasta Esteve lo notó y para ocultarlo intentó taparle los pies, que le sobresalían, con la sábana sucia de sangre hecha un gurruño. Lo hizo con tanta delicadeza que, conmovido, sentí que no podía hacer menos y me acerqué para cerrarle los ojos y, acto seguido, la boca. Y después de hacerlo, al apartarme de nuevo y contemplarlo desde dos pasos más atrás, sentí que por fin había podido irse, que o Dios lo había aceptado en su reino o al menos un último gesto de amor le había podido dar paz.

Maria pregunta si queréis escudella, dijo el niño sin atreverse a

entrar para no tener que volver a ver el cuerpo inerte de su hermano. Perdido en tantos pensamientos, mis orejas no habían oído sus pasos y un escalofrío de espanto me rebotó en el pecho. Llevaba tanto rato cavilando que de golpe la realidad me parecía una ficción. Como me había comido el bocadillo por el camino, no tanto por hambre como por ansiedad, le dije que iba bien servido. Yo s-s-s-s-s-s-í que tengo hambre, dijo Esteve, y volvió a empujarme. ¿P-p-p-p-p-p-odemos comer longaniza? Es que esos embutidos son para venderlos, respondió la voz de Maria, con sequedad, como si desde mucho rato antes en la penumbra, al pie de la escalera, detrás de la pared, nos hubiese estado escuchando, mientras esperaba a que yo dijera algo para poder hacer una de sus entradas triunfales. Siempre había tenido mucha agilidad con la lengua y para quedarse callada en los momentos en que no tenía que callar. Dio un paso y se puso detrás del niño, mirándome por primera vez en mucho tiempo, reflejándose en mi rostro como hacía ya casi dos años que no lo hacía, con los brazos en la cintura y el pelo salvaje, ondulado, y la piel de debajo de los ojos roja como sangre por haber llorado. A sus espaldas, la luz que entraba por la puerta principal la perfilaba sutilmente y le doraba la cabellera horrorizada, deteriorada por el aire de las montañas y el ardor del campo. Vosotros id a comer algo, les dijo a los dos tarugos, que no tardaron en obedecerla. Lo primero que le pregunté fue si sabía dónde estaba su madre. Creo que duerme en su cuarto. Me gustaría hablar contigo, le dije en voz baja, acercándome un poco más a ella, como si no quisiera despertar a la dueña, pese a saber que no dormía porque Ella, antes de que yo llegara, ya había augurado mi llegada y en cuanto puse un pie en el suelo ya estaba allí, en el alféizar de la ventana, mirándome con aquellos ojos de fiera que no tenían otra intención que asustarme para que me largase. Aquí no, me dijo. Y me cogió la mano y me la soltó al instante, aquella mano pequeña y herida que yo siempre había deseado tanto, y bajo aquel hechizo no pude evitar seguirla fuera, más allá, rodear la casa y quedarme plantado al sol delante de ella. Entonces me dijo: Te has hecho viejo. Siempre lo he sido. Pero ahora te veo muy viejo. Tú, que antes me mirabas con buenos ojos. Yo tengo los ojos de siempre.

No me había llevado allí porque sí ni yo la había seguido sin intención, pero ninguno de los dos sabíamos qué decirnos. Ella me

miraba desde abajo, sentada en el banco de piedra, e iba encorvando la espalda cada vez que yo resoplaba, e instintivamente levantaba la cabeza, esperando que yo le dijese algo que pudiese romper aquel silencio que, si bien no era desesperante, era incierto después de casi dos años de haberla rechazado. Ella jugaba con los agujeros que había en la piedra del banco. Les iba arrancando las hierbecitas que la naturaleza había hecho brotar y con el dedo rascaba la tierra que quedaba a la vista, para después, sacudiendo la palma de la mano con rapidez, sacarla toda hacia fuera. Te estropearás las uñas, le dije. Pero esta vez tú no me las arreglarás.

Estaba enfadada, pero todavía me quería. Lo podía apreciar en su tono de voz, en su quietud y en aquella finura que no era de desprecio, sino que con gracia intentaba complacerme. Del pinar corría un airecillo fresco que a la sombra de los muros de la casa me hacía sentir colmado de gozo. Pensé que era la primera vez que respiraba en todo el día. Podía contemplar el pueblo al fondo, tan pequeño, más allá de los campos segados, y podía imaginarme a las mujeres agachadas, sonrientes, recogiendo calabacines y berenjenas para preparar la cena, y el camino que había recorrido para subir hasta allí ahora me parecía tan recubierto de un placer tan grande, embellecido por la luz dorada que anunciaba el crepúsculo, que cualquier pensamiento verdadero sobre cómo había sucedido todo habría sido rechazado al instante. ¿Qué miras?, me preguntó Maria. Los campos, los colores… Tú siempre te quedas embobado.

De fondo se oía un ruido persistente de golpes asestados con monotonía. Son padre y Tomàs que cavan el agujero, me dijo ella como si pudiese leerme las preocupaciones. Por el camino habían ido discutiendo de manera interrumpida dónde debían enterrarlo. Cuando uno decía que debían hacerlo en el pinar, el otro, al cabo de un buen rato, pasada más de media hora, respondía que allí la tierra estaría demasiado húmeda y que estaba demasiado cansado para levantar tierra pesada. Entonces proponía enterrarlo en otra parte y el otro le recriminaba alguna cosa después de largas cavilaciones sin llegar a sacar nada en claro. Yo solo esperaba que al llegar ya hubiesen terminado el trabajo. A ratos uno decía que en determinado lugar no se podía porque allí debajo había una piedra grande o porque era un sitio de paso. Como si el hecho de pisarlo fuese más denigrante que negarle el descanso lejos del cementerio.

¿Ha sobrevivido?, le pregunté a Maria, intentando deshacer aquello que durante todo aquel tiempo me había inquietado tanto. Es una niña. ¿Y no la habéis bautizado? Madre dirá que es hija suya; padre ya lo sabe. Lo que no sabe es que la criatura me la metiste tú dentro.

Maria todavía daba el pecho, porque tenía las mamas grandes y le ceñían el vestido. Me contó que, cuando la criatura ya no la necesitase, tenía previsto irse, no muy lejos pero sí una buena temporada. Tomàs no se quería casar y Pere ya tenía prometida. A ella le tocaba poca cosa y su madre le había buscado trabajo en otra masía para que fuese ahorrando para el momento de casarse. Tengo… ganas de irme, me dijo con aquella voz frágil y penetrante que parecía querer que le cerrase el paso. Haces bien; encontrarás un buen hombre, le dije. Algo dentro de mí no quería que ningún otro hombre la tuviese, pero ni podía ni quería que fuese mía. Aquellos años de soledad me habían hecho pensar en lo que había pasado: la ruptura de mi promesa a Dios, la desidia que durante tantos días me había desviado de mi camino y la culpabilidad que sentía cuando las miradas de la gente que pasaba por mi lado parecían recriminármelo todo sin saber qué era lo que yo escondía. Todo aquello se había acabado. Ahora había vuelto a mi vida de siempre, a la vida de segundón que había dispuesto para mí mi hermano mayor. No es que hubiese aceptado entrar en el seminario por amor a Dios ni que tiempo después aquel amor me hubiese subyugado más de lo que había subyugado a mis compañeros, sino que era lo que me había tocado. Por eso no podía ser padre y no podría serlo nunca, y aunque tenía ganas de ver a la criatura —Marieta, que es como yo la llamaría años más tarde—, en aquel momento sentía que todavía no estaba preparado para conocerla. Sin embargo, la pequeña estaba allí, en la misma masía, respirando el mismo aire que a mí se me había empezado a romper, a punto de llorar cuando se despertase, y yo temía no poder evitar socorrerla e intentar que dejase de sollozar, y mientras lo hiciese le miraría aquellos ojos que todavía no sabía de qué color eran, pero que sin duda sabía que eran grandes, porque no hay bebé sanote y espabilado que no busque capturar con las retinas todo lo que tiene delante. Y yo era su padre, a pesar de que ella probablemente no llegaría a descubrirlo nunca. Tenía miedo y deseo y ambas cosas se

me mezclaban en el alma y ninguna tiraba lo suficiente. Hacía un buen rato que Maria callaba, herida porque lo que ella habría querido habría sido verme encolerizado, que la buscara y le cogiera las manos, que la empujase contra mi pecho y le dijese que nunca nadie la iba a querer tanto como yo. Que no iba a dejarla escapar. Pero así no eran las cosas. Y ya me veía sin palabras para cuando empezase a sollozar de no haber sido por el llanto de la pequeña, que en aquel momento me salvó; a mí, que hasta entonces había pensado que de un llanto de sangre no me podría escapar y que, aun así, me quedé allí, sin acudir al reclamo de una hija: inmóvil, desgastado, sintiéndome por primera vez en la vida un hombre demasiado mayor. Tengo que ir a ver qué le pasa, me dijo. El niño debe de estar atareado. Y se puso a andar hacia el caserón, sin girarse en ningún momento para ver si yo la contemplaba, pero mirando a uno y otro lado con elegancia, dejando entrever su perfil, medio a escondidas, medio con gracia, como si por un instinto de mujer, de esos que se muestran con independencia de la edad, hubiese sabido antes de que la pequeña rompiese a llorar que al marcharse yo la seguiría con la mirada. Y no fue hasta que como un espejismo desapareció al doblar la esquina del caserón cuando volví a oír las paladas de Jaume y Tomàs, que ya tenían media tumba abierta.

Me acerqué a ellos. Al final habían decidido cavar el agujero al lado del huerto, donde la tierra todavía un poco removida por las siembras sería más fácil de apartar. Cada tanto, uno de los dos agarraba el pico y destrozaba alguna piedra que se había atascado o deshacía los grumos duros y secos de tierra que casi se habían convertido en guijarros. No cabían ambos dentro. Habían hecho el agujero de la medida exacta de la caja, ni más grande ni más pequeño: un gallinero no muy ancho, más corto que Joan, pero por lo visto menos débil y más resistente que él, que no había sido preparado para recibirlo y enterrarlo, sino que se había reutilizado de tal manera que pudiese protegerlo un tiempo de la tierra, fuese el que fuese; aquella tierra fértil y viva que lo había engendrado y que pronto se lo tragaría. Y yo allí en medio, contemplando cómo ora uno, ora el otro, entraban en aquella madriguera y sacaban la tierra. Cuando uno se cansaba, sin decir nada al otro, este le daba la mano para ayudarlo a subir y viceversa, sin hablar, cavando aquí y

allá, hasta que por fin Tomàs dio por terminado el agujero. Y Jaume le dio la mano para ayudarlo a salir y Tomàs con la otra se empujó contra el suelo, mientras saltaba hacia arriba con todo el cuerpo y enseguida sacaba la primera pierna y después la otra. ¿Y qué hacemos ahora? Esperar, dijo Tomàs, y de golpe añadió: Tal vez estaría bien que cuando acabemos pongamos encima un pedrusco. ¿Esperar a qué? A que la dueña se decida a enterrarlo. Y entonces Tomàs empezó a recoger las herramientas que se habían quedado por allí mientras Jaume, cansado, intentaba ayudarlo. No te preocupes, padre, tú ve a comer algo. Y entonces Jaume, como si las palabras de su hijo, más que oírlas, le hubiesen penetrado la sangre, dio media vuelta en dirección al caserón, poco a poco y sin detenerse, sin cuestionarse hacia dónde iba, como olvidándose de todo lo que dejaba allí, todo lo que la noche anterior había vivido, y despreocupándose de todas las desgracias que luego vendrían, porque todos sabíamos que aquello no había hecho más que empezar; como un animal guiado por el hambre y después, en todo caso, por la manada y la cultura. Porque los miembros de una familia que en cosa de dos generaciones habían matado a alguien de su sangre dos veces no podían preocuparse más que por el propio alimento y, a continuación, tal vez, por alimentar al que les proporcionaba los manjares. Porque no era ya que entre ellos se hubiesen ido erradicando de uno en uno, todos hijos de una misma raíz, todos hijos de un antepasado común de quien todavía recordaban el nombre, sino que lo continuarían haciendo: no ya derramando sangre —o, por lo menos, por aquel entonces yo no conocía ningún motivo que pudiese llevar a ninguno de ellos a cometer un asesinato—, sino recordando que se había derramado, creando una herencia, un carácter de familia no accidental sino sustancial, arraigado hasta la médula. Y en medio, mi hija, nacida para no ser reconocida nunca como mía ni querida por su madre. Y el niño: aquel pasmarote esmirriado y consumido y renegrido de hermano pequeño, sobre el que caería la herencia irreductible cuando todos los demás la hubiesen diñado y que no sabría qué hacer al respecto. Ni siquiera entonces, con un hermano muerto en una habitación pequeña y repugnante de aquel caserón, sabía cómo diantre actuar y se limitaba a correr arriba y abajo por el huerto y los bosques seguido por el retrasado del pueblo, a quien un rato

después iba a dejarle la cara hecha un cromo.

7. MADRE

Y yo, la hija. A quien no tocó nunca y ni siquiera miró porque no me veía como a una mujer, sino como un animal, uno de esos animalejos por los que sentía más respeto que por su mujer. Y ella, la esposa y madre, a quien tampoco miró nunca, pero sí apaleó, porque no la consideraba una propiedad a la que cuidar y sí un peón necesario para conseguir descendencia. A quien ennegreció durante años y a base de puñetazos el cuerpo y la dignidad, pese a no haberle permitido nunca ni siquiera descubrir el significado de esa palabra. Era una mala bestia, una mala bestia de la que dependíamos no solo económica sino también espiritualmente, porque a ella la había matado en el momento en que se casaron y a mí me había engendrado antes de que a ella le hubiese dado tiempo de caer en la cuenta de que estaba muerta. Una bestia furibunda que no hacía más que gruñir y beber aguardiente barato mientras estas tierras, que mi abuelo y antes su padre habían trabajado y que todos los vivos que tenían ojos y un mínimo de ambición codiciaban, se endurecían, se secaban y echaban a perder el apellido que durante tantos años las había alimentado con la resistencia y el esfuerzo irreflexivo del más inefable burro de carga.

Pero tenía unas cuantas perras heredadas y con eso podía pagarse el aguardiente. También unas manos que le cocinaban las sopas y otras más jóvenes que le trabajaban la tierra. Las mismas manos que hasta mucho más tarde no me di cuenta de que envejecían demasiado rápido. Pero entonces no podía darme cuenta, porque no las había podido comparar con nadie ni tampoco se me habría ocurrido nunca hacerlo. Entonces no tenía tiempo para pensar, solo para trabajar, y no empecé a disponer de tiempo hasta que acepté casarme. Y hay quien pensará que me casé a la primera oportunidad porque ya era muy mayor —acababa de cumplir veintiún años— o porque a la única mujer con la que había

intercambiado alguna palabra me la había encontrado muerta y sin enterrar o porque el único hombre que me había dado un techo y alimento me había abandonado pero sin desaparecer, porque me lo encontraba en cada rincón de la casa, en la que todas las paredes y todos los muebles y hasta el polvo llevaban su nombre grabado con demasiada profundidad. Y es que la casa la había hecho su abuelo y después la había adornado su madre y la había acabado de pagar su padre. Todo fruto de la misma sangre. Se dirá también que me casé a la primera oportunidad porque yo era una desgraciada que, pese a haberlos tenido, nadie habría dicho nunca que había tenido padres. Incluso me costaba hablar, porque era una salvaje que solo se comunicaba con el arado, el perro y su madre cuando esta parecía encontrar fuerzas para esconder la vergüenza y poder mirarme a la cara. Pero no. Me casé porque esta era mi masía y esperaba que él, la bestia colérica, regresara algún día. Y yo tenía que quedarme quieta y disponer de tiempo suficiente para averiguar por qué cojones quería que un hijo de puta como él me volviese a dirigir la palabra. Pronto entendí que una boda era un trato, que Jaume quería las tierras que mi apellido podía darle y los hijos que mi vientre podía ofrecerle. Y que yo, como mujer, una vez terminado el trabajo, tendría todo el tiempo que Dios me regalara para descubrir por qué cada día cuando me levantaba pensaba en el hombre al que, pese a haberlo sido desde que nací, yo nunca había llamado padre. Todo el tiempo del mundo para construir, decorar y reflexionar el discurso que le soltaría cuando se me plantara delante, porque él no había muerto y yo lo sabía, como también sabía que volvería, porque todos vuelven al lugar que les corresponde en el destino que Dios ha escrito para ellos sin fijarse demasiado en lo que escribía. Porque si Dios se hubiese fijado, por su bondad la bestia no habría existido nunca, y ni yo, ni mi madre, ni mis hijos habríamos pagado el precio tan caro que se nos ha hecho pagar por su existencia. Ahora yo tenía un hijo muerto y él ni había aparecido todavía por la casa ni había pagado por los pecados que había cometido. Pecados que todo el mundo conocía incluso mejor que él, y que yo podía leer —cosas así en un villorrio no se olvidan y corren más rápido que los años— en los ojos de todo el mundo cada vez que bajaba al pueblo para comprar algo.

Y eso que era una bestia esmirriada. No había tenido uh

corpachón que lo hiciese ser temido por su fuerza. Y sin embargo nadie quería cruzarse con él. Tenía las piernas largas y delgadas y parecía que las articulaciones, cada vez que se le doblaban, le fuesen a desgarrar la piel. Con aquellos dedos amarillos y sucios del tabaco que fumaba siempre en cualquier sitio y que, una vez encendido, no se planteaba nunca si molestaba o no, o es que a lo mejor le gustaba buscar el sitio donde pudiese molestarme más. Con aquel chaleco de color inexplicable por deshilachado aunque no sucio, porque era yo quien se lo lavaba cuando iba tan borracho que ni advertía que lo estaba desnudando, que no se quitaba ni para irse a dormir ni para irse de putas. Y aquellos mechones que siempre se movían arriba y abajo de su cara, cabellos gruesos y duros y sin indicios de calvicie, no por salud sino porque estaban llenos de mugre. Y tenía los dedos llenos de cortes. Además de beber aguardiente, irse de putas y pegar a su mujer, le gustaba tallar figuritas de madera.

Recuerdo que estaba haciendo una estaca o alguna cosa larga y puntiaguda cuando con la navaja en las manos llenas de astillas me señaló y me dijo: Tenemos que hablar. Y lo recuerdo nítidamente, porque por primera vez la bestia se dirigía a mí y me miraba con unos ojos que iban algo más allá de la indiferencia. Yo estaba encogida escardando malas hierbas y tenía un buen puñado en la mano y me sorprendí tanto que me cayeron sobre las rodillas y pegué un grito porque por un instante pensé que había una araña y a mí todavía me daban miedo las arañas. Por eso nunca he querido tener mujeres, me dijo, porque sois demasiado débiles, y calló. O no calló pero sí que hizo algo que no sabría explicar, un gesto que a lo mejor había heredado de su padre o de su abuelo por esas cosas de la sangre y que se parecía a una pausa porque de golpe añadió: Tendrás un hermano. Y entonces sí que calló y volvió a coger la pieza de madera y continuó tallando.

Y así me lo anunció. Me lo anunció porque era lo único que siempre había querido y se sentía tan henchido de vete tú a saber qué sentimiento que necesitaba decírselo urgentemente a alguien y yo era la cosa que tenía más a mano aparte de la navaja. Él siempre había querido un heredero y punto. Un heredero vete tú a saber para qué, porque las únicas tierras atávicas que le podría dejar, aparte de una sangre podrida y un apellido demasiado pomposo, y

que su padre y su abuelo se habían esforzado en alimentar y reverdecer y fortalecer cuando el invierno las golpeaba con la fuerza de la ventisca, las estaba matando la bebida y su carácter de mala bestia. Pero pese a ser yo la que lo recogía a él y las botellas que abandonaba por el suelo, era mi madre la que recogía su miseria. Porque tenía la cara roja y morada y negra cuando se giró después del Me ha dicho que tendré un hermano. ¿Te lo ha dicho? Sí, me lo ha dicho. Y me pareció por un instante que me escuchaba, pero no, porque mi madre no te escuchaba nunca. Me había contestado con una pregunta del mismo modo que alguien gira el pomo de una puerta cuando entra en una habitación, así de rápido, con un movimiento que no se piensa y acto seguido se olvida, porque después de mi respuesta sus ojos empezaron a fijarse en otra cosa y yo entendí que su pensamiento no había estado allí conmigo nunca. Y estaba preparando alubias. Hacía bastantes días que solo nos alimentábamos de alubias, porque me habían salido muchas y estaban muy buenas. Aquella vez no había dejado que se encogiesen y se pusieran duras. Yo todavía tenía las manos sucias de tierra, pero tenía ganas de acariciarla y lo hice. Y ella, como un animal herido, como por instinto, dio un paso atrás cuando le acerqué la mano, porque la bestia la había transformado tanto que irreflexivamente incluso me temía a mí, su propia hija. La había magullado tanto que si ahora cierro los ojos a duras penas recuerdo su cara limpia y sus facciones pulidas. Con los ojos pequeños y el pelo negro y brillante como el mío, pero no como el de mi hija Maria, que no sé de dónde lo ha sacado pelirrojo, como el pelo de los condenados demonios. Y largo. Mi hija no ha querido recogérselo nunca. Solo le vi el pelo recogido el día que Joan deliraba maquillado todo entero de sangre, tendido en la cama donde lo instalé después de que volviese de pasarse tres años fuera. Maria siempre ha sido una mujer fuerte, y me ayudó a cambiar el agua del barreño cada vez que se calentaba porque Joan tenía mucha fiebre, a pesar de que las dos sabíamos —aunque no nos atrevíamos a decirlo con palabras, pero sí con los ojos— que no lo podríamos salvar, porque se moriría. Había mucha sangre y cada vez estaba más pálido y gritaba sin padecer. Ya no era capaz de advertir que sufría. Y a mí me dolían demasiado las piernas para ayudarlo a resistir, pese a saber que no lo ayudaba a él sino a mí.

Yo tenía delante a mi hijo tercero que estaba a punto de morirse y no sentía ningún tipo de pena, y no lo entendía. Necesitaba que siguiera vivo un rato más porque no lo entendía. Y estaba tan nerviosa que ni me di cuenta de que me dolía la barriga de hambre. Allí solo había comido la niña, y del pecho de su madre, hasta que vino el niño y se la llevó.

Pero Jaume sí que tenía hambre y le ordenó a Maria que pusiera la mesa y yo me quedé allí, en la penumbra de la habitación, mientras esperaba a que viniera la muerte a llevarse a mi hijo. Yo, tan quieta e impasible como la primera vez que Dios me dio la oportunidad de observarla de cerca. Y pese a que aquella vez la esperaba, la primera vez no. No había pensado en ella tan seriamente como a partir de entonces empecé a hacerlo. Acababa de cumplir veintiún años y hacía un día que mi padre me había dicho que tendría un hermano. Y había dormido poco porque aquella noche había oído demasiado rato los golpes de la bestia y los silencios de madre. A pesar de las ojeras y el agotamiento, avanzaba decidida. Hacía días que quería poner el lazo en un agujero al otro lado de la Roca Negra, porque no quería comer más alubias. El cuerpo me pedía carne. El sol todavía no estaba muy alto y por eso me había quitado la cofia, porque me gustaba sentir cómo el viento pasaba a través de mi pelo y me refrescaba el cráneo. Recuerdo que pensé que las embarazadas no debían de comer mucho, porque mi madre no había bajado a desayunar. Ni la bestia, pero tampoco sabía si finalmente había dormido en casa o si había bajado al burdel y había llegado justo para tomar café en vez de aguardiente. Y se respiraba tomillo y se oían los grillos y había muchos caracoles que iba pisando o lanzando a un lado y al otro entre las hierbas altas.

Avanzaba con los ojos cerrados y me lamía los labios, que el sol me secaba de inmediato. Pasaban de húmedos y calientes a fríos y de húmedos y fríos a secos. Como mis pensamientos, que también oscilaban entre dos extremos, entre la vida y la muerte, porque solo pensaba en que al cabo de poco tiempo tendría un hermano y que en menos tiempo todavía mataría un conejo y a la cazuela.

Y sin darme cuenta llegué a la entrada del camino que lleva hacia la Roca Negra. Estaba embarrado. Dos días antes había llovido mucho y era un camino tan estrecho y tan acunado por

árboles tan frondosos que entre las hojas apenas pasaban unos pocos rayos y el agua tardaba mucho en desvanecerse. Había más caracoles que nunca y mariposas y silencio. Yo no quería mojarme los zuecos y por eso avanzaba por el borde del camino cuando me encontraba charcos, y por el medio cuando no los había. El único sonido que se oía era el del lazo, que desde que había salido de casa arrastraba para ensuciarlo. Porque los conejos huelen las cuerdas y lo que tienen que oler es el olor de la tierra. Y era más divertido evitar los charcos caminando por el margen izquierdo porque había una pendiente cubierta de borrajo y pinos y serpientes de todo tipo y me podía caer. Y así caminaba jugando y hasta avanzaba a la pata coja y de costado y por poco me caigo pero al final no. Porque todavía tenía veintiún años y tenía energía y reflejos y felicidad, porque pronto no estaría sola, porque pronto tendría un hermano. Y me pregunté cómo sabía la bestia que era un niño y no una niña. Si en ocasiones era incapaz de pronunciar mi nombre, me preguntaba cómo sabía que lo que madre llevaba en el vientre era un macho. Y eso que yo me llamaba como madre, como la mujer a la que mató cuando se casó y a quien pegó y destruyó durante tantos años, tal como hizo con las tierras por las cuales yo iba caminando y que había vaciado de hombres que las trabajaran para ahorrarse unas perras que después se gastaría en putas.

Pero enseguida dejé de pensar en todo aquello porque el día era muy bonito y el aire poco caliente y el olor de la tierra húmeda era mi preferido. Yo conocía aquellas tierras mejor que mi abuelo y que el abuelo de mi padre y no me costó nada encontrar la madriguera de conejos que había descubierto la última vez. Estaba a unos cincuenta pasos caminando por el sendero secreto y nadie la había tapado ni nada había cambiado. Preparé la trampa y me puse a esperar. Bien escondida y sin moverme porque los conejos son muy rápidos y muy listos o al menos siempre me lo ha parecido, porque son muy difíciles de cazar.

Y todavía no había pasado suficiente tiempo cuando me di cuenta de que tenía sed y no llevaba agua. Quise esperarme un rato antes de ir a buscarla, pero después recordé que existen cosas como la sed, como la muerte, como el amor, de las cuales no se puede huir, y que antes o después tendría que ir. O a lo mejor no lo recordé y era la primera vez que lo pensaba. A pocos pasos estaba la

fuente de Les Noies. De pequeña madre solía llevarme cuando iba a coger hojas tiernas de helecho, porque le gustaba ponérselas en la boca. Yo les arrancaba las esporas y con agua formaba una pasta amarilla que luego enterraba. La fuente era muy pequeña, con una piedrecita bastaba para taponarla si la encajabas bien en el agujero de entre las rocas por donde salía el agua.

A veces apestaba a excremento porque los animales bajaban a beber allí; siempre había charcos y mucha humedad, y ellos la perciben a la legua cuando les ataca la impaciencia de la garganta seca. Y cuando llegué no me fijé en las huellas de hombre que después reconocí claramente cuando me iba.

Todo olía como siempre. Aquel olor a sombra empapada en aquel espacio redondeado y acompañado de árboles largos y delgados de corteza clara manchada de oscuridad y hojas demasiado verdes. Era el olor a muerte estancada que desprenden los lugares con demasiada agua y demasiada vida. Había diferentes tonalidades de luz que se movían, porque a través de las hojas por donde pasaban los rayos corría una pizca de viento. Yo ya salivaba porque notaba la sed más que antes y habría bebido de cualquier sitio de no haber sido porque la vi. Estaba prácticamente desnuda en medio del agua podrida como ella, y los cabellos que se le habían quedado dentro de la charca se movían, porque al acercarme una rana había saltado del agua y la había removido pero el resto del cuerpo no. Una mano lechosa se le había quedado hundida con los dedos trabados entre las fieras raíces, y ora la veía, ora no, porque había polvo de tierra en el agua. Aquel sorbo de muerte era madre.

Mi madre muerta, hundida con aquella mancha verde en la barriga que no habría sido capaz de comparar con ningún otro tipo de verde. Con un pezón al aire y la boca muy abierta, y los ojos también abiertos que miraban hacia arriba y buscaban el cielo o la redención, serena, como si en la última vaharada de vida con la cara de la bestia delante y las manos secas y peludas sobre su cuello fino lo hubiese estado esperando y deseando. Cogí el gorro de lana negro que flotaba en el agua y me lo puse como si fuese un guante y empecé a tocarla sin tocarla con la piel. No se movía. Yo no podía arrastrarla ni doblarle los brazos porque estaba completamente rígida y los pájaros cantaban y yo no podía sentir dolor porque todo

era demasiado hermoso. Era como una niña con el pelo brillante dentro del agua que por fin podía reposar. Que después de tantos años de esconderse en la despensa empujando la puerta con las piernas para que la bestia no la abriese y entrara y le destrozara la cara y después de tanto tiempo resistiendo mientras la bestia la agarraba del pelo y le aplastaba la cara contra la mesa, ahora descansaba, estrangulada y empapada. Y toda ella era agua y tierra y estaba más viva que nunca y yo era una muchacha en una contemplación indefinible.

Pero no pensé nada. Me esforcé en no pensar nada. Me limité a actuar sin pensar, como cuando huyes pero no sabes hacia dónde, porque si te lo planteas tienes miedo de huir para siempre. Y dejé el lazo cerca del agujero que había al otro lado de la Roca Negra. Lo olvidé para siempre porque solo una vez más —no para volver a buscarlo, y acompañada del alcalde y de un hombre que hasta más tarde no supe que era el cura— recorrí de nuevo aquel camino que aquel día me costó tanto recorrer a pesar de que caminaba tan rápido. Ahora el viento ya no me gustaba. El aire volvía a estar caliente y sentía algo en el pecho que lo contaminaba cuando se me metía dentro. Iba pisando todos los caracoles a propósito. Ya no me importaba comer carne, porque la única carne que había querido estaba muerta. Y decidí que, si podía escoger, nunca más me permitiría querer a nadie, porque Dios me había marcado para siempre y, por más que me esforzara en borrar la muerte, ya la llevaba dentro.

Por eso que no sentía pena por Joan y ni siquiera pensaba en quién le había disparado a pesar de que él repetía a gritos:

Ha sido él. ¿Quién es él? Ha sido él y Ha sido él. Y El olor de la muerte y Ha sido él y Tres hombres no han sido suficientes para matar a la bruja. Sentí que, una vez muerto, yo ya no hacía nada allí, en aquel cuarto, y me levanté de la silla aguantando el dolor del reumatismo que mi abuelo y su padre, pero el mío no, habían soportado durante tanto tiempo de andar pisando las tierras que mi abuelo y su padre, pero la bestia no, habían preparado y cuidado y querido y cubierto de bancales y terrazas.

Las mismas tierras por donde corría aquel día con veintiún años huyendo de mí y de lo que acababa de ver sin poder huir y avanzando hacia él sin esperarlo. Y cuando llegué a la masía no

había nadie. Se podían oír claramente los remolinos de viento que murmuraban soledad mezclados con tierra y más allá las gallinas y el cerdo y la ausencia de padre. Y yo estaba convencida de que la había matado él, porque donde había encontrado a madre la tierra estaba removida y cubierta de huellas de lucha y yo las conocía bastante bien; eran las mismas que yo limpiaba cuando de noche la bestia llegaba completamente sucia y bebida y buscaba a la esposa a la que nunca había considerado persona para apalearla y dejarla en cualquier lugar. Pero no fue hasta el día que me dijo que me dejaba sola —hasta el decimocuarto día después de haberla encontrado muerta, porque hasta entonces esperé a que me diera una explicación que no se dignó a dar nunca— cuando tuve la certeza de que lo había hecho.

Me lloraban los ojos de cortar cebolla cuando noté que me miraba. Yo no lo veía, porque estaba a mis espaldas, pero notaba que me miraba desde el marco de la puerta, a oscuras, porque le notaba la fuerza y el odio y aquel resuello falto de sonido porque llevaba la vergüenza por dentro. Habíamos convivido once días después de que él hubiese aparecido al tercero de haberla matado y todavía no había tenido el valor de mirarme. Había comido sopa durante once días al otro lado de la mesa donde también yo la comía y la había sorbido con aquella parsimonia ensordecedora, con aquella insolencia ensordecedora, que me degollaba y que abría cada vez un silencio más ofensivo. Otro silencio en el que yo esperaba una palabra que acababa con otra ruidosa cucharada y después otro silencio en que yo continuaba esperando. Así pasaron once días hasta que el decimocuarto después del asesinato de madre la palabra fue pronunciada. Siéntate.

Solté el cuchillo y la cebolla y me sequé las manos con el delantal. Al girarme, lo vi más gris y más viejo que nunca. No me daba miedo. La había matado y ahora se arrepentía. No era que creyese que se había equivocado, sino que se daba cuenta de que, después de haberla matado, una cosa que era solo suya había huido y ya no volvería. Le faltaba algo de la misma manera en que a uno le faltan las perras después de haberlas perdido en una timba. Podía verle en la cara que era todo sufrimiento, porque por primera vez en muchos años ni el alcohol podía llenarle aquel vacío. No lamentaba haberlo provocado él, sino que madre no estuviese

cuando la necesitaba. En realidad de alguna manera la había querido, como cuando alguien se acostumbra a que un perro lo salude al llegar a casa sin tener que contestarle nada, sin reparar en que el perro está, pero el día en que el animal no vuelve se empieza a preguntar dónde debe de haberse metido o si le ha pasado algo. Sí, de alguna manera la había querido lo suficiente para haberla escogido entre todas las mujeres de la comarca y haber tenido con ella una criatura y después haber intentado tener otra. Al menos había buscado un heredero no solo con su cuerpo sobre el cuerpo de ella, sino también con la esperanza, como si el hecho de tener un niño, un macho, fuese la culminación de su designio vital, lo único por lo que valía la pena que ella siguiera a su lado y que, por el simple hecho de desearlo, creyese que se tenía que materializar, que Dios no sería tan arrogante como para dejarlo en la estacada también en eso. Pero Dios hacía años que lo había abandonado, y por tanto también a todos nosotros. De madre aquel mes no brotó sangre, pero no porque tuviera algo dentro sino porque no tenía nada de nada, porque su marido se había preocupado de fecundarla a ella, pero no sus tierras, de donde cada vez salía menos alimento. Había sido por inanición por lo que madre aquel mes no había tenido la sangría. Me lo dijo un médico una semana más tarde, después de abrirla, cuando yo le dije que la bestia no solo me había matado a una madre sino también a un hermano. Y él, después de comprobarlo, me dijo que allí no había nada y que tal vez la falta de alimento había confundido las cosas e inducido a pensar que estaba embarazada. Y entonces pensé que tal vez la bestia se lo debía haber olido y que por eso la había matado, porque por fin había entendido que, si Dios no le ofrecía al heredero que siempre había querido, ya no necesitaba a una mujer a su lado para nada. Pero todo eso entonces yo todavía no lo sabía y esperaba la explicación que él no se dignó a darme nunca, ni siquiera después de ordenarme que me sentara.

Y hasta que la bestia de mi padre no dio el primer paso y cogió la silla y puso el culo encima, yo no lo secundé. Se había afeitado la barba y tenía las mejillas negruzcas, no sé si de piel muerta o de desesperación. Pero sus ojos no me miraban, jugaban con la navaja que sus dedos apretaban y dejaban de apretar. He decidido irme, dijo. Y no me verás nunca más. Pero ni aquellas palabras iban

dirigidas a mí. No hacía más que decírselo a sí mismo como cuando necesitas sacar algo que hace días que te ronda por la cabeza, porque si no lo escupes acaba por devorarte. Me lo contó para quedarse tranquilo. Y cuando terminó, clavó la navaja en la mesa con un golpe fuerte y se apoyó en ella para levantarse, porque con la cantidad de alcohol que llevaba encima necesitaba un tercer pie para evitar caerse. Pero yo no quise ayudarlo ni acompañarlo hasta la puerta y así se marchó, sin que yo lo tocara por última vez ni le dijese ninguna palabra de despedida.

Pero tanto daba un día más o dos o tres. Me refiero a que al cadáver de madre tanto le daba pudrirse un poco más. Me lavé las manos y me serví un vaso de aguardiente. Me lo bebí de un solo trago. Y cuando todavía me quemaba la garganta, me serví otro y también me lo tragué de golpe. Las manos todavía me apestaban a cebolla y me las volví a lavar. Una vez secas, me puse la mejor ropa de madre y me recogí el pelo con un cordel. En una bolsa metí las pocas monedas que sabía que madre guardaba debajo de un peldaño y un pedazo de pan que me comería para cenar mientras caminaba. No tenía mucho tiempo. Quería llegar a casa de los Capdevila antes de que el cielo se apagara. Me calcé los zuecos y cerré la puerta con candado, algo que no recordaba haber hecho jamás, pero que en aquel momento sentí que tenía que hacer para prevenir que la bestia se lo pensase dos veces y regresase y pretendiese engendrar en mí al heredero que madre no había podido darle. Tenía que cerrarlo todo bien, porque le podía permitir, pero no perdonar, que hasta entonces hubiese convertido mi vida en un infierno y que me hubiese privado de madre y de consuelo y hasta de juventud, condenada a crecer demasiado rápido, pero no dejaría nunca que a partir de entonces me siguiese dando órdenes. Madre estaba muerta y yo no tenía ninguna necesidad de continuar a su lado. Eso ya en aquel momento lo tenía muy claro, porque a pesar de no haberlo reflexionado nunca, lo llevaba dentro desde pequeña, una intuición como la de aprender a andar. No abandonarla nunca y aguantarlo solo hasta el momento en que ella fuese libre y no me necesitase a mí, a su pequeñuela, para continuar respirando. Porque ella había hecho lo mismo conmigo. No se había quitado la vida ni había abandonado a la bestia por el simple hecho de que yo existía, y solo cuando yo fuese

libre ella se esforzaría en salir de aquella trampa en que la había metido el destino. Aguantaría pese a intuir, con ese tipo de intuición que solo las mujeres reconocemos y que, pese a todo, decidimos no escuchar, que probablemente el día de la liberación no llegaría o que, en caso de llegar, seguramente para ella ya sería demasiado tarde.

Antes de que él apareciese con la noticia, yo ya había dado de comer a las gallinas y al cerdo y ya no tenía nada más que hacer. No me asustaba abandonar la casa ni empezar a ordenar mi vida. Así que me puse a caminar, no muy deprisa pero con paso decidido, por el camino que atravesaba los campos que poco a poco se iban oscureciendo y enfriando, esperando la noche, y que me llevaría al pueblo después de pasar por casa de los Capdevila. No me había acordado de beber agua antes de salir de casa y ahora el aguardiente empezaba a hacer de las suyas. Tenía la lengua cada vez más rasposa por la aspereza de la sequedad. Y, aunque tenía hambre, no quería comerme los mendrugos de pan que llevaba en la bolsa porque todo se me habría convertido en una pasta dentro de la boca. Avanzaba cada vez más deprisa, la sed me torturaba y el frío me perseguía, y solo pensaba en beber algo y no en preparar todo aquello que tendría que argumentar cuando me topara con el señor Capdevila y le tuviera que exigir a su hijo en matrimonio. Pero antes de llegar a aquel caserón no encontré ninguna fuente. Así que lo primero que hice cuando llegué a la casa fue buscar el establo y calmar mi sed bebiendo del abrevadero de los cerdos mientras un perro sarnoso no paraba de intentar echarme fuera. El condenado no paraba de ladrar y, como por aquellos parajes no acostumbraba a pasar ni un alma, enseguida apareció el señor Capdevila para ver qué ocurría y me encontró allí, arrodillada en el barro con la cabeza hundida en el abrevadero. Tenía sed, le dije. Ni que lo jures.

Y entonces se sacó de uno de los bolsillos un trapo pegajoso que olía a grasa y me lo lanzó para que me secara las mejillas mojadas. Me dio tos y noté que se me enrojecía la cara. Una vez con la boca bien seca me quedé mirándolo como si no me acabara de creer que era el señor Capdevila a quien tenía delante, porque no se parecía en nada a la imagen que tenía de él. Siempre lo había visto cabalgando y ahora, en la oscuridad, con el caballo encerrado a mi

lado, había perdido un algo de vigor que por mucho que lo buscara no lo encontraba por ninguna parte. Pero daba igual. ¿Qué haces aquí?, me preguntó. He venido porque tengo una propuesta. Pues este no es lugar para hacer tratos.

Y de la misma manera que había entrado en el establo, sin que le oyese ni un paso, desapareció por detrás del marco de la entrada y se dirigió a la casa, esperando que lo siguiera. Metí el trapo grasiento en la bolsa y me miré la falda. Estaba sucia y llena de barro como las patas de los cerdos, que estaban tan asustados que se habían arrinconado tan lejos de mí como habían podido. Me levanté. Y pese a estar de pie, el caballo negro, corpulento y espabilado de Capdevila me sacaba dos cabezas. El animal no me había quitado el ojo de encima desde que había entrado en el establo, y yo lo sabía, no porque lo hubiese visto, porque la sed me había cegado, sino porque, mientras bebía arrodillada con la cabeza en el abrevadero, las orejas me habían quedado fuera y cada dos ladridos de perro oía al caballo, que resoplaba intentando avisar también a su amo. Pero ya no lo hacía. Solo se me quedó mirando fijamente, con la cabeza un poco inclinada, como si pudiese leer qué estaba tramando y con el silencio me diese su consentimiento.

Atravesé de un salto la valla de los cerdos sin dejar de mirar al animal, que todavía no me había quitado los ojos de encima. Seguí caminando, en silencio, tratando de no pisar muy fuerte ni dar un paso más largo que otro. Y justo cuando acababa de cerrar la puerta y echar la barra de hierro, el caballo relinchó magistralmente, y eso me pareció un buen augurio y me dio fuerzas para seguir avanzando, sin temor, no como la joven de veintiún años que en apariencia era, sino como la mujer a quien la bestia había castigado y forzado a aprender a escoger demasiado pronto. El grito del animal me recordó que yo era una salvaje. Sentí toda la fuerza que llevaba dentro por haber llegado hasta donde había llegado y, empujada por aquella bravura, una vez dentro de la casa le pedí a su hijo en matrimonio. ¿Cómo?, me dijo. Eso, que si puedo casarme con él. Que si nos podemos casar. Y él: Ahora no está en casa. Y yo: Da igual.

8. ROSA

Fue mucha casualidad. Quién me iba a decir que en aquella historia que madre siempre nos había contado y que después mi padre en un momento de debilidad había continuado, yo también tendría cabida. Era una mañana de verano y los niños estaban fuera, jugando en la plaza. Yo tenía el pelo mojado, me chorreaba por debajo de la toalla. Las patatas hervían en la olla y yo aprovechaba la espera para matar hormigas, una tras otra aplastándolas con la yema de los dedos, y ahogaba con amoníaco cualquier agujero que me pareciese que pudiese hacer de escondrijo. Mi marido había salido. La casa estaba tranquila, tan mustia que me daba sueño. La luz que llegaba desde la ventana de la cocina calentaba el mármol, rayado y descolorido por toda la comida que había cortado allí encima. Cada tanto paraba de matar hormigas y me sentaba en el taburete. Dejaba que los pensamientos se me escapasen y volasen sin advertirlo hasta que me espabilaba y volvía a reanudar la tarea. Yo nunca había sido como mi madre. Como ella acostumbraba a decir, yo no había nacido con prisa. Ni tampoco la había tenido más tarde. Comprendí antes que nadie que la vida era eso, ir dejando pasar las cosas. No he envidiado nunca a nadie que tuviese algo que hacer, ni deseos que cumplir. Mi marido llegó sin que lo esperase y también lo hicieron los dolores del parto y la niña y después el niño. Y así todo lo demás. Cuando me di cuenta de que estaba engordando, también acepté que la vida me llevase por aquellos vericuetos y poco a poco aprendí a querer otra vez mi cuerpo, completamente nuevo y colmado y lleno de vida. Y cuando tenía un rato me ponía delante del espejo y desnuda me contemplaba y con las manos me tentaba la carne y me imaginaba que yo era mi marido deseándome. Aquello me excitaba. Pero lo que más me gustaba era sentarme en una esquina de la cama y con ambas manos sobarme las nalgas y notar la porosidad de la grasa

moviéndose por dentro como si tuviese vida. Entonces mis manos dejaban de ser mías y pasaban a ser las de mi marido, que como un perro me cogía por detrás y me obligaba a permanecer de espaldas, inmóvil, hasta que con su líquido me marcaba bien adentro, en la oscuridad de la cueva, que era como él la llamaba. Y mientras mi mente imaginaba que aquella cosa blanca se me derramaba entre las piernas, por lo general ya había llegado al orgasmo y reanudaba las tareas de la casa, bien descansada y sucia, embriagada como un animal.

Cuando aquella mañana me di cuenta de que las patatas empezaban a abrirse y de que las había hervido demasiado, apagué el fuego y pasé agua por el mármol para limpiar los restos de amoníaco antes de aplastar allí las patatas y la col para preparar el *trinxat*. Los niños seguían jugando en la plaza y yo todavía tenía un rato para mí sola antes de ponerme a freír el tocino. Así que me dirigí al dormitorio y me arrodillé delante de la cama y empecé a tocarme. Pero cuando estaba a punto, justo a punto de notar que el orgasmo que había ido retrasando me envenenaba el espíritu, alguien llamó a la puerta. Era evidente que no eran los niños, porque los golpes eran de puños apretados y firmes, como de hombre, ni tampoco alguien cercano, porque, si hubiese sido alguien conocido, ya habría abierto la puerta. Entonces me levanté y me puse las bragas. ¡Voy!, grité mientras me quitaba la toalla de la cabeza, la tiraba al suelo y con los dedos intentaba darle volumen al pelo, que no me había secado y se me había quedado pegado. ¡Voy!, repetí mientras recogía la toalla del suelo y la dejaba tendida en una silla. ¿Quién es? Pero no respondió nadie. No había más que una sombra oculta tras aquellos golpes. Pregunto que quién es. Ábrame, dijo una voz áspera y vieja. Pero aquella vez cuando abrí, la Planadevall no llevaba el pelo lleno de paja. Y mira que me fijé, porque ese siempre había sido un detalle que mi madre había destacado mucho. Lleno de paja, hija, porque pasó la noche en el establo. Sí, ya lo ves, como lo oyes, en el establo, en nuestro establo. Pero aquella mañana de verano que vino a buscarme a mí llevaba el pelo recogido y limpio, de un blanco que tiraba a gris. ¿Qué quiere? Ha sido él. ¿Quién es él? Ha sido él, lo ha matado él, repetía sin parar. Y entonces la hice entrar y que se sentara en una silla.

Por eso pensé que había sido mucha casualidad. No solo porque a partir de aquel momento podría decir que yo también tenía cabida en aquella historia, sino porque la primera vez que había aparecido en nuestra casa había sido después de que hubiesen matado a su madre y ahora había aparecido después de que hubiesen asesinado a su hijo. No debía de llegar a los sesenta, pero parecía que tuviese más de setenta, como si todo el sufrimiento que sus mejillas chupadas me mostraban la llamase desde el más allá y ella no se resistiese. Los ojos se le habían empezado a hundir, por debajo de las carnes se le entreveía la osamenta y de la boca le manaba un hedor nauseabundo que intenté aplacar ofreciéndole un buen trago de café, pero ni así. ¿No quiere leche? Mire que es buena, buena. Pan, deme pan. Pero cuando me levanté para ir a partirle un trozo, me di cuenta de que antes de abrir la puerta me había olvidado de lavarme las manos y de que los dedos todavía me apestaban a coño.

Le quedaban pocos dientes. Con la saliva iba ablandando el pan y con la lengua garrapiñaba pedacitos que se desprendían húmedos y que no masticaba y se tragaba de golpe. Cuando acabó de engullirlo todo, insistió: Ha sido él. ¿Quién es él, señora? ¿De quién habla? La bestia. Lo ha matado la bestia. Y entonces, de pronto, las palabras de la vieja dejaron de salir de sus labios y empezaron a salir de la boca de mi madre, que en paz descanse, primero trémulas, arrugadas como un recuerdo clausurado, y luego más clarividentes; palabras que cada año, cuando celebrábamos mi cumpleaños, contaban la misma historia. Hay que ver, hija, lo gorda que te has puesto y lo pequeña que naciste. Sietemesina. Ya ves, quién me iba a decir que aquel día nacerías, tan pequeña, Dios mío, tan pequeña. Pero entonces se me aparece aquella loca, sí, porque estaba loca de remate, y mira por dónde resulta que aquella noche había dormido en el establo, sí, en nuestro establo, y se me aparece con el pelo lleno de paja recogido de cualquier forma. Y te digo que más que en el establo, parecía haber dormido en el gallinero, porque llevaba los brazos cubiertos de arañazos. ¿De quién? Vete tú a saber, a lo mejor toda su vida había dormido en establos, entre animales, todos aquellos años de vida que llevaba encima encerrada en aquel caserón allí arriba, en las montañas, sin apenas bajar al pueblo, como un lobo desganado de amor y compasión y nada, hija,

que dentro no tenía nada. Que aquellos ojos eran de vacío. Y va y me dice: Ha sido él, y yo: ¿Quién es él? Y mira que parecía histérica, pero por dentro no lo estaba, era solo que no sabía hablar ni sabía comportarse y entonces las palabras le salían de aquella manera que parecía que estuviese exaltada, pero en realidad no lo estaba, porque cuando le dije que la ayudaría —bueno, que tu padre la ayudaría— me pidió algo para desayunar y se puso tan tranquila a masticar y a mirar por la ventana, como si nada. Y mira que iba sucia, hija, Dios sabe que iba sucísima, que me costó Dios y ayuda ahuyentar el olor que despedía. Que a lo mejor tardé una semana en quitarme aquel tufo de encima y no solo de la memoria, sino de las sillas y de la cocina y de todos los rincones por donde había pasado. En el establo ya no quise entrar más. Al menos hasta que dejaste de mamar, ya se lo dije a tu padre, que a ver si te contagiaba la desgracia. Y mira que cuando me dijo que hacía quince días que su madre estaba muerta y que todavía no la habían enterrado, por poco te mato, hija, del disgusto. No pude evitar romper aguas. Pero mira, naciste así, del susto saliste de repente y mira qué gorda estás ahora, y yo que pensaba que habiendo nacido con apenas siete meses no sobrevivirías. Hija, que no es que quisiera matarte, pero sufría, porque una madre sufre, siempre sufre. Nos pasamos la vida sufriendo, sufriendo por más cosas de las que sucederán nunca. Y mira que la loca no solo me hizo parir, no. Que tuve que hacer que alguien avisase a tu padre, pobre, que estaba cazando, para que fuese a sacar el cadáver de la pánfila de su madre, toda abierta y podrida como estaba, pero eso me lo callo, porque tu padre no lo quiere ni recordar, y por eso claro que no estuvo allí, hija, que no pudo verte cuando salías porque estaba arrastrando a la muerta y eso que naciste con los ojos abiertos, te lo juro, hija, que naciste así, pequeña como un ratón, pero con los ojos que te lo querías comer todo y mira ahora, hija, qué gorda estás. Come, come, que esta tarta la he preparado para ti, hija, porque te gusta, porque tienes que comer.

Y yo, empalagada y con la boca llena de bizcocho, escuchaba cada vez aquella historia que surgía de los labios de mi madre como si narrase las hazañas de un antepasado, de un muerto, y las pocas veces que veía a la Planadevall —porque eso sí, pese a sus esfuerzos por casarse, conseguir marido y restaurar la masía, no logró nunca

quitarse de encima el apellido de la bestia— por la plaza con el hatillo a reventar de cosas intentando malvenderlas por cuatro perras, tenía la impresión de que no era un ser vivo, sino un fantasma, una leyenda, una historia que no era solamente suya, sino territorio común, algo que hacía que todos los que vivíamos en el pueblo y la conocíamos formásemos parte de una misma estirpe, que, por muy pequeña que fuese, nos proporcionaba orgullo, espíritu, comunidad. Y después estaba padre, que mientras madre se divertía contando la historia —sí, todos veíamos que se lo pasaba bien, porque relataba las desgracias de los demás con esa impetuosidad de los curas que hace que, aunque ya sepas qué dirán, porque los has escuchado mil veces antes, no puedas dejar de escucharlos— parecía que no estuviese allí, que no quisiese estar, y se encendía un cigarrillo y esperaba a que todos, tíos, tías, primos, acabasen de disfrutar de la adversidad y empezasen a fingir que se compadecían de sus protagonistas para lanzar un Vale ya, mujer, vale ya de contar penas el día que celebramos el cumpleaños de la niña. Porque mi madre no había visto el cuerpo de la muerta y por eso podía hablar de ella de aquella manera, porque toda la morbosidad que podía traducir en palabras surgía de su interior y no de haberla presenciado. Pero mi padre sí que lo había visto y por eso la hacía callar. Él llevaba el recuerdo de la barbarie dentro y no se lo podía quitar de encima. Por eso, cuando ya hacía dos años que madre había muerto y a padre le faltaba poco, uno de aquellos días que yo le lavaba los huesos y la poca carne que le quedaba en la bañera, sacó la mano de debajo del agua y me cogió el brazo para que dejase de enjabonarlo y lo escuchase sin hacer nada. Tengo que pedirte una cosa, hija. Pensé que me iba a confesar algo y que después cerraría los ojos y se iría al otro barrio, pero no fue nada de eso, porque fue como una súplica o un recordatorio y todavía le quedaron unos cuantos días de vida antes de largarse definitivamente. Entiérrame, sobre todo no te olvides de enterrarme. Pero ¿qué dice, padre? Pues claro que lo haré. Y entonces fue cuando me lo contó —o a lo mejor no me lo contó y simplemente se lo quitó de encima—, en aquel momento de debilidad en que el miedo o el recuerdo del miedo ya se había vuelto demasiado grande. Un miedo terrorífico por el que no bastaba con pedirme que lo enterrase, sino que tenía que darme

argumentos, asegurarse de que yo entendía por qué no podía desentenderme de hacerlo. Y me lo contó lentamente, tan lentamente que, cuando terminó de hablar, nos dimos cuenta de que el agua de la bañera estaba congelada.

Aquel día había niebla, dijo. Mucha niebla. La notaba empapada sobre las hierbas que le calaban la ropa. En la punta del fusil húmedo se acumulaban gotas gruesas. Estaba tendido en el suelo, escondido tras unos arbustos, con las piernas listas para salir corriendo en cuanto alguno de los perros capturase una presa. Padre era un buen cazador. Se lanzaba contra los animales con el cuerpo y no disparaba nunca a distancia, ni se cargaba la espalda de presas que no fuera a comerse. Tenía un poco de sueño y cada tanto los ojos se le cerraban. El perfume del hierro empapado y los sonidos del bosque despertándose lo embriagaban. Pero no tardó mucho en desvelarse cuando distinguió unos pasos discordantes de hombre y a alguien que gritaba su nombre.

¡Enric! ¿Dónde estás? ¡Enric, que tu mujer ha roto aguas! Pero antes de tener tiempo de emocionarse ya le habían comunicado la otra noticia, la de la muerta, y que tendría que resolver aquello antes de venir a verme salir. No es que no quisiera verte nacer, pequeña. ¿Qué padre no habría preferido mil veces ir a ver cómo nacía su hija? O su hijo, porque entonces yo habría preferido que salieses niño. No niña, niño. Pero en todos mis años de alcalde nunca nadie había matado a nadie. No sabía si aún estaba a tiempo de salvar algo y tú no corrías peligro, pequeña. Lo habría preferido, de verdad que sí, pero en esta vida las cosas nunca salen como queremos. Las cosas siempre salen peor.

Y me contó que, cuando llegó a casa después de no haber podido cazar ningún animal, la Planadevall lo esperaba apoyada en ese tiesto tan grande que tenemos en la entrada, el del árbol muerto que nadie ha arrancado todavía. Estaba sola y tenía el pelo lleno de enredos y mierda y briznas de paja. Los gritos de madre se escapaban por las contraventanas de detrás de la casa y ella no parecía inmutarse por que alguien estuviese pariendo cerca. Pero solo lo parecía, porque cuando padre se le acercó ella le dijo: A lo mejor el niño que mi madre lleva dentro todavía está vivo. ¿Estaba embarazada? Como su mujer. ¿Seguro que está muerta? Bien muerta. Y entonces padre la cogió por los hombros y la subió al

carro, y se quedó sentada entre el fusil y los enseres y los perros, y no paró hasta que llegaron a la iglesia y agarró al cura —que por entonces acababa de llegar al pueblo— del cuello y le dijo: O viene conmigo y me ayuda en este asunto o ya puede olvidarse de que yo le ayude a tener clientela. Y el cura, que todavía era joven, no opuso resistencia y se sentó detrás con la Planadevall y el fusil y los enseres y los perros, y los tres emprendieron el camino hacia la masía de ella para buscar ala muerta. Padre todavía no se lo acababa de creer y por eso daba golpes cada vez más fuertes con la zurriaga a las mulas. Quería correr por si aún había algo que salvar. Pero cuando quedaban pocos metros para llegar, cayó en la cuenta de que de nada servía pegar a los animales porque la muerte era inevitable. Los campos estaban secos y sucios. El tejado se había empezado a hundir en algunos puntos y el camino estaba lleno de piedras y baches que hacían sufrir a las mulas. Y cuando la Planadevall les dijo por dónde debían girar, enseguida vieron que el carro no cabría y que tendrían que cargar a la muerta en brazos. Era un camino estrecho que bordeaba una pendiente muy pronunciada, y había muchos charcos porque el sol, por culpa de los árboles, no podía entrar para borrar la niebla. Y había mucha. Como si todavía fuese por la mañana. Por eso andaban juntitos, los tres, para no perderse unos a otros. Padre me dijo que caminaron mucho. Tanto que empezaron a sospechar que ella se había equivocado de camino, pero el olfato los hizo rectificar. Primero el olor era como a huevo podrido, un poco molesto, solo eso, pero luego se volvió doloroso. Era un olor que padre no podía comparar con nada, porque no lo había percibido nunca. Acostumbramos a esconder el olor de la muerte antes de que aparezca. Y después la vista no solo les acabó de confirmar que andaban errados, sino que les provocó arcadas. A todos menos a ella. Me dijo que la muerta era como un embrollo de polvo negro que se agitaba, devorada por completo por las moscas, y que hacía días que habían empezado a nacer los gusanos. Que la habían dejado en una charca y que por encima del agua había flotando insectos también muertos. Que como estaba rígida no la podían doblar y que para sacarla los hombres la cogieron cada uno por un brazo y la hija le cogió las piernas para que no la arrastraran. Era como la procesión de la maldad, pequeña. Dios le había dejado forma de cruz, como si la hubiesen crucificado,

como si estuviera purgando no solo los pecados de quien la había matado, sino los de todos nosotros. Con la cara desfigurada y la hija venga a repetirnos que por fin descansaba serena. Pero la que estaba serena era ella. Nos estuvo mirando todo el camino, sin bajar la guardia, y nosotros tensos intentando no vomitar sobre el cadáver, intentando resistir como hombres, y ella sin quejarse ni llorar, ni tan solo reprimiendo la cara de asco porque asco no sentía, repitiendo que su madre ahora descansaba serena, serena y empapada. Pero te juro que aquello de sereno no tenía nada. Ya no era una mujer. Tampoco una mujer muerta. Solo era carne. Un trozo de carne devorado por los gusanos, gordos, que íbamos dejando por el camino como si fuese un rastro, y las moscas que no conseguíamos espantar. Y aquel hedor, pequeña, aquel hedor que… Si hasta los perros dejaron de ladrar después de que lanzásemos al carro a la muerta, a quien habíamos metido en un saco que la hija había encontrado tirado por el suelo. Y no solo callaron sino que se acurrucaron en un rincón. Que se habrían escapado corriendo si no hubiesen estado atados. Por eso me tienes que enterrar. Es lo único que te he pedido en la vida. ¿Entiendes ahora por qué me tienes que enterrar?

Padre no debería haber dudado ni un segundo de que yo nunca lo dejaría pudrirse de aquella manera. Y aun así, para que pudiera morirse tranquilo, al día siguiente fuimos a buscar un ataúd y dejé que él lo escogiese. Eligió la pieza de madera con más manchas, como su piel, que ya se había hecho vieja. En pocos meses se había ido deshaciendo, desinflándose. No le quedaban muchos más días de vida y los dos lo sabíamos. Poco a poco se le irían muriendo todas las partes del cuerpo y después moriría su olor dentro de mí y algún día me sorprendería pensando que hacía tiempo que no lo recordaba. Y después, lentamente, me iría desprendiendo de sus cosas. El fusil acabaría en manos de mi marido y los libros los guardaría en un armario para cuando los niños fuesen al colegio. El despacho acabaría cerrado a cal y canto de manera que dejase de formar parte de la casa. El mismo despacho que aquel día, mientras a mí me costaba concentrarme porque las manos me olían demasiado a coño, la Planadevall me pedía que abriese. Y yo le decía que se quitase la idea de la cabeza, que aquellas notas que decía que mi padre había tomado sobre su padre no las

encontraríamos, porque había demasiadas cosas allí dentro y hacía años que nadie las había ordenado. Pero ella no paraba de insistir. Decía que, aunque no sabía leer, las reconocería en cuanto las viera, que no haría falta que yo la ayudara. Que esta vez Dios haría bien las cosas y la ayudaría a acabar con todo de una vez por todas. Como si existiese la magia.

Entonces comprendí que se trataba de una partida de ajedrez. Una partida con demasiados mates sin jaque y posiblemente con demasiados peones, en la que una reina enfurecida deseaba derribar a un rey al que el destino mortecino ya había perdonado y probablemente enviado hacia el purgatorio. Yo estaba convencida de que la bestia que ella pensaba que había vuelto para matar a su hijo no solo debía de estar sepultada donde fuese que hubiese caído muerta, sino también pisoteada por otras tumbas. Pero ella se había pasado la vida esperándolo y ahora lo sentía más cerca que nunca. Creía que había llegado el día de saldar cuentas. Por eso me pedía las notas que creía que mi padre había tomado siguiendo la pista de la desaparición de la bestia después de haber matado a su madre, como si de aquella manera pudiese disponer de una buena jugada que le permitiese avanzar unas cuantas casillas para pedirle victoriosamente una explicación. Pero no era muy difícil darse cuenta de que no lo encontraría nunca. Por ese motivo fue la compasión y no la curiosidad la que hizo que yo, después de lavarme por fin las manos en una palangana, revolviese los cajones del armario hasta encontrar la llave del despacho y con ella lo abriese y dejase a la Planadevall allí dentro poniéndolo todo patas arriba mientras yo acababa de preparar la comida, en busca de unas notas que sabía que aunque diese con ellas —si es que alguna vez habían existido— en nada la iban a ayudar. La compadecía porque se había pasado la vida esperando y no había entendido a tiempo que la vida era eso, ir dejando pasar las cosas. Y cuando salió del despacho con aquellas notas de contabilidad entre las manos polvorientas, pensando que tenían alguna relación con lo que había estado buscando y gritando como si hubiese encontrado oro en una mina, también la dejé hacer y, sobre todo, irse, no fuese que me diera por ponerme a rezar por los de su casa y acabara haciéndolo por todos nosotros.

9. ESTEVE

El cura no me quería. Madre había muerto y el cura no me quería. Solo podía ir a buscar al niño, porque era la única persona que me había pedido perdón después de darme una paliza. Me había dicho que su madre le había quemado el brazo con una vela. Que aquellas quemaduras y la muerte de Joan y mi mal olor lo habían vuelto violento y que no quería ser así. Han sido las quemaduras, decía. Me las había enseñado y todo. Tenía dos ampollas. Y se las había hecho su madre. Y las madres no pegan, ¿verdad? Son los padres. Mi madre decía que yo tenía muchos padres. Que todos aquellos hombres eran mis padres. Pero le pegaban. Ella gritaba. A veces gritaba poco rato, porque ellos le pegaban poco o porque mientras le pegaban callaba o porque tardaban poco en descargarse sobre su cuerpo y salían de su habitación para emborracharse y entonces se reían de ella mientras ella les servía y los insultaba. Pero no solo tenía padres. También tenía hermanas. Tenía muchas hermanas. Hermanas a las que mis padres pegaban. Todos mis padres les pegaban. Y cuando murió madre, todas aquellas mujeres, que madre me decía que eran como mis hermanas porque habían vivido siempre con nosotros, le robaron todo lo que tenía en la habitación y todo lo que pudieron llevarse de casa y no las vi nunca más. Y me quedé solo y no me gustaba, ¿verdad? Entonces fui a buscar a mi amigo. Era un amigo de verdad, porque solo me había dado una paliza una vez.

Y me había pedido perdón. Y ya no lo había hecho más. Yo conocía el camino, porque cuando se murió Joan subimos hasta allí para enterrarlo. Por entonces yo no había visto ningún muerto.

Y el niño tampoco y por eso se ve que aquella noche había querido mirarlo y había entrado en la habitación y su madre lo había pillado. Pero ¿qué haces aquí? ¿Quieres saber qué es la muerte? ¿Quieres saberlo? Y entonces lo había cogido del brazo y

había dejado que la cera caliente le cayese sobre la piel y lo había obligado a aguantar la quemadura mientras le decía: Nada. Eso es la muerte. ¿Lo entiendes? No tienes por qué llorar, porque cuando mueres ya no sientes nada. Es cuando estás vivo cuando las cosas queman. Y las madres no hacen eso, ¿verdad? Son los padres. Madre cambiaba a menudo de cara, porque mis padres se la destrozaban. Y yo le decía: ¿No te duele, madre? ¿No te duele? A mí me dolía cuando los del pueblo me pegaban. Pero ella decía que solo había sufrido de verdad la primera vez que sintió que se le rompía la nariz. Que pasaba por delante del espejo y no podía evitar mirarse la cara, que le había cambiado, y aquella nariz torcida, y entonces sentía dolor, mucho dolor, pero no en la nariz, sino en el corazón. La primera paliza se la había pegado un padre que, para castigarla, como ella no había querido dejarlo entrar en su cuerpo porque no llevaba dinero, le había partido la nariz estampándole la cara con saña contra la madera de la cama. Y, aunque le había dolido mucho, se había tenido que esperar a que acabase, porque se había hecho la fuerte. Pero la vergüenza de haberlo permitido solo la había sentido la primera vez que le dejaron la nariz hecha trizas. Después se había acostumbrado y lo había aceptado, como todas las cosas de la vida, decía. ¿Es que crees que las otras viven mejores vidas? Y al final había aprendido a colocársela deprisa, cuando todavía estaba caliente y palpitaba. Por eso roncaba, decía. Y mira que antes no había roncado nunca. Pero yo solo la había conocido con la nariz rota, ¿verdad? ¿Y no te duele, madre? ¿Por qué dejas que te peguen? Pero decía que prefería aquella vida a tener que depender de un solo hombre, como hacían las otras. Pero a mí me parecía que ella dependía de todos. De todos los que viniesen con dinero en el bolsillo. ¿No te dan miedo, madre? No te quieren, madre. Hay gente que con un poco de amor tiene suficiente para toda la vida. Pero a veces Jaume también le pegaba. ¿No te da miedo, madre? Es el mejor hombre que he conocido. Entonces ¿por qué te pega, madre? ¿Por qué no te saca de aquí, madre?

10. MARIETA

Al principio todavía limpiaba los restos de puré que se le quedaban pegados a madre en la cara después de cada cucharada y las manchas que le resbalaban por el babero que le anudaba cada vez al cuello, pero no tardé en dejarlo para el final porque me di cuenta de que le daba igual. A veces tardaba tanto en tragárselo todo que, para que no se pusiera a gritar, tenía que coger un trapo y bañarlo en agua antes de limpiarle la cara. Los trocitos de comida encostrados alrededor de los labios se le secaban y, si no los volvía a reblandecer, le arrancaban los pelos del bigote. Eso le dolía. Pero al menos a mí ya no me daba grima tocarla. Tampoco tocar las cosas que ella había tocado. A lo mejor porque ella ya no utilizaba las manos y era yo la que le doblaba la ropa. Siempre que ella había doblado la mía, yo la había tenido que volver a lavar. No soportaba que la grasa de su piel ensuciase los vestidos y las bragas que tenía que ponerme. Todavía menos que me diese un beso. Pero ahora ya no podía darme ninguno porque a duras penas podía gritar y mover los ojos y no sé si todavía tenía algo dentro que le permitiese pensar algo. Porque no supe nunca si había sido una decisión o simplemente un decaimiento, pero un día nos la encontramos sentada en la silla del patio y ya no la pudimos sacar de aquel estado. Por la mañana en cuanto abría los ojos ya estaba gritando con aquellos gargajos que parecían no terminar nunca hasta que le poníamos el culo en aquella silla. Porque lo que quería no era sentarse, sino sentarse en aquella silla y en aquel lugar desprotegido y a la intemperie desde donde podía mirar el camino que llevaba a la masía. Y volvía a escupir aquellos esputos famélicos si la plantábamos con los ojos petrificados mirando en otra dirección. Yo le ponía un trapo grande sobre la cabeza y los hombros para que el sol no terminara de atrofiarla del todo, y cuando la sombra ya la cubría, lo guardaba en la cocina para después al anochecer

limpiarle la cara. Los primeros días el niño estaba preocupado, pero después estaba demasiado ocupado intentando hacer los trabajos que ella había abandonado y que él no había aprendido a hacer nunca, y poco a poco dejó de atosigarme con el cuento de que teníamos que llevarla al médico. ¿Cómo sabremos si está muerta si tiene la cara tapada todo el día?, preguntó un día Esteve. Porque el pañuelo palpita cada vez que coge aire y lo tira, le respondió el niño. Y por la baba, ¿verdad?

Ahora Esteve vivía con nosotros. Después de que aquella enfermedad se cargara al abuelo y se llevase también a la Dolors, su madre, y cuando ya hacía una buena temporada que los habíamos enterrado a los dos, Esteve empezó a rondar la casa. La abuela salía con una olla llena de piedras y lo ahuyentaba lanzándoselas. Ni cuando el abuelo vivía había dejado que Esteve jugase con el niño, que tenía que escaparse para poder pasar ratos con él. Madre no decía nunca nada. Yo contemplaba el espectáculo y veía a Esteve, que huía, y a la abuela, que intentaba seguirlo con la espalda doblada por el peso de aquel montón de pedruscos que siempre tenía preparado, y a él, que se detenía cuando ella ya no podía correr más. Pero volvía a aparecer y nos robaba pimientos y pepinos y todo lo que encontraba sin atreverse a acercarse nunca lo suficiente para evitar que la abuela llegase a matarlo. Yo sufría, porque no quería que lo alcanzase ninguna pedrada y por eso había empezado a dejarle verduras en un cesto dentro de un agujero que había cerca de la Roca Negra. La abuela solía decir que por aquel paraje no quería volver. Y por el agua no había que preocuparse. De la fuente salía a borbotones. Como los primeros días que volví por allí me encontré la verdura podrida y llena de moscas, decidí que por el camino cantaría para que Esteve me pudiese oír y me siguiera. Y cuando ya empezaba a pensar que se había marchado o que se había muerto o que por fin la pena del duelo de su madre se había empequeñecido lo bastante como para seguir caminando y buscar un lugar donde comenzar una nueva vida, me encontré el cesto vacío y huellas muy hundidas en la tierra. Pero aún no sabía dónde dormía, y como por las noches la abuela tenía la costumbre de echarle el cerrojo a la puerta de la masía yo no podía salir a buscarlo y no me venía el sueño porque tenía todo el rato la preocupación en la cabeza.

Pero la abuela no tardó en desplomarse. Yo solo vi al tío Tomàs corriendo y a madre gritando: ¡Quítamela, quítamela!, con los brazos levantados y la pandereta de coser en una mano y la aguja en la otra y el cuerpo de la abuela que había caído fulminado como un rayo con la cabeza muerta pegada a la entrepierna de madre y a mi tío arrancándole el cadáver de entre las piernas y tirándolo al suelo y dándole golpes y rompiendo a llorar. Era la primera vez que veía llorar a un hombre. Madre se levantó y lo abrazó y él la empujó y la hizo caer al suelo. Pero ¿qué haces, desgraciado?, grité. Y entonces me miró y se giró y me empujó a mí también y se puso a arrastrar el cadáver de la abuela y lo subió al carro que teníamos cargado de mazorcas y se lo llevó de la masía como si le fuese la vida en ello. No lo había visto nunca pegar con tanta fuerza a las mulas ni a las mulas corriendo tanto como aquel día.

Debe de ser verdad que por fin la ha diñado, me dijo madre cuando ya habían pasado un par de días y no habíamos tenido noticias de ellos. Pero acababa de decir aquello, cuando yo puse los ojos en el horizonte y vi que por el camino se acercaba algo. Y digo algo porque primero distinguí una rueda dando tumbos y después una manita que la guiaba y cada tanto la rueda caía al suelo y levantaba una nube de polvo y la manita la volvía a alzar una vez más y la hacía rodar. La mano era la del crío pequeño del tío Pere. ¿Pero qué diantre haces tú aquí?, le pregunté. Padre me ha dicho que os la traiga. ¿El qué? La rueda. Aquello medio calcinado era lo único que quedaba del carro cargado de mazorcas sacrificadas que Tomàs se había llevado dos días antes, y una bolsa llena de monedas era lo único que Pere consideraba que debía quedar de la abuela ahora que su cuerpo había sido quemado, como si ofreciéndonos aquel dinero no solo pagase la conciencia de habernos abandonado sino que encima pretendiese cerrar la historia. Aquel crío era mi primo y sin embargo yo solo deseaba que se largara. ¿Quemado?, ¿quemado?, ¿quemada?, no paraba de repetir madre al viento como si el cerebro se le hubiese quedado parado. Pero yo andaba equivocada. Pere no nos había enviado aquella bolsa llena de dinero para intentar que lo perdonara por habernos dejado, ya que no creo que nunca se hubiese llegado a cuestionar el daño que me había hecho siguiendo su instinto y su egoísmo, dejándome aquí sola a cargo de una gente a la que solo

aceptaba por el simple hecho de que me había tocado, sino que aquello era lo que él consideraba que costaban las dos mulas que se había quedado. ¿Y de dónde diantre quiere que consigamos ahora un buen par de mulas? No lo sé, señora, yo solo hago lo que padre me ha mandado, pero creo que le ha dado las mulas a Casassas, porque Tomàs hizo desaparecer las suyas. ¡Malditos hombres desgraciados!

Y sin los pedruscos de la abuela y aquellas ganas locas que le venían de partirle la cabeza, Esteve volvió a dejarse ver desde las ventanas de la masía. Al principio se esfumaba como el humo cada vez que lo llamaba por su nombre, pero después de tantear el terreno unas cuantas veces empezó a acercarse un poco más y poco después ya lo teníamos engullendo en la cocina. Tendrás que trabajar como todos nosotros, le dije mientras le servía el estofado en el plato. S-s-s-s-s-s-s-í, señora, ¿verdad? Madre ya había empezado a dejar de hablar y por su silencio entendí que aceptaba que Esteve se quedara a vivir con nosotros. Desconozco si no me llegó nunca a decir nada porque el muchacho realmente no la molestaba o porque se había desquiciado del todo con la muerte de la abuela o porque sencillamente tenía la cabeza demasiado ocupada escogiendo en qué condenada silla decidiría sentarse durante lo que le quedara de voluntad. El caso es que a mí me venían bien otras manos y Esteve trabajaba a destajo. Además, ahora era yo quien mandaba, porque la abuela ya no estaba, Tomàs no había vuelto y mi madre no sé si había llegado a decidir algo en toda su vida. Yo ya no tenía que pedir permiso a nadie para llevar las riendas.

Y tengo que reconocer que al principio sentía una pequeña ilusión. Los cuidaba a todos y decidía por todos y eso me hacía sentir bien conmigo misma. Ni el niño ni Esteve eran hijos míos —aunque se lo suplicase a Dios, ni por edad ni por sangre podían serlo ni lo podrían llegar a ser nunca—, pero yo jugaba a ser su madre y a reñirlos y alabarlos y ellos parecían disfrutar con aquel juego. Madre hacía tiempo que había puesto el culo en aquella silla y ya no contábamos con su presencia. Solo cuando teníamos que limpiarle la mierda cuando se había cagado o acostarla o meterle en la boca cucharadas de alguna pasta que yo había triturado con los restos de lo que nos había sobrado de cada comida.

Fue en uno de aquellos momentos cuando caí en la cuenta de que la odiaba desde que tenía memoria. Me costó descubrir qué me pasaba, porque cuando has odiado durante tantos años a una persona y de golpe dejas de hacerlo al principio parece que te cueste respirar. Como si te hubieses olvidado de hacerlo. Como si te faltara una parte de ti, porque todo lo que has sido siempre se ha fundamentado en esa enemistad que, como no has vivido nada más, no sabías ni que existía, porque no la podías comparar con nada. Yo siempre había vivido de aquella manera, lamentándome y pensándome en relación con quien me había engendrado, y ahora empezaba a pensar que me había equivocado, pero todavía no sabía en qué ni cómo me las arreglaría para descubrirlo. Lo importante era que me había dado cuenta. Y durante unos cuantos días tuve que cavilar mucho, porque la miraba y la veía también a ella de otra manera y no sabía qué era lo que había cambiado. Me la encontraba allí, postrada en aquella silla con la cara tapada y las piernas que le sobresalían por debajo del vestido llenas de picaduras y de bultos como si formaran parte del empedrado de la casa y ya no me contrariaba mirarla sino que incluso empezaba a compadecerla. Pero en aquel momento solo me había dado cuenta de que ya no la odiaba. Todavía no conocía el motivo por el que la había odiado hasta entonces. Eso vino después, cuando yo todavía cavilaba sin saber que cavilaba y apareció el viejo repugnante del cura y me dijo que era mi padre.

Yo entonces tenía dieciséis años. Aquel mediodía tenía a madre sentada en el banco de la cocina entre dos balas de paja para evitar que se cayera de lado. Todavía no había empezado a escupir esputos porque tenía hambre y sabía que era la hora de comer y yo nunca la dejaba comer en la condenada silla. No había calentado mucho aquella amasijo, porque alguna vez le había llegado a quemar la lengua y el paladar y prefería evitarlo. Entre bocado y bocado, como siempre tardaba mucho en tragar, yo aprovechaba para limar un trocito de madera que después Esteve se llevaría a la boca. Ya le había dicho que aquí las cucharas las utilizábamos para cocinar. Que o chupaba aquello o no chupaba nada. Y cuando creía que ya tenía la pieza terminada, la recorría con los dedos para comprobar que estuviese pulida del todo y fue entonces cuando me clavé una astilla debajo de la uña del dedo. La condenada me hacía

mucho daño. Se me había clavado bien. Solo me la podría quitar si me cortaba el trozo de uña que la ocultaba. Entonces fui a buscar un cuchillo lo bastante afilado y cuando ya había abierto el cajón madre se puso a gritar. Y digo gritar porque aquello no eran esputos sino gritos como hacía mucho que no los había oído, y los ojos, que parecía que estuviesen prácticamente muertos, los tenía encendidos a punto de salírsele de las órbitas. Me giré y vi al viejo allí de pie, escuálido bajo la sotana embarrada, haciendo unos ruidos extraños que a duras penas conseguí distinguir hasta que me miró y la cara se le iluminó y de su voz por fin pude entender algo: Marrrrggta. ¿Qué? Entonces entró en la cocina y bebió agua de la jarra para despejarse la garganta y repitió: Marieta. Madre seguía gritando con aquellos ojos como platos y no paró hasta que le limpié la cara y le deshice el nudo del babero. Él ya había cogido una silla. Preferiría que no estuviese aquí, me dijo mientras señalaba a madre. Madre se queda, le contesté. Y entonces empezó a hablar.

Al principio yo no entendía nada, porque supongo que a él le daba vergüenza tener a madre a su lado mientras iba desenredando toda aquella barbarie que sabía que la destrozaría cuando empezase a desenvolverla de verdad y por ese motivo iba dando rodeos sin acabar nunca de ir al grano. Me habló de un cadáver lleno de moscas y de gusanos y después de una historia de un alcalde que lo había obligado a subir aquí arriba cuando él era joven todavía y no había conocido la maldad, y que después de ver toda aquella inmundicia lo había visto claro. ¿El qué?, le pregunté. Pero cambiaba de tema y volvía a divagar y luego se excusaba diciendo que el día que mi tío Joan había aparecido en la iglesia para pedirle auxilio, él lo había visto más claro todavía. ¿El qué? Que había obrado bien, porque toda aquella barbarie alguien la tenía que parar. Yo no sabía de qué me hablaba y no tenía tiempo que malgastar y no entendía nada y me estaba empezando a mosquear. No tenía por qué aguantar las penas y las historias de un viejo al que no conocía de nada y sobre el que Esteve, además, me había contado que le había cerrado las puertas de su casa después de que muriese su madre, con la misma facilidad con la que, cuando le había venido bien, le había ordenado que le hiciese cualquier encargo. Toda la vida lo había tratado como a un objeto con piernas al que podía enviar arriba y abajo bailando a su arbitrio. Y además

tenía a madre al lado en un estado catatónico que no había visto nunca y temblando de miedo o de pena o de excitación y yo no sabía qué hacer, así que le pedí que o hablaba sinceramente de una vez y dejaba de hacerme perder el tiempo o ya se podía ir a todo trapo. Y, con esta amenaza, aún no había acabado la última frase cuando ya había empezado a desahogarse: Soy tu padre. ¿Qué? Miré a madre y tenía los ojos cerrados como si se hubiese acabado de desmayar. Él seguía hablando y poco le importaba que nosotras no lo quisiéramos escuchar. *Yo solo he venido para ver si todo aquello que Dios me ordenó se ha cumplido y me he encontrado con una situación mucho peor que la que me encontré la primera vez. Como si todo lo que he hecho no hubiera servido de nada. Marieta vive con el pasmarote del lisiado y el pedazo de alcornoque del retrasado y toda la casa apesta y los campos no siguen ningún plan y todo crece por todas partes sin orden ni concierto como si fueran salvajes y Maria solo fuese un animal de compañía, ahí atada entre esas dos balas de paja, y no se mueve y parece muerta y todavía tiene la cara llena de ese puré que parece vómito de cabra porque Marieta no le ha limpiado bien los morros. Se ha hecho vieja. Dios le ha arrancado la belleza. No hay salvación. No la hay*.

Él hablaba y hablaba y yo solo quería echarlo, y cuanto más nerviosa me ponía, más me repetía una historia que para mí era un completo disparate y que para él tenía todo el sentido del mundo. Decía que cuando hacía no sé cuántos años Esteve le había dicho que mi madre era hija de mi abuela, él lo había entendido como una señal. Como si el mismo Dios le hubiese dicho: Cógela y préñala y castiga a esa descendencia por la obsesión de una mujer que quiso recomponer su masía. Y que él se había resignado, porque el Señor no puede ser contrariado. Y que aunque él ya apestaba a viejo, no tan viejo como ahora, pero sí a viejo, había cogido a madre y le había puesto la semilla, por decirlo con finura, y que de allí había salido yo. Y que él la había castigado, a mi abuela, violando a mi madre, porque según él, mi abuela no había llorado nunca a mi bisabuela después de que un hombre la dejase muerta y sin enterrar. *Después de que supuestamente un hombre la dejase muerta y sin enterrar. Porque yo sé, como todo el mundo sabe,*

que la Planadevall mató a su madre. Porque una persona que quiere a su madre no la deja quince días pudriéndose a la intemperie y no se pone a preparar la comida con las manos sucias de cadáver putrefacto sin habérselas lavado antes. Aquello era maldad. No le importaba nada. Era una fiera salvaje que no sabía qué era el amor. Todo el mundo sabe que aquello era maldad. No es solo cosa mía. Yo no estoy loco. Era tanta su maldad que incluso lo que yo hice no ha servido de nada. Basta con ver cómo ha acabado Marieta. Yo no pude detener el derramamiento de sangre infectada mezclándola con mi sangre. Esta muchacha anda despeinada y tiene las uñas rotas y ensangrentadas, porque parece que no se haya puesto un zapato en su vida. Y no me entiende y me tacha de loco. Y yo cada vez estaba más histérica, porque aquel hombre decía ser mi padre y cada vez me daba más grima y sentía su sangre en la mía y tenía ganas de matarlo. Tampoco acababa de entender por qué había venido a contármelo ahora. Por qué motivo después de tantos años había aparecido precisamente ahora. Pero en el fondo era fácil de descifrar. Había venido porque era un cobarde. Sabía que estaba a punto de morir y necesitaba sentirse perdonado. Pero no se lo merecía. Tenía que acabar en el infierno. Tenía que ser torturado. Y como veía que no le creía y que no había manera de que yo justificase todo lo que nos había hecho, empezó a inventarse una historia sacrílega sobre el tío Tomàs y la abuela. Decía que habían mantenido una relación. Así lo dijo: una relación. ¿Pero quién se creía que era? Entonces cogí el cuchillo afilado que antes había sacado del cajón y lo amenacé y le dije que o se largaba de allí o lo mataba. Y antes de que le diera tiempo a insultarme ya huía a todo correr y cerré la puerta a sus espaldas y le eché el cerrojo y empecé a respirar. No me había dado cuenta hasta entonces de que necesitaba tanto aire. Cuando volví a la cocina, madre lloraba. Tenía la piel roja e irritada por las lágrimas y por primera vez entendí por qué había dejado de odiarla. Ya no me daba rabia su sufrimiento. Yo había empezado a asimilarlo todo desde hacía tiempo sin ser consciente de ello, pero ahora por fin lo había entendido. No era una mala madre. No había querido hacerme daño nunca. Ni siquiera cuando me obligaba a escucharla cuando decía

que ojalá hubiese cerrado las piernas en el momento en que me había concebido. Simplemente, mi existencia le recordaba que aquel sueño en el que se había refugiado no era real. Los gritos y las bofetadas y las humillaciones y las angustias eran fruto de aquel hombre que la había ultrajado y estafado y del que se había protegido no sintiendo por él rabia o terror, sino devoción. No podía aceptar tanta perversidad por parte del hombre por el que habría dado la vida. Madre se había refugiado en aquella fantasía y yo solo aparecía para destrozarla. Él no había tenido otra opción que alejarse y ella se había pasado toda la vida esperándolo. Incluso cuando perdió la cabeza y se consagró a aquella silla, esperaba verlo llegar por el camino, aureolado como un santo. Pero por fin se había ido de verdad. Y aquella tarde habíamos podido librarnos de él.

11. PERE

Cojones, cojones y más cojones. Pero ¿de dónde cojones habéis salido vosotros?, no paraba de gritar Casassas mientras aguantaba con una mano la pala que utilizaba para arrancar los trozos de carne quemada de madre que se habían quedado pegados a la madera carbonizada y con la otra se secaba el sudor de la frente. La carne que despegábamos de aquellos carros calcinados que no podrían volver a ser usados la íbamos amontonando en los cubos que Eulalia nos dejaba al lado. Cada tanto, algún pedazo de aquel montón de grasa ennegrecida por la humareda que salía de dentro de madre resbalaba y teníamos que hacer peripecias con la pala para que no acabase rebozado de tierra mientras lo pescábamos. Pero ¿de dónde coño habéis salido vosotros? Pero lo que molestaba a Casassas no era que Tomàs hubiese utilizado uno de sus carros para encender una buena hoguera y quemar a madre encima ni que, además, con la misma tranquilidad de degenerado con que parecía haberlo hecho, hubiese entrado por la puerta trasera de su casa y le hubiese robado el fusil para pegar todos aquellos tiros, sino que le hubiese comprado el queroseno para quemarla y él no se hubiese dado cuenta de lo que tenía intención de hacer. Porque imagino que el hombre había estado demasiado ocupado detrás del mostrador asegurándose de que, en aquella ocasión, Tomàs no le hiciese perder el tiempo. Demasiado ocupado calculando cómo diantre subir el precio del queroseno sin que el otro lo advirtiese y resarcir así el ultraje que llevaba dentro desde hacía más de una década, desde el día del entierro de Joan, cuando padre y Tomàs lo habían dejado hablando solo y refunfuñando y humillándose a sí mismo delante de todo el pueblo sin haberles podido vender la caja. Pero él no conocía a Tomàs. Me refiero a que al depravado de mi hermano no había manera de ganarle, porque no jugaba con la misma lógica con la que los demás estamos acostumbrados a jugar. Aunque eso

no quiere decir que no tuviese lógica. Simplemente había heredado la manera de actuar de madre y una pizca de sentido común para evitar traspasar aquella manera de pensar a nadie. Pero no era solo por eso por lo que Casassas no le podía ganar. Supongo que entre el uno y el otro y la sequedad de aquel día de verano y las moscas que los incordiaban y que no paraban de intentar ahogarse metiéndose en todos los tarros pegajosos medio abiertos de aquella tienda, había mucho más que una manera diferente de razonar. Había un abismo y punto. De hecho, puede que el De dónde coño habéis salido vosotros, más que una descarga que lo protegía de la locura y de tener que aceptar aquella escena como natural, fuese una pregunta de verdad, porque ahora aquel hombre empezaba a darse cuenta de que, si se paraba a pensar en aquel instante en la tienda, solo se acordaba de haber sonreído después de haberle vendido el queroseno y no del tacto de las monedas calientes en su mano y todavía menos de la cara de mi hermano, completamente enajenada. Porque el orgullo ciega al hombre. Incluso al hombre que es consciente de que lo tiene, porque sabe que no es por amor a sí mismo por ta que lucha para saldar la ofensa, sino para prevenirse del peso de la tradición, del sufrimiento, de las miradas de aquellos que como fanáticos sin saber que lo son caminan por todos los rincones mientras espantan y angustian a los que no se les parecen, pero que sin embargo se cuida de no sobresalir del rebaño y desearía haber nacido con la voluntad ya dominada. Aunque solo fuese para ahorrarse el esfuerzo y la vergüenza de tener que reprimir palabras y pensamientos. Porque ser diferente te hace sufrir. Y más todavía si tienes que esforzarte en ocultarlo, porque Dios te ha hecho nacer en una tierra como esta y tú lo que quieres es vivir tranquilo.

Y aquel puñado de viejas que aquella tarde hacían cola detrás de mi hermano y tenían sus ojos clavados en ellos en el momento de la compraventa rememoraban más que nunca el asunto de la caja y claramente representaban el peso de la tradición. Y Casassas no tenía ninguna duda al respecto, de la misma manera que tampoco dudaba de que en aquella ocasión Tomàs no se escaparía de la telaraña tejida con perspicacia en la que creía que lo había atrapado. Que ya habían pasado suficientes años entre una cosa y otra para que Dios se decidiera de una vez a cerrar aquella historia

y para que no lo hiciera de cualquier forma. Pero en ningún momento aquel hombre demostró ningún tipo de agudeza mental. Y eso que le hubiese bastado con mover uno de sus dedos peludos para descorrer la cortina que le tapaba la visión del ventanuco que tenía al lado y girar rápidamente la cabeza para observar el cadáver de madre mal anquilosado después de que Tomàs lo hubiese lanzado de cualquier modo sobre aquel carro lleno de mazorcas parado bajo la solana junto a la puerta de la tienda. O a lo mejor con un poco de suerte, porque un simple golpe de viento habría servido para levantar levemente aquel retazo de tela blanca y haberla visto, y entonces habría caído en la cuenta de que mi hermano a aquellas horas ya había perdido la chaveta del todo. De que intentar malvender y estafar a un loco que lo que necesitaba era una cama y un poco de alimento en un presidio en lugar de un barril de queroseno para no acabar definitivamente trastornado era peor para el orgullo que quedarse solo arrojando insultos como un inepto el día que no logró venderles la puñetera caja.

Pero no lo he llegado a culpar nunca de aquella historia, ni siquiera a considerarlo uno de sus posibles ejecutores, porque siempre fue muy difícil discernir si aquel hatajo de depravados que formaban mi familia estaban locos o no. Al menos a mí siempre me lo había parecido, pero a veces mostraban cierta agudeza que era suficiente para que mi mente infantil se aferrara a ella y descansara un poco de tener que estar siempre a la defensiva. Porque a veces bastaba con un Buenos días o un ¿Quieres un poco de leche? para intentar convencerme a mí mismo de que aquello que mi mente impúber y dolorida había experimentado no eran más que imaginaciones. Nubosidades y punto. Pero entonces una noche alguien de casa se cargó a mi hermano Joan agujereándole el vientre con un cartucho de escopeta. Y por mucho que me esforzara en creer que podía haber sido alguien de fuera, la torpeza de todos ellos para ocultarlo y querer cerrarlo todo lo antes posible sin hacer preguntas me sirvió para corroborar el hecho de que ellos también habían tratado de engañarse a sí mismos toda la vida. De que aquella maldad que siempre me había esforzado por contener, por evitar que saliese de allí, era peor de lo que creía.

Pero aquello todavía no fue suficiente para que cogiese los bártulos. Todavía tenía que venir lo de la criatura de las narices en

la barriga de Eulàlia. Eulàlia ya había intentado sacarme del caserón un par de veces y yo siempre había rehusado con un estallido de carcajadas lo bastante convincente para contagiarle la risa y que ambos acabásemos olvidando la propuesta y jodiendo como conejos en celo. Para entonces ya me había convertido en presa fácil de sus carnes y su desparpajo, pese a que al principio aquellos embates inesperados con los que me acometía me dejaban completamente mareado. Porque a veces creía que aquel pedazo de mujer que solo aparecía para molestarme y preguntarme dónde diantre estaba mi hermana y si alguna vez alguien pensaba volver a dejarla bajar sola al pueblo, hacía a propósito eso de buscar siempre el mejor momento para cogerme desprevenido. Bastaba con que una de las espirales de humo del cigarrillo me hiciese cerrar un ojo y que con el dedo intentara hurgármelo unos segundos para dejar de llorar, para que ella, cuando lo abriese, estuviese allí plantada como una estatua con el nombre de mi hermana saliéndole de los labios. Que ya te he dicho que no sé nada. ¡Maldita golfa! Entonces me largaba una bofetada y me escupía y al cabo de un tiempo ya la volvía a tener encima con la obsesión del paradero de Maria, porque seguramente empezaba a adivinar algo. Pero yo ya había aprendido a ir con cuidado. Antes de girar cualquier esquina ya la olía, y si estaba a tiempo cambiaba de camino. Ella despedía ese hedor tan notorio de la furcia que galopa triunfadora, que sabe que no hay ninguna otra hembra de su edad que pueda reunir tantas abejas como ella alrededor de su panal y que tenga suficiente fortaleza para espantarlas con una simple ventada. Y, pese a todo, un día tuve un despiste. Yo ya había mirado y vuelto a mirar todas las esquinas de la plaza, pero era día de mercado y había demasiada gente y demasiados animales y demasiadas especias y verduras y gente con las piernas cubiertas de hongos como para distinguir a tiempo su olor dulce y femenino, pero no por eso menos picante. Bastó con el sonido de unas plumas de gallina que arrancaban tres puestos más adelante para que mis ojos bajasen la guardia y se dirigiesen hacia los gritos de la bestezuela con pico que luchaba por evitar el sufrimiento y para que, al girarme, me la encontrase allí delante. Hace tiempo que me esquivas, ¿eh? ¿Dónde cojones tenéis encerrada a la santa de tu hermana? Pero aquella vez, después del ¡Que me dejes te digo, puta! Y su bofetada de costumbre, no dio

media vuelta ni se fue corriendo, sino que el que lo hizo fui yo y fue entonces cuando pasó lo de la mano. Aquella mano fofa y blanda y sudada y regordeta que de pronto cogió la mía y me hizo parar en seco. La verdad es que yo no me había planteado nunca que una mano pudiese servir para algo mucho más fundamental que tocar la madera caliente del mango de una herramienta o pegarle puñetazos en la cara a algún desgraciado, pero aquella mano esponjosa como un buñuelo de cuaresma azucarado que de golpe y porrazo me removió el estómago se me volvió más necesaria a partir de entonces que todo lo que había conocido en la vida. Y aun así, no sentí que el enamoramiento y los constantes intentos de ella por casarnos bastaran para abandonar a los de casa. Todavía sentía que no podía dejar de vigilarlos. Y cuanto más de cerca mejor, aunque se tratara de una intuición vaga, o al menos de una tarea heredada por el simple hecho de haber nacido en aquella familia y que por lo mismo no acababa de cumplir nunca, porque siempre tenían salidas inesperadas. Y eso que todavía no habíamos encontrado el cuerpo ensangrentado de Joan agonizando en aquel montón de tierra esparcida junto al establo y gritando no sé qué de un par o tres de hombres que no habían sido suficientes para matar a una bruja. Pero aquella no había sido la única vez que lo había visto delirando. Un día me lo había encontrado saliendo del pinar de la masía en un estado de parálisis absoluta mientras le preguntaba con quién se había peleado y él más blanco que la pared, tanto que ni parecía ser consciente de que se había sentado en una roca para ir dando chupadas a un cigarrillo. Y de repente, con el mismo brazo con el que había estado fumando, me apartó y sin despedirse empezó a bajar hacia el pueblo. Tardó tres años en volver. Y todavía no se había acabado de acomodar en aquel cuartucho que hacía de despensa y que madre le había reservado para castigarlo, cuando, como aquel que dice, ya lo habían enviado al otro barrio.

No sé quién de todos nosotros fue el primero en oír los gritos, pero de pronto me vi fuera de la cama, descalzo, corriendo con todos los demás y dirigiéndome hacia aquellos estremecimientos que en ningún momento pensé que fuesen de mi hermano hasta que alguien dijo ¿Joan?, y tropecé con su cuerpo malherido y caí a su lado y le vi el rostro. Y todavía después me vi no ya corriendo sino ralentizando la marcha y arrastrando aquel cuerpo que

convulsionaba como si le quemara el suelo por debajo del culo hasta que le levanté las patas y me pareció que se calmaba un poco y entonces lo pusimos en aquel jergón que estaba tan desvencijado que acabó de rematarlo. Pero nos lo había ordenado madre y a madre nadie la contrariaba. Y nos lo había ordenado con la misma frialdad con que nos había obligado a meternos de nuevo en la cama, porque decía que al día siguiente nos esperaba un día de mucho trabajo. ¿Pero qué trabajo quiere que hagan mañana?, había preguntado Maria. Pero nosotros ya nos habíamos metido en la cama, porque los hombres de la casa sabíamos que cuando se trata de hacer las cosas bien siempre es mejor que quien tome las decisiones sea una mujer, una como ella u otra que aconseje de tapadillo. Todo había sido tan rápido que ni la criatura se había despertado y una vez en la cama todo parecía irreal y entonces pensaba: Caray, caray… Mira que si lo he soñado… Cualquiera diría que basta con que te obsesiones en evitar algo, que te pases la vida luchando contra ello en cuerpo y alma, para que después, cuando llegue, te des cuenta de que no podía haber sido de otra manera… Pero todavía no me había decidido a abandonar la masía. Todavía necesitaba un motivo más grave que el asesinato de mi hermano para poder irme y abandonar la tarea para la que creía que Dios me había puesto en aquella familia. Todavía no sabía qué señal me enviaría, pero presentía que no tardaría mucho en llegar. Y entonces se hizo de día, y cuando todavía no había conseguido descubrir si había soñado la violencia de la noche anterior, porque todos habíamos salido a los campos a trabajar después de desayunar como si no hubiese pasado nada de nada, Joan la diñó y madre salió de aquella habitación con algo en la cara que se parecía a una lágrima y Tomàs y padre decidieron bajar al pueblo a por una caja.

Fue entonces cuando se pelearon con Casassas o lo insultaron o vete tú a saber si solo fue que aquel tipo se sintió denigrado y que, su persona, a los otros dos les importaba un rábano. Pero el hecho es que se ve que no encontraron nada que les gustase hasta el día siguiente, cuando Joan ya estaba completamente rígido y no podíamos encajarle bien las piernas ni moverlo para ponerlo de alguna otra manera que no fuese con aquella cara de espanto y agonía. Al mediodía llegaron al caserón con un carro que no era nuestro lleno de gente y de él bajó aquel cura viejo con cara de

carroñero, que yo pensaba que había venido para ver si aún podía enredar más la madeja, con aquel trasto de gallinero que todos querían hacernos pasar por caja, y yo venga a reír para soportar la desesperación mientras pensaba: Caray, caray… Mira que no acabe aceptando el ofrecimiento de casarme con Eulàlia y me largue de aquí antes de que le coja el gusto a esta depravación con la que todos parecen alimentarse y acabe necesitándola como necesitan los peces el agua… Pero me había equivocado, por esa manía que tenemos siempre de recelar de la iglesia, ya que enseguida advertí que aquel hombre subía con ellos porque, como yo, quería vigilarlos de cerca. El tipo había empezado a olerse que les faltaba alguna tuerca. Y no fue necesario que me lo demostrase con palabras, porque, cuando madre propuso que le serrásemos las piernas al pobre Joan para que cupiese en la caja de las narices y Tomàs aún no había empezado a serrárselas, se puso a vomitar. Pero por suerte mi hermano se encontraba en uno de aquellos momentos en que parecía tener más sentido común que madre y dijo que aquella propuesta le parecía una marranada. Pero Joan continuaba sin caber en la caja. Y entonces el niño propuso que le rompiésemos los huesos. Que le levantásemos las piernas y que con un martillo Tomàs le golpease los huesos y una vez dentro de la caja le doblase las piernas. Y por primera vez en toda su vida Tomàs le hizo caso al pobre crío y fue a dejar la sierra y volvió con el martillo. Padre, mientras tanto, me había ayudado a llevar a Joan hasta el muro de la masía, donde todavía estaba el cura arrojando la comida. Lo tendimos bocarriba en el suelo, con los pies en alto, aprovechando una piedra que sobresalía de la pared. Tenía los pómulos blanquecinos y la boca seca. No paraba de abrírsele por mucho que se la cerrásemos. Por el amor de Dios, como mínimo tápale la cara, me dijo el cura mientras se limpiaba la boca. Entonces fui a buscar el pañuelo negro que madre llevaba en la cabeza y le tapé la cara a Joan.

Pero antes de ponerse a golpear, Tomàs le dijo a padre que no mirase, no fuese que volviese a romper a llorar, y él le dijo que su deber era mirar. Y entonces empezó a golpear. Creo que se le hizo difícil el primer golpe. El segundo también. Pero al tercero su brazo iba solo y era como si golpease cualquier cosa menos a una persona. Era un instinto demasiado feroz, imparable como la fuerza de una

corriente de agua que lo arrasa todo a su paso, porque por poco le acaba destrozando todos los huesos del tobillo. Tuvo que acercarse padre y cogerle el brazo para ponérselo en la otra pierna, porque con aquella convicción por un momento nos hizo creer a todos que no machacaba huesos, sino trigo o algo parecido y por eso no reaccionamos a tiempo. Pero aquello era una pierna. Y no una pierna cualquiera. Era la pierna de nuestro hermano. Por eso no permití que le desgraciara el otro tobillo y a los dos golpes fui yo quien frenó el movimiento reteniendo el martillo por el mango. Él intentó rapiñármelo a mí, y cuando lo consiguió ya me veía con el cráneo agujereado. Pero lo lanzó contra el árbol de la entrada, porque él también sabía que si no lo hacía así me habría podido llegar a hacer mucho daño. Y entonces pensé que a lo mejor había llegado el día en que por fin había encontrado una fuerza que contrarrestase a aquel demonio que Tomàs llevaba dentro. Que yo ya podía descansar y dejar de estar pendiente de él, porque dentro de aquella cabecita había algún tipo de amor, aunque le hubiese nacido por mera supervivencia. Pero igual que lo había pensado demasiado rápido, enseguida me desdije. Todavía no había llegado a ninguna conclusión cuando él ya había empezado a arrastrar por el suelo al andrajo de Joan, tirando de sus brazos hacia el agujero donde yo y el niño ya habíamos colocado la caja de las narices. Lo hizo con la misma inhumanidad y efectividad con que habría apartado del camino un tronco caído, pero al menos tuvo la decencia de no tirar de él por los tobillos triturados. Yo solo rezaba para que Joan no perdiese ningún pie por el camino.

Cuando llegó al agujero, Tomàs abrió las piernas, una a cada lado de la fosa, y siguió avanzando hasta que los pies de Joan tocaron fondo y luego, como si se tratara de una marioneta, empezó a sacudirlo por las extremidades de arriba hasta que consiguió doblarle las patas. Entonces dejó caer lentamente el cuerpo muerto, que quedó bien encajado en el gallinero. Todos nos acercamos. El niño cerró la reja metálica y el cura dijo que no serviría de nada, porque tenía unos agujeros tan grandes que era como si estuviese destapada. Que lo suyo era cubrirla con un trozo de madera. Pero Tomàs ya había empezado a tirarle tierra y la lengua y uno de los ojos de Joan se habían quedado enterrados. ¡Por el amor de Dios, hombre!, volvió a repetir el cura. Y entonces Maria le gritó que, si

tanto le molestaba cómo hacíamos las cosas, no entendía por qué había subido con el retrasado para pasar la tarde en el caserón. Que estaba segura de que nadie de la casa se lo había pedido. Oye, que yo no soy tonto, ¿verdad? Pero madre ya se había arrimado a la fosa y con el pie había empezado a barrer hacia dentro la tierra de los montones que habían dejado a su alrededor mientras hacían el agujero. Tomàs la siguió con la pala y todos tuvimos que callar, porque la discusión sobre cómo lo teníamos que enterrar había quedado cerrada. Padre volvió a llorar y el niño intentó acercársele para consolarlo, pero creo que entendió a tiempo que no había nada que lo pudiese reconfortar y dio un paso atrás.

Yo ya tenía muy claro que no debía dejarme llevar por la situación. No tenía ningún sentido enterrarlo en un gallinero, como tampoco lo tenía haberle roto los huesos para empotrarlo allí. Y menos aún haber quemado el cadáver de madre delante de todo el pueblo al cabo de catorce años. Pero nadie vino a avisarme de que Tomàs había bajado del caserón y que corría por el pueblo armando aquel follón hasta que fue demasiado tarde y madre ya estaba carbonizada. Se había hecho de noche. Yo fumaba tranquilamente un último cigarrillo en el banco que había montado en la entrada hacía un par de meses, mientras Eulàlia acostaba a los niños. Aquel era el momento del día que más me gustaba. Absorbía el humo del cigarrillo lentamente e hinchaba los pulmones con aquel calor penetrante y pausado y luego me los limpiaba con el frescor del invierno. Si algo me había enseñado haber nacido en aquel caserón arriba de las montañas y haber pasado tantos años allí era a disfrutar de la soledad. Yo no era como la gente del pueblo, que necesitaba guerrear y armar bronca y sentirse escuchada todo el día. Me bastaba con estar en un lugar quieto y sosegado. Tenía suerte de haberme casado con un suegro con suficiente dinero para tener las tierras al lado de casa y una buena bota de vino siempre a punto para llenarme el vaso, que me bebía junto a la puerta mientras esperaba el jaleo de los hombres que volvían de los campos. Había notado la vaharada de la hoguera hacía un rato, pero el olor no me desagradaba y pensaba que debía de ser de algún pajar que se había quemado con un candil. Por eso esta noche tardan en llegar, me decía. Mal fario. Espero que el pajar no sea de ningún conocido. Aunque no debe de haber sido gran cosa. Más

bien huele a chamuscado. Parece que ya deben de haberlo apagado. Y con la serenidad del cuerpo fatigado y el cigarrillo y el regusto áspero de aquel vino que mi suegro me había regalado, aproveché el incidente para reposar más de lo que habitualmente podía antes de que llegase toda aquella gente con sus tonterías. De vez en cuando se oía un portazo, o los pasos inquietos de algún chaval a quien su madre o su abuela habían enviado a buscar a alguno de los hombres que todavía no habían llegado. Yo seguía fumando y disfrutando de aquel momento y de los maullidos de gatos escondidos y del frío que me helaba las manos y la cara.

Pero no tardaron en llegar. Como una masa perturbada chillaban y corrían y no paraban de reír y yo les pregunté que de qué desgraciado osaban mofarse en aquella ocasión. Entonces todos callaron de golpe. Padres, niños, mujeres, jauría. Y con aquel silencio entendí que aquel jolgorio algo tenía que ver con mi hermano. No recuerdo haber lanzado el cigarrillo, pero el caso es que después de haber apartado a aquella turba oscura y sudada de personas que no se habían atrevido a cerrarme el paso, ya no lo llevaba en las manos. Fue como si respirar aquella humareda cada vez más espesa que apestaba al pueblo entero me hubiese saciado el deseo de tabaco por una buena temporada. Antes de llegar a la última casa del villorrio vi la hoguera reflejada en las vidrieras. Tomàs, ¿qué has hecho? Pero apenas había tenido tiempo de distinguir los lengüetazos de fuego que huían y engullían con ferocidad la montaña de madera que el tipo había esculpido en medio de aquella explanada vacía, cuando empezó a dispararme. ¡La madre que te parió, cabeza de chorlito! Entonces me dirigí a casa de Casassas y me puse a aporrearle la puerta. ¡Abre, cojones, abre! Casassas ya llevaba la camisa de dormir puesta y la Biblia en las manos. ¿Pero qué narices quieres de mí a estas horas? Déjame el fusil. ¡Dámelo! Pero antes de que me respondiese yo ya había entrado en su casa a empujones y me había topado con aquella estampa familiar indescriptible. Dos muchachitas vestidas de blanco arrodilladas y una madre rubia con el pelo trenzado rezando con ellas. La señora estaba tan concentrada que solo las niñas advirtieron que me había quedado en el marco de la puerta contemplándolas. Aquellas dos caritas angelicales se giraron y me miraron, pero no me dio tiempo de decirles nada, porque Casassas

ya me había cogido por la nuca y me arrastraba hasta la entrada y me decía: Si crees que puedes venir a mi casa y… Joder ¡que los fusiles los guardo en el establo! Pero cuando llegamos ya no estaban. Alguien los había cogido. Tomàs siempre se las apaña para hacer un montón de cosas desatinadas que al final acaban teniendo todo el sentido del mundo, pensé. Seguro que ha sido él quien los ha robado. Pero a Casassas no solo le faltaban un par de fusiles. También el carro y las mulas. Entonces le dije que estaba seguro de que la culpa era de mi hermano y él se puso rojo como un tomate y le empezó a nacer el anhelo de destruir a Tomàs con más violencia que la de las llamas que yo había dejado atrás hacía unos minutos. ¿Y qué cojones habrá hecho con el queroseno? ¿Qué queroseno? Pero Casassas ya se había sacado una llave del bolsillo y se disponía a abrir uno de los baúles que había al fondo del establo. Sacó dos fusiles más. Uno para cada uno. Y no sé quién de los dos fue el primero en salir corriendo hacia la hoguera, pero cuando llegamos Tomàs ya disparaba y Casassas respondía al ataque. ¡Mal fario! ¡No lo mates, que es mi hermano! ¡Eso díselo al demonio cuando una de sus balas te envíe derecho al infierno! Pero mi hermano no nos quería matar, porque estaba a salvo y atrincherado detrás de los carros y de aquello que había en lo alto de la pira y que todavía no habíamos podido identificar, y nosotros desprotegidos y tendidos sobre el barro y las hierbas sin muro alguno con el que resguardarnos, y además envueltos en unas camisas blanquecinas que relucían bajo la luz de la luna. Si nos hubiese querido matar, ya lo habría hecho. Siempre había tenido buena puntería. Por eso, pese al calor de la hoguera y el sudor y la tensión de saber que ahora sí que se había vuelto completamente loco, yo descansaba porque por fin pensaba: No fue él. Toda la vida pensando que se había cargado a Joan, pero por fin Dios me envía esta señal. No fue él. Si fuese un asesino, ya nos habría matado, porque somos un blanco fácil. No me quiere matar. Lo único que quiere es que no lo moleste para poder completar su designio y cuando lo haya conseguido se dejará matar. Pero todavía no me había dado cuenta de que su designio era incinerar el cuerpo de nuestra madre. Porque cada tanto las llamas dejaban entrever lo que podía ser una silueta o a lo mejor algún trozo de tejido o unos mechones medio despegados de un cráneo que de repente aullaban a través de una llamarada rápida y

confusa como si estuviera quemándose una bola de paja, pero los tiros constantes de Casassas y el calor me despistaban y enseguida dejaba de cavilar en qué era aquello que había en lo alto de la pira. Y es que no sabía muy bien qué hacía yo allí, vigilando a un hermano a quien ya no podía salvar y menos todavía someter, tendido al lado de un hombre que lo único que quería era matarlo para vengar una majadería. Pero entonces llegó Eulàlia sudando y pisándose el vestido y ensuciándoselo con aquel barro pringoso y resbaladizo que afortunadamente no permitía que las llamas se escapasen más allá de aquel campo y me dijo que aquello que había encima de aquella arquitectura tan bien estudiada de pedazos de madera amontonados era el cadáver de madre. A Eulàlia le faltaba el aire y tuvo que parar un momento y respirar hondo para dejar de resoplar. Y cuando se vio con fuerzas para continuar me contó que los del pueblo, después de que ella hubiese salido disparada de casa para buscarme por todas partes con cara de mala leche porque se pensaba que yo estaba pasando el rato con las fulanas, que habían vuelto a ocupar el antiguo burdel de la Dolors, le habían contado que aquella tarde Tomàs había llegado a la explanada con un carro lleno de mazorcas tirado por dos mulas y el cuerpo de madre encima y que, después de bajarlo del carro y dejarlo tendido en el suelo embarrado sin ni siquiera una sábana o una manta, había atado las mulas a un árbol y se había marchado. Y que después de que se hubiese largado, algunos se habían acercado al carro, porque el cuerpo todavía no apestaba y querían saber qué era exactamente aquello que había allí al lado, y habían visto dos barriles de queroseno —algunos decían que había tres— pero no habían atado cabos ni relacionado una cosa con otra. Y que al cabo de no mucho rato —ellos lo observaban todo picados por la curiosidad más que por la preocupación, porque de verdad decían que todavía no sospechaban lo que vendría— Tomàs había vuelto con otro carro, que no sabían de dónde había sacado, pero que ahora no iba guiado por ningún par de mulas, porque era él quien con su fuerza de bestia lo andaba arrastrando. ¿Y dónde cojones has dejado a mis animales, pedazo de mendrugo?, le gritó Casassas a Tomàs, como si este pudiese oírlo. Pero no le dio tiempo a preguntárselo de nuevo, porque se había dado cuenta de que ya no le quedaban balas y me había arrancado el fusil de las manos y se había puesto a disparar

otra vez. De vez en cuando se veía una silueta negra, aterrorizada, riendo como desquiciada, que corría entre las llamas e iba pegando tiros solo para asustarnos, y entonces Eulàlia rompía a gritar y lanzar bramidos y yo le decía que se fuese, que aquello no era algo que una mujer como ella tuviese que presenciar. Pero como ella todavía no tenía la cara del todo desencajada, yo todavía no había llegado a entender la gravedad de la situación. Porque yo estaba acostumbrado a toda aquella violencia y necesitaba algo muy fuerte para estremecerme de verdad. Y yo pensaba en cómo diantre aquel hombre achaparrado que tenía al lado tendido bocabajo podía haber perdido tantas cosas en una sola tarde sin apenas sospecharlo. Porque no me creo que en su casa nadie hubiese oído los martillazos que Tomàs debía de haber metido para reventar la puerta del establo ni el jaleo que debía de haber armado para llevarse tantas cosas. Aunque bien podía ser que aquellas dos caritas angelicales a quienes alimentaban todo el santo día con aquella charlatanería celestial fuesen incapaces de sospechar que en el mundo había maldad y lo hubiesen observado todo desde el altillo como si se tratase de un entretenimiento de los mayores y en ningún momento se les hubiese ocurrido ir a contárselo a su padre o a su madre. Pero Eulàlia seguía hablando y repitiendo lo que le habían contado como si necesitara tener ocupado el pensamiento, porque no se atrevía a abrir los ojos y ver que aquello no iba de broma. Y yo pensaba que qué importaba lo que le hubiesen contado, porque lo importante no era lo que había sucedido, sino cómo podíamos arreglar aquella situación sin que mi hermano acabase con una bala en la cabeza y nuestra familia con otra muerte violenta a la espalda. Y, además, estaba convencido de que ninguno de los que se habían reunido en la explanada para ver cómo ponía un carro sobre el otro y los cubría de troncos y cómo tendía en lo alto el cuerpo de madre y la rociaba con queroseno había prestado realmente atención. En lo que le habían contado los vecinos del pueblo no debíamos confiar mucho, porque se habían agrupado alrededor de la pira solo para descansar un rato de la fatiga de los campos y lo contemplaban todo embelesados y ya contaminados por el discurso inventado que les soltarían a sus mujeres y con el cual se excusarían por no haber llegado sudados a casa, porque sabían que aquella noche, por el escándalo, no recibirían castigos ni

recriminaciones. Fue ese el motivo por el cual, cuando al anochecer la barriga ya les había empezado a sonar, abandonaron a toda prisa a Tomàs y sus designios infernales y todos juntitos se dirigieron hacia las mesas ya puestas que tenían en casa y solo volvieron a aparecer con la primera luz de la mañana para volver a desentenderse de los campos. Pero nosotros ya no podíamos con nuestra alma. Habíamos estado toda la noche luchando contra un enemigo que no lo era y que parecía haberse provisto de una fuente eterna de combustible con el que no había parado de avivar la hoguera.

Y con la primera luz del día no solo pude ver con claridad las caras de todos los que no dejaban de contemplarnos sin mover un dedo para ayudarnos, sino también que ahora Eulàlia tenía la cara completamente desencajada. Y no solo porque no hubiese cerrado los ojos ni dos segundos en veinticuatro horas. Seguía hablando como si hubiese perdido el juicio, repitiendo la historia que una y otra vez le había contado todo aquel con quien se había topado. Era como si no se la explicara a nadie más que a sí misma, porque apenas terminaba volvía a empezar, como si la memoria quisiese protegerla y se la borrase de la mente en cuanto acababa de narrar el instante en que Tomàs había cogido una cerilla y después de encenderla la había lanzado sobre el cadáver. Yo no podía dejar de mirarla, porque empezaba a estar muy preocupado. Y cuando por fin me decidí a decirle algo o simplemente abrazarla o darle un beso, Casassas me arreó un golpe y me hizo levantar la cabeza y entonces, cuando de aquel túmulo ya no quedaba más que un cuerpo ennegrecido y deshonrado y pedazos de madera carbonizada y alguna llama juvenil que todavía guerreaba, vi que Tomàs se largaba de allí y que nadie le daba caza.

Pero yo no quería salir a perseguirlo, porque sabía que tenía que quedarme al lado de Eulàlia. Ella no estaba preparada para aquello. No se merecía aquello. No podía abandonarme y yo temía que en aquella ocasión hubiese visto de verdad la depravación de los de mi sangre. Porque una cosa era decirme que me entendía y abrazarme y prometerme que siempre permanecería a mi lado y otra era tener que contemplar aquella escena a la fuerza. Yo creía que, después de que hubiésemos enterrado a Joan, cuando me dijo que se había quedado embarazada, Dios me había impuesto la nueva tarea de

evitar que de aquellas entrañas naciese más maldad todavía. Que me iba para ser un hombre y no para huir de allí arriba. Y como sabía que el cura ya acechaba a los del caserón y que no eran necesarios cuatro ojos para estar pendientes de aquel puñado de degenerados, yo ya me podía ir y casarme con Eulàlia. Y cuando mi primer hijo ya había nacido y todavía no había cumplido un año, todavía pensaba que tenía que vigilarlo. Y entonces me quedaba mirando al crío y veía cómo engullía las cucharadas que Eulalia le metía en la boca repantigado en la trona que le había construido mi suegro y que le venía pequeña, pero al menos así no podía escaparse, y pensaba: Lame las cosas como madre. Remoja los trozos de pan como madre. Y estuve muchos días intranquilo, y cuando Eulàlia le daba de comer no podía evitar acercarme y quedarme mirándolo, hasta que un día ella notó mi presencia al otro lado de la ventana y se giró y me miró y me dijo: ¿Qué narices haces ahí, como un pasmarote? Y yo le conté toda la historia y ella se echó a reír y me dijo que cómo quería que comiese el crío, si no, si todavía no le había salido ningún diente. Y entonces me di cuenta de que tenía razón y de que a lo mejor la criatura no había heredado la sangre de los de mi familia. Y fueron pasando los días y los meses y los años y yo cada vez estaba más tranquilo, sin estar a la defensiva. Y me daba cuenta de que cada vez me reía más y de que al lado de Eulalia había empezado a cogerle el gusto a la vida. Y de que a lo mejor, y solo a lo mejor, yo ya me había salvado. Ella me había salvado. Y ahora yo no podía hundirla. No después de que me hubiese salvado. Yo no podía romper toda aquella bondad. Y me decía: Por favor, Dios, deja de enviarme todo lo que soy capaz de soportar.

12. JOAN

Primero llegó el disparo y después la muerte. O primero el disparo y después el sufrimiento que me llevó a la muerte. Pero sobre todo la muerte. Los primeros días hubo confusión. No solo porque parecía que ni los vivos sabían quién me había asesinado, sino porque entonces yo tampoco lo recordaba. Era como si mi no-cuerpo se hubiese olvidado de aquello que había vivido porque tenía la cabeza demasiado ocupada intentando decidirse a abandonar la no-muerte y entrar en la

no-vida.

Como todavía tenía orejas cuando me enterraron, pude oír las gotas de tierra que caían a mi alrededor y me enterraban la boca y después a alguien llorando y más tarde el peso del olvido que me aprisionaba. Entonces se hizo de noche y mi no-cuerpo comprendió que cada vez estaría más muerto. Que ya era inevitable. Pero a lo mejor lo había sido siempre. A lo mejor no había habido nunca ninguna tregua entre yo y mi hermano y yo era el único inocente que pensaba que aquello algún día se podría solucionar. No es una tontería pensar que Tomàs ya había decidido pegarme un tiro por la espalda como si yo fuese un condenado animal el día que me lo encontré en aquella curva de la torrentera forzando a madre. Nuestra madre.

Aquella mañana hacía mucho rato que buscaba al niño. Pere y yo habíamos cogido unos tomates muy grandes que hacía días que regábamos y estaba seguro de que el niño querría ser el primero en hincarles el diente. Tenían una piel que embriagaba y lo inundaba todo con su perfume. Como a veces el niño construía cabañas en algún claro, después de ver que no estaba ni en la cocina ni en su cuarto decidí echar una ojeada por los alrededores. No lo llamé porque no quería que Tomàs se enterase de que yo no estaba trabajando. Además, no le gustaba mucho que hablásemos con el

crío, a pesar de que fuese nuestro hermano pequeño. Siempre pensé que no lo consideraba un hombre completo porque madre no lo había hecho trabajar nunca. Aunque en realidad el niño había salido extraño y aflojado y parecía que no tuviera suficiente fuerza para las cosas de los mayores. Uno de sus brazos no le había acabado de crecer y la cosa que le había quedado parecía un pequeño pico de águila deforme y blando. Pero solo era blando a la vista. Alguna vez que me había dejado tocárselo había podido apreciar que por dentro no tenía nada de blando, porque tenía un buen puñado de huesos. Lo que pasa es que estaban desordenados y se habían agrupado juntitos en vez de alargarse. Además de llevarle el tomate, aquella mañana estaba preocupado por él, porque hacía un calor infernal y temía que se desmayase. Le había pasado alguna vez. Respirar aquel aire era como ir tragando bolas de fuego. Hasta el tomate que llevaba en la mano había empezado a reblandecerse e impregnarse de un sudor viscoso.

Cuando ya debía de hacer un buen rato que lo buscaba, oí unos resoplidos como de animal. Me quedé inmóvil, porque no1 había oído nunca a una bestia como aquella. Los jadeos eran cada vez más fuertes y cuanto más me acercaba a aquella curva más sonidos se les añadían. Tras cada resoplido alguien arreaba a una bestia con golpes de gran violencia. Golpes secos hechos con una mano abierta sobre la piel. Si me hubiesen avisado de lo que vería cuando bajase la mirada hacia aquella curva de la torrentera, habría retrocedido sin pensármelo dos veces. Pero nadie pudo avisarme. O al menos no en aquel momento y de manera clara, porque mira que el cura me lo había repetido una y otra vez. Por eso nos expulsaron del paraíso y por eso Jehová se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra. Pero yo hasta entonces había escuchado aquellas historias del cura como si fuesen parte de un pasado muy lejano y todavía no había descubierto que el hombre de las escrituras también podíamos ser todos nosotros. Que todos llevábamos algo de su carne. Y mi hermano llevaba mucha, porque aquellos resoplidos no eran de ninguna bestia, sino que rabiosos nacían de él. Tomàs estaba encima de madre embistiéndola por detrás como un toro mientras ella se aferraba con ambas manos a unas raíces que sobresalían de la pared salvaje y arenosa de la torrentera. Ella jadeaba como una vaca y él le pegaba en las nalgas, que le

asomaban por debajo de la falda levantada, y cuanto más fuerte la golpeaba más le salivaba la boca. No les podía ver la cara porque estaban de espaldas, pero oía como cada tanto Tomàs sorbía la saliva que se le iba acumulando en la boca. Con la mano que le quedaba libre, hundía la cabeza de madre en la tierra que se deshacía bajo las raíces y parecía que ella no pudiese respirar. Los gritos le salían sucios, mezclados con polvo. Él le iba diciendo que ella era suya. Y ella le respondía que suya para siempre y él venga a pegarle y pegarle hasta que por fin acabó. Yo no me había podido mover de allí. Me habría gustado echar a correr y dejar de mirarlos, pero había una parte de mí que no se lo acababa de creer y necesitaba quedarse más tiempo para acabar de asimilarlo, no solo con los ojos, sino también con el pensamiento. Después de la violencia de aquella violación, cuando ella seguía con la cara hundida en la tierra y el culo al aire, él se puso a acariciarla con cuidado, recorriéndole la espalda, y ella no decía nada. Como si ahora de repente la quisiera. Entonces en mí nació un instinto feroz, como de asesino. Una rabia que no había sentido nunca y que contuve porque no quería que saliese, y por eso se me fue concentrando en la garganta. Tenía ganas de matar a mi hermano, de asfixiarlo. Pero yo no era así. No quería ser así. Yo no había sido nunca así y no podía asesinarlo porque era mi hermano, pero ella era mi madre y todo se me hizo muy cuesta arriba y cogí el tomate que llevaba en la mano y que había empezado ya a deshacerse, porque yo lo había estrujado demasiado, y lo lancé contra la espalda de Tomàs y eché a correr y no paré, ni siquiera cuando caí al suelo y me hice sangre en un brazo y una pierna, hasta que llegué al pinar que rodeaba la fuente de Les Noies y me puse a gritar. Muy fuerte. Gritaba porque mi dolor era insoportable y la rabia me estrangulaba el pensamiento. Necesitaba sacarla, arrancármela. También lloré. Pero no sentía pena, sino impotencia. Lo que más rabia me daba era que aquel pecado se podía haber evitado. Que había sido decidido, que no era fruto del azar como una tormenta o una plaga sobre la viña. Que mientras mi padre, aquel pedazo de musgo despreocupado que no hacía más que trabajar y que parecía que no tuviese nada dentro aparte de un amor eterno por todo lo relacionado con la tierra, se esforzaba por sacar a la familia adelante, su heredero había decidido robarle a su mujer cada vez

que le apeteciese descargarse. Sí, su heredero, su propio hijo, agarrando a madre como si fuese una cosa y pegándole en las nalgas hasta hacerlas enrojecer casi con el color de la sangre.

Por eso Jehová, hijo, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, me repitió el cura, sin aire alguno de sorpresa ni de lamento, como si aquello que yo le había confesado después de atravesar el umbral de la iglesia ya lo hubiese estado esperando. Yo todavía sudaba, angustiado, y mis piernas trataban de seguir corriendo, pero mi pensamiento había decidido detenerse allí. No buscaba consuelo. Tal vez solo un poco de tiempo para reflexionar sobre qué haría a partir de entonces. Fue por la noche, mientras la rabia me impedía dormir, cuando decidí huir para intentar perdonarlo. Tal vez incluso olvidar. Pero llegó un momento en que me di cuenta de que de nada servía seguir huyendo, porque aquello ya lo llevaba dentro. Porque lo que tenía que hacer un hombre era afrontar. Tres años eran suficientes para que Tomàs hubiese tenido tiempo de arrepentirse y detener la barbarie. Y por eso volví. Tal vez pensando que aquella vez me atrevería a matar al hombre o hermano o toro salvaje que se había atrevido a ultrajar a su propia madre, pero sabiendo que no tendría nunca la valentía de hacerlo y que solo volvía para que él me jurase que todo aquello se había acabado. Que había sido aquel día y punto. Un momento de debilidad, como podemos tenerlo todos los hombres. Un momento de descanso de la gran y pesada carga que es la moral. Pero no, él no pensaba pararlo. Y apuntándole con la escopeta le dije que tenía una oportunidad. Que solo me tenía que decir que aquello se acabaría. Hasta llegué a decirle que no me importaba para nada lo que había seguido haciendo con madre durante aquellos tres años en que me había ausentado, pero que, a cambio, tenía que decirme que sí, que ya era hora de pararlo. No lo haré, Joan, me dijo con tranquilidad. No lo pararé. Tú no lo entiendes. No nos entenderás nunca.

Entonces lo vi claro. Solo me quedaba una opción. Había llegado la hora de disparar la escopeta. Él estaba quieto, tranquilo en la que sería mi última noche, mascando tabaco apoyado en una pila de paja, sin cambiar de decisión y sin intentar impedirme nada, y yo lo apuntaba con las manos temblorosas intentando reunir el valor para matarlo. Pero no pude hacerlo. Preferí la huida a la marca divina. Y

mi error no fue perdonarle la vida, sino dejar caer al suelo la escopeta antes de huir de nuevo. Él la cogió y me disparó. Por detrás. Como a un animal. Y entonces fue el disparo y después la muerte. O primero el disparo y después el sufrimiento que me llevó a la muerte. Pero sobre todo la muerte.

13. ENRIQUETA

Yo intentaba no moverme demasiado de aquella silla, porque todo lo que tocaba estaba lleno de polvo. Estaba convencida de que el hombre que decía ser mi tío —un hombre al que tal vez había visto un par de veces o tres y que durante los dos años que madre había estado enferma, reventada en aquella cama sin moverse y perdiendo cada día más y más quilos, no se había dignado a traerle ni un ramo de flores— consideraba aquel despacho oscuro y lúgubre como su mausoleo. Un espacio completamente muerto y lleno de fantasmas, a rebosar de cachivaches que le debían de parecer valiosos y a través de los cuales intentaba convencerse de que había conseguido ser algo en la vida. A su mujer no debía de dejarla entrar a tocar nada —menos todavía a limpiar nada— y vete tú a saber qué debía de haber en todos aquellos papeles que se acumulaban por los rincones. Para sentarme había tenido que quitar de la silla y dejar en el suelo unos cuantos mamotretos y blocs de notas y una taza de café que ya había empezado a criar vida. Aquel hombre estaba más muerto que vivo y aun así se empeñaba en hablar sin parar. Y pensaba: ¿Pero cuándo acabará con toda esta retahíla de excusas? Es evidente que tanto él como yo tenemos ganas de perdernos de vista. Pero supongo que ahora que madre —su hermana pequeña, a quien nunca le había dado ni un céntimo para pagarse ningún medicamento, y suerte que ella siempre había sido una mujer ahorradora y tenía unas cuantas perras en un bote de confitura que escondía detrás de la cabecera de la cama y que me servían para bajar al boticario a comprar leche de burra para que pudiese hacer gárgaras— había muerto, aquel hombre había empezado a tener remordimientos. Tan pronto como la enterramos, se empeñó en tranquilizar su conciencia colocándome en algún lugar donde pudiese ganarme la vida, porque ni se le pasó por la cabeza acogerme en su casa. Mi mujer y yo, me decía, como si su mujer

hubiese tenido la más mínima capacidad para decidir algo en aquella casa donde todo estaba dispuesto de tal manera que a él le viniese bien, mi mujer y yo, me decía, como si realmente le importara lo que su mujer pensaba o deseaba o creía o simplemente quisiera utilizarla para acabar de excusarse como es habitual en los hombres, que cuando quieren quitarse alguna responsabilidad de encima utilizan a cualquier mujer que calle y afronte sus mentiras para no decepcionarlos nunca en la vida, hemos pensado que el lugar más apropiado para ti, ahora que mi hermana, mi querida hermana, se nos ha ido, es el hospicio de Santa Magdalena. Y lo peor de todo es que aquel soplagaitas creía de verdad que aquella era la solución más adecuada: obligar a una niña huérfana, solitaria, acostumbrada a velar a una mujer que hacía dos años que vivía prácticamente en la muerte, a cuidar de otros huérfanos, solitarios, de los que no se espera otra cosa que la muerte y que dejen libre la cama para el siguiente que llegue a esa fábrica de cadáveres. Pero yo lo único que sentía dentro era un cansancio terrible y lo único que tenía ganas de hacer era huir de aquel despacho. Solo pude respirar hondo cuando me encontré en aquella calle de Barcelona sin ninguna compañía. Y no solo por el hecho de haber dejado de respirar el tabaco que, pese a que el hombre no había encendido ningún cigarro en todo aquel rato, ya había arraigado en todas las sombras de aquella casa ennegrecida por el hollín melancólico de su abulia vital, sino porque yo ya no tenía que fingir ningún duelo ni aguantar a nadie y podía sufrir mi pena como me viniese en gana. Con una mano sostenía la maleta que una semana antes había contenido botellitas de jarabe y que ahora solo contenía unas naranjas envueltas en unos vestidos viejos de madre. En la otra mano llevaba el papel doblado con la dirección del hospicio, atado a un paquetito diminuto lleno de anisetes que aquella mujer desesperada y enmudecida me había preparado con toda la buena fe del mundo después de que su marido le hubiese ordenado hacerlo. De ella, de aquella *moreneta* de Montserrat delgaducha y olvidada en medio de una casa repleta de cirios y humareda, con la cara cubierta por el duelo de una criatura que nunca nadie le había metido dentro, yo no sabía ni el nombre, pero todavía hoy la recuerdo con mucha compasión. Y es realmente extraño, porque no he vuelto a verla más, y aquella tarde solo apareció unas cuantas

veces en la conversación para ocuparla con su silencio ruidoso y, desde el otro lado de la puerta, mientras nos espiaba, entretenerla con algún ataque de tos que tanto el hombre como yo fingimos no oír.

En la calle hacía frío y mal tiempo, pero todavía no había empezado a caer el chaparrón. Mis manitas parecían dos bolas de hielo inertes. Me dolían mucho y la maleta pesaba bastante. Pero no podía estirar los dedos y no podía cambiármela de mano y tenía que soportar aquel montón de peso que me destrozaba los músculos y aquel dolor de espalda que me obligaba a caminar torcida. Muy bien no sabía hacia dónde me tenía que dirigir, pero aún no tenía ganas de preguntarle la dirección a nadie. Cerca de la plaza de Sant Jaume, me había dicho el hombre. Ya lo preguntaría cuando llegase. Agradecía el bullicio que había a aquellas horas en la calle y los carros arriba y abajo que pintaban con las ruedas aquel empedrado grisáceo y grasiento que ya hacía días que deseaba lluvia. Con todo aquel alboroto pasaba desapercibida y pocos hombres me decían cosas y el nudo que tenía en el estómago no se me hacía más grande todavía. Nunca me habían dado miedo, pero cuando me decían obscenidades no sabía por qué motivo no me atrevía a decirles nada y cuando me decían cosas bonitas les sonreía cuando en realidad me repugnaban. Cuando llegué a la plaza de Sant Jaume ya no sabía hacia dónde tenía que ir. Dejé caer la maleta en el suelo y del golpe se medio descoyuntó por una de las esquinas. Pero no podía arreglarla con aquellos dedos tiesos y congelados. Intenté moverlos y cuanto más abría la mano para despertarlos más me quemaban. Cuando el dolor ya no era muy fuerte, rompí el cordel al que estaba atado el papelito con la dirección y antes de abrirlo me fijé en un hombre que gritaba desde una de las esquinas de la plaza. Se desgañitaba pidiendo unas monedas para un pedazo de pan. Entonces me acerqué a él y le di el paquetito de anisetes y me gritó: ¡Si no tienes dinero lárgate, golfa! Y entonces me asusté y los anisetes se desparramaron por el suelo como si se hubiese roto un collar de perlas de colores y eché a correr hasta que topé con una mujer que me preguntó que adónde iba con tanta prisa. Yo todavía no me había repuesto del susto y no podía hablar y le di la nota y la abrió y bajó la cabeza y me dijo que no sabía leer. Y entonces se la quité y le leí la dirección y me indicó

hacia dónde era.

Cuando llegué ya estaba el granuja del portero con una escoba en la mano esperándome. Ya había chispeado un poco y todo era un lodazal. Me reconoció enseguida. Supongo que le resultó fácil porque yo llevaba el espanto dibujado en el rostro y, además, no me había entretenido mucho y llegaba puntual. Para matar el tiempo mientras me esperaba había ido apilando a ambos lados de los peldaños de la escalera de piedra una gran montaña de hojas sucias y pelos de animales y trozos de cosas que yo desconocía. Se notaba que la escoba había pasado por allí unas cuantas veces y que había tomado direcciones muy torpes. Aquel lugar hedía. Los peldaños estaban gastados, pero la calle no era tan estrecha como creía y desde abajo todavía se podía leer con bastante claridad el cartel que presidía el edificio: HOSPICIO DE S NTA MAGD ENA. Unas palomas habían cagado sobre las letras restantes. Pensé que tal vez con un poco de suerte aquella calle era lo suficientemente ancha como para que el ruido se escapase y que podría echarme a dormir. Que tal vez con un poco de suerte podría dormir en una habitación sin ventanas. Ya verás como te gusta este sitio, niña. Ya me han dicho que sabes cuidar muy bien, decía el hombre. Y mientras hablaba las mejillas se le arqueaban y la piel de la cara se le tensaba y entonces se reprimía como si quisiera evitar que se le escapase la risa. No me gustaba nada su presencia. ¿A que sí, niña? Seguro que te encanta quedarte con nosotros, decía. Yo estaba cansada, y para calmar el mareo que aquel hombre me provocaba me intentaba convencer a mí misma de que me lo estaba imaginando todo. Que después de haber pasado tanto tiempo sola lo único que necesitaba era volver a acostumbrarme a compartir un poco la vida. Solo eso. Te adjudicaremos dos, me decía, ya verás qué bien te lo pasas con ellos, y yo sentía que me lo decía con maldad, pero pensaba que era yo, que estaba algo mal de la cabeza, que tanto tiempo sola con una mujer que tenía tanto miedo a la muerte y que por ese motivo solo hablaba cuando la angustia no le oscurecía el pensamiento me había enfermado un poco el alma. Ya verás lo fáciles y divertidos que son, solo dos para que no tengas tanto trabajo, niña, te lo digo yo, ya verás. Pero yo todavía no quería saber nada de nadie y solamente quería dejarme caer muerta y someterme a aquel cansancio que me arrastraba y a aquel dolor de pecho que hacía dos

años que ocultaba y que cada vez era más intenso. Ya veo que eres poco habladora, niña, caramba, si eres muy jovencita, niña, tendrías que estar todo el día sonriendo. Y yo no encontraba la manera de echarlo de mi habitación y hasta pensé que acabaría pidiéndome que rezásemos juntos y todo, pero por fin me dejó en paz y me dijo que no me preocupara, que descansara, que ya se encargaría una de las mujeres de venir a despertarme. Pero no me hizo falta nadie. Cuando llamaron a la puerta ya hacía dos horas que me había despertado, y no porque durante la noche no hubiese parado de tronar y el cielo de temblar y armar jaleo, sino porque había soñado que madre volvía a estar viva y que gritaba de lo mucho que le dolían las piernas hinchadas y que yo tenía que cogerle la mano y meterle deprisa en la boca unas cuantas cucharadas de jarabe. No sabía qué hora era, pero sabía que no había dormido nada. Que había cerrado los ojos un poco y que todavía estaba cansada. Había pasado la noche dando vueltas en la cama debajo de aquellas mantas que picaban y metiendo la cabeza debajo de aquella almohada para escapar de la luz que entraba por el ventanuco y de una angustia y una pena tan hondas que no me permitían ni echarme a llorar.

Oí los golpecitos de detrás de la puerta como una salvación, porque sabía que me pondrían a hacer cosas y que por fin podría dejar de pensar. En el pasillo me encontré a una mujer gruesa que me miró de arriba abajo como si me midiera y que me dijo que cuando estuviese vestida bajase a desayunar. No tenía ganas de hablar con nadie y tampoco nadie me presentó, pero parecía que todos tuvieran la mirada posada en mí. No hacía ni dos días que había enterrado a madre y no tenía ánimo para comer. Aquel olor a leche caliente y vuelta a hervir todavía me cerraba más el estómago. Pero cogí el vaso con ambas manos y, después de respirar hondo, le di unos cuantos sorbos para que nadie se pensara que era una maleducada. Por culpa del malestar que llevaba dentro del cuerpo, el hombre tuvo que llamarme dos o tres veces, porque yo no sabía ni dónde estaba. Le pregunté dónde debía dejar el café y el pedazo de pan que no me había comido y me dijo que no me preocupara, que tenía ganas de que conociera a aquella pareja. Que de recogerlo todo ya se encargaría otra de las mujeres. Él no pensaba hacerlo. A mí me dolía mucho la cabeza. Quería

golpeármela para ver si el dolor paraba, pero no podía hacerlo allí en medio.

Y una vez más, antes de llegar a la habitación, mientras lo seguía por el pasillo, todavía tuve la impresión de que el portero se reía de nuevo y de nuevo se reprimía. Por un momento creí enloquecer, porque no podía ser que malpensase de todos, pero cuando llegamos al cuarto donde estaban aquellos dos pobres de los que me tenía que encargar todo apestaba a meado. Alguien había puesto papeles de periódico en el suelo y se habían quedado amarillos y pegados a las baldosas. Había un viejo con el pelo largo completamente desnudo sentado en el suelo en el rincón donde se había meado, y en la cama otro hombre de una edad incierta que también parecía completamente ido porque cuando entré por la puerta y lo saludé no me vio. El primero se llamaba Angelet y el segundo Tomàs. Le pregunté al portero si aquellos dos ya habían desayunado. Aquí no hay comida para todos, niña. No siempre pueden comer todos. Para que unos coman, otros tienen que pasar hambre. La vida es así, niña, ya lo verás. ¿Es que crees que se dan cuenta? Y ahora sí que no reprimió la risa. Yo cada vez tenía más ganas de que aquel hombre saliese de allí.

En aquel hospicio cada día teníamos la misma rutina y a mí eso me venía bien, porque así estaba todo el día ocupada y solo me entraba la pena por las noches. De todas formas, había empezado a aprender algunos trucos para soportarla. Uno era pasarme dos días sin comer. La punzada en el estómago me dolía tanto que lo dominaba todo y ocultaba el dolor del duelo de madre. Cuando no miraba nadie, me guardaba en los bolsillos los pedazos de pan y de patata hervida que me había dado la cocinera y que no me había comido y se los llevaba a aquella pareja de memos. Si algún alimento tenía un poco de jugo y se me manchaba la bata durante el trayecto, por la noche remojaba aquella parte en agua y la fregaba y la tendía en un cordel que me había colgado de punta a punta de la habitación y por la mañana ya casi no olía. También me había acostumbrado al olor de las meadas de Angelet y ya no me resultaba tan fuerte. De hecho, había tenido dos años para acostumbrarme a aquel hedor, porque a veces madre se había despertado con la cama meada y la cara avergonzada, y como no teníamos dinero para limpiar las sábanas yo me limitaba a darle la

vuelta al colchón y la volvía a acostar en la parte seca después de haberla desnudado y haber remojado y tendido su ropa en el balcón. Por eso cuando entrabas en el pisito había épocas en que las meadas lo barnizaban todo. Es un olor muy denso y difícil de eliminar.

Pero no hacía ni un mes que estaba encerrada allí dentro y los vivos ya me habían condenado. A sus ojos, aquel tiempo de prueba que me habían dado para descubrir si era digna de confianza se había esfumado, y ya formaba parte de los que no se merecían el habla. El portero ya no escondía sus burlas y ahora se mofaba abiertamente. Ya me han dicho que hoy te has encontrado una buena chocolatada, ¡eh, niña! Y se echaban todos a reír desvergonzadamente. Con el tiempo me he dado cuenta de que la maldades como la morfina. Que con un poco al principio tienes suficiente, pero que cada vez necesitas más para sentirte mejor e incluso más y más si tienes un buen público a quien no puedes decepcionar con tus humillaciones y bromas de mal gusto. ¿Y el chocolate, lo has probado ya? A lo mejor te quita el hambre y todo. Pero lo que no sabían era que prefería tener que limpiar aquella cagada que Angelet había esparcido por todo el cuarto menos en el orinal, que sorprendentemente no había tocado nunca, en uno de aquellos ataques que le daban, que soportarlos a ellos en una de las salas grandes y tener que oír sus historias banales que me importaban un pimiento. Ellos se pensaban que me castigaban encerrándome allí con aquellos dos a los que nadie quería tocar, pero a mí me hacían un favor porque así no tenía que soportar ninguna de las conversaciones con las que todo el mundo me había perseguido y atacado toda la vida. Estaba harta de fingir. Al principio incluso había llegado a sentir la enfermedad de madre como un consuelo, porque así tenía una excusa para poder encerrarme en casa y no tener que aguantar a nadie. Una excusa que nadie me cuestionaba. Y no negaré que a veces me daba miedo acabar mal de la cabeza y quedarme sin amigos y tener algo dentro que me convirtiese en una persona demasiado triste, pero el tiempo me había ayudado a aceptarme tal como era y a dejar de sufrir. Solo en ocasiones me volvía uno de esos miedos, pero al cabo de unos días desaparecía por mera supervivencia.

Nihil novum sub sole, que dice la Biblia. Los malditos del

hospicio eran como los demás, pero simplemente estaban encerrados y yo con ellos y me era muy difícil escapar. Solo me tranquilizaba meterme en el cuarto de aquellos dos y escucharlos y limpiarlos o girar la llave de mi habitación y esperar a que me viniese el sueño. Los malditos seguían divirtiéndose, día tras día, porque se creían que humillándome y retirándome la palabra me castigaban y me condenaban, pero no se daban cuenta de que así me salvaban y me permitían estar sola y no tener que esforzarme en entender aquella sarta de tonterías que no había entendido nunca y que siempre me había aburrido tanto. Al menos Tomàs y Angelet ya no querían ser nadie ni necesitaban demostrar a nadie que lo eran. Eran libres, porque no les importaba la honra ni nada de lo que los demás pudiesen pensar de ellos. Habían asumido que nadie los observaría nunca más y así podían dejar correr su locura con total libertad. Sus ficciones me parecían mucho más interesantes que cualquier palabra vacía y monótona de personas que se consideran cautivadoras y que solo hablan de lo que los demás permiten que se pueda hablar. Como si ellos no estuviesen mal de la cabeza, también. En aquel hospicio, los que se consideraban libres eran esclavos y solo aquel par de hombres condenados habían podido escapar a toda banalidad. Tampoco los otros pobres de las salas grandes habían podido eludir la miseria moral, porque los había que se dedicaban a reírse de los demás. Miraban a Angelet y Tomàs por encima del hombro por el simple hecho de poderse pasar ellos mismos la piedra de jabón por el cuerpo y no despertarse meados por la mañana. Para mí aquellos no eran más que hombres vulgares con pocas luces. Hombres que habían vivido demasiado tiempo en el mundo de los vivos y que todavía no habían aceptado su nueva condición y necesitaban reafirmarse. Pero ya habían entrado en el mundo de los condenados, de la misma manera que lo habían hecho Tomàs y Angelet y también yo, y cuanto antes lo advirtiesen, antes descubrirían el placer con que aquella nueva condición los podía recompensar.

Angelet cada mañana me contaba que había un gorrión que se le posaba en la mano y le cantaba serenatas. Siempre el mismo gorrión. En cuanto oía mis pasos acercándose a la puerta, aquel hombre se sentaba en la cabecera de la cama de Tomàs y sacaba la mano por el ventanuco, que estaba agujereado porque una pedrada

había roto el cristal antes de que yo llegara. Entonces me reñía con ternura, porque decía que con mi entrada había espantado al gorrión, que unos segundos antes se le había plantado en la mano, y yo le apartaba el brazo del ventanuco y le decía que dejase de meterlo allí, que algún día se acabaría haciendo un buen corte con los cristales que quedaban. Después de retirar los papeles de periódico que por la noche había repartido por el suelo para cuando se meara, hacía con ellos una bola y con la bola taponaba el agujero para ver si Angelet se olvidaba de aquella historia de una vez. Pero al día siguiente aquel hombre había lanzado la bola de papel a la calle y volvía a sacar la mano por el ventanuco. Más que un juego, se había convertido en una costumbre, porque al cabo de dos semanas de hacer cada día lo mismo yo ya había empezado a cansarme. Pero él se divertía de aquella manera y yo le tenía afecto y quería hacerlo feliz, y por ese motivo seguía representando aquella función cada mañana cuando abría la puerta y él soltaba unas carcajadas profundas que no tardaban en convertirse en tos.

Tomàs, en cambio, tenía más imaginación. Al principio me había llegado a asustar un poco, porque cuando le daban aquellos ataques de locura se arrancaba mechones de pelo y luego se pasaba semanas con la cabeza cubierta de claros, pero enseguida advertí que aquellas cosas extrañas que decía hablaban de una mujer de la que se había enamorado y que solo necesitaba desahogarse y no me quería hacer ningún daño. Yo ya sabía que había sido él, no paraba de repetir. Padre y Pere habrían venido a romperme la cara como hacen los hombres. Maria y el niño habrían callado. Solo él podía haberme lanzado aquel trozo de tomate. Yo a veces no entendía nada de nada, porque empezaba a hablar de nabos y acababa hablando de peras. Pero me gustaba escucharlo mientras le limpiaba las llagas, porque me llenaba el pensamiento y me alejaba de la oscuridad que llevaba dentro y al mismo tiempo me hacía descubrir las cosas que hacía la gente de los pueblos, porque yo siempre había vivido en la ciudad. Joan no nos entendía. Se marchó porque pensaba que era una cosa que no era, pero no era lo que él pensaba. Él no nos entendía, porque la gente no puede comprender aquello que no se esfuerza en entender. Nos queríamos. Ella lo quería tanto como yo. Por eso tenía que poner fin a su sufrimiento, ¿entiendes? Él era mi hermano y yo su hermano y mi deber era

poner fin a su sufrimiento. Son obligaciones de sangre. Él no podía seguir sufriendo de aquella manera y no lo habría entendido nunca porque yo tampoco sabía cómo explicárselo. No sabía cómo hacerlo, ¿entiendes? Tenía que poner fin a aquel sufrimiento. Y cada día me iba contando más partes de aquella historia y yo la iba reconstruyendo poco a poco, como recortes despedazados que encuentras en la basura y lentamente se van convirtiendo en una historia de amor. A veces me daba miedo que aquel cuento terminase, porque ya no sabría con qué llenar el tiempo, y por eso agradecía que el pensamiento se le quedara atrapado en un fragmento que podía repetir una semana seguida. Yo todavía tenía pesadillas y el duelo de madre me la jugaba por dentro. No estaba preparada para marcharme. ¿Adónde iría? Sabía que era demasiado joven para llevar tanta tristeza dentro, pero tampoco sabía si algún día desaparecería. Con ellos dos estaba tranquila, porque podía llorar o callar y no sentirme juzgada. Fue ella quien empezó, me dijo. Yo debía de tener unos doce o trece años y Joan y Pere ya habían nacido. Sí, habían nacido.

Ya eran mayorcitos. Lo recuerdo bien. Los dos habían salido a buscar setas con padre y yo me había quedado en casa cuidándola, porque se encontraba mal. Cuídala, me había dicho padre. Pero yo me aburría. Un caserón tan solo y un chico tan joven y tanto por hacer y nadie que te obligue a hacerlo… Ya me entiendes… Era por la mañana y me aburría. Subí a ver cómo estaba.

Y sí que estaba enferma, sí, hecha un ovillo en un extremo de la cama, envuelta en una manta vieja como si quisiera esconderse de algo. ¿Qué le pasa?, le pregunté. No me respondió. Me acosté a su lado. El colchón estaba frío. Ella seguía envuelta sin moverse. El sueño se me fue metiendo en los ojos y cuando me desperté me miraba. Todavía estaba tapada con aquella cosa, pero no del todo, y la frente y aquel manojo de pelo y los dos ojitos me miraban. Tú eres el único hombre al que dejo acostarse así conmigo. Lo sabes, ¿verdad, Tomàs? Y yo estaba contento de escuchar que era su hijo preferido. Eres un niño bueno y serás un hombre bueno. Entonces sacó un brazo de la manta y me metió la mano en el pantalón. Y me dijo: Te gusta, ¿verdad? Y sí que me gustaba. Y yo le decía a Tomàs: ¡Ay, calla! Que esas cosas queden entre tu amada y tú. ¡No seas marrano! Y él: ¿Lo ves, ves cómo empezó ella? Ella también lo

quería. Y Joan lo entendió todo al revés. Aquella mañana cada vez tenía el pene más grande. Más hinchado. Y ella continuaba diciéndome: Tú eres el único hombre al que dejo acostarse conmigo así. Y que te diga eso te gusta, ¿verdad?

Y cuando Tomàs empezaba con aquellas obscenidades yo huía fingiendo que me enfadaba, porque no quería saber nada de lo que hubiese hecho con aquella mujer, pero realmente me notaba la parte de abajo húmeda y me daba vergüenza y tenía que refrescarme de nuevo, porque me sentía como una perturbada. Los de pueblo nunca han tenido miramientos. Y él: No me hizo falta que me explicara que aquello que hacíamos no se lo tenía que decir a nadie. Yo ya sabía que no estaba bien visto. Pero nosotros no teníamos miedo. De alguna manera una parte de mi cuerpo era suya por nacimiento, ¿entiendes? Siempre que encontrábamos un momento nos poníamos a hacerlo. ¡Ay, calla, por Dios! Pero no todo fue coser y cantar. Un día llegó aquella cosa deformada que solo tenía un brazo y una cosa abombada al otro lado y yo me ponía celoso, porque se me parecía. Porque era hijo mío. Pero le chupaba las tetas. Aquellas tetas que solo eran mías. Y yo sabía que ella sabía que yo le daba palizas en la cuna, porque le veía los moratones y nadie podía fingir que no estaban, pero no me riñó nunca, porque yo ya no la tocaba. Quería castigarla, porque se pasaba el día con aquella mierda esmirriada que solo lloraba y yo quería que me hiciese caso a mí y que volviese a ser mía. Estuvimos unos años sin tocarnos. Y cuando el niño empezó a andar, le dije que no lo quería cerca de mis campos. Que si quería que la volviese a tocar tenía que dejarlo correr como un animal, porque eso es lo que era. Que se las apañara como quisiera para que los demás la creyesen, pero que aquella cosa no podía pisar mis campos del mismo modo que lo hacía yo. Yo iba primero y yo decidía. ¿Entiendes? Entonces volvió a ser mía. Solo mía. Pero ¿y el niño? ¿Qué pasó con el niño? ¿No os casasteis? Se fue. Un día cayó al suelo, pero yo no me había preparado para ese momento y ya estaba muerta. Y si yo no la podía tocar, nadie tenía que poder tocarla, ¿no? Porque solo era mía. Ella me lo decía. De verdad que siempre me lo decía. Y la mejor manera de protegerla era quemarla. Tenía que convertirla en humo. Entonces nadie más la podría tocar. Pero eso tampoco lo habría entendido Joan. Estoy seguro de que eso tampoco lo habría

entendido.



NÚRIA BENDICHO GIRÓ (Barcelona, 1995). Es licenciada en Filosofía y profesora de griego y latín en una academia. Lectora voraz y admiradora de William Faulkner, ha viajado por medio mundo y trabajado cortando abetos en Dinamarca. En 2020 presentó su primera novela, *Terres mortes*, al premio Llibres Anagrama y, aunque no lo ganó, el jurado recomendó su publicación. Considerada por *La Vanguardia* como la mejor novela escrita en catalán del 2021, el debut de Núria Bendicho estuvo entre las obras finalistas a los premios Llibreter, Òmnium y Finestres.